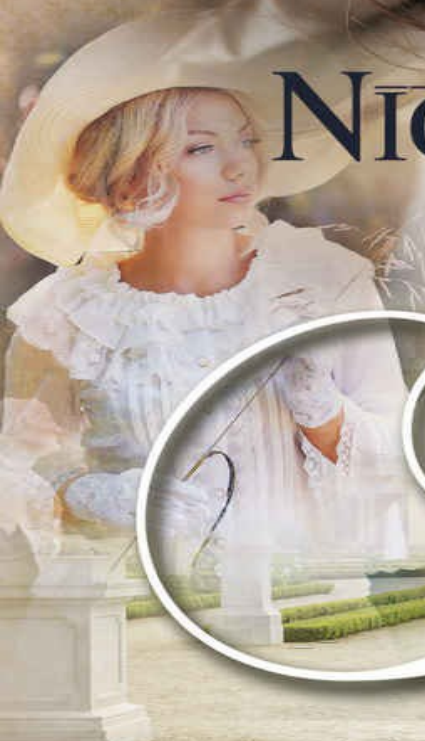


NICOLÁS BRADLEY  
Y LA MUJER  
DE

*Blanco*

MÓNICA BOHÓRQUEZ



NICOLÁS BRADLEY  
Y LA MUJER  
DE

*Blanco*

MÓNICA BOHÓRQUEZ

Título: Nicolás Bradley y la mujer de blanco.  
© 2019, Mónica Bohórquez.  
De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Quisiera yo saber volar y comprender por qué razón hacemos daño a nuestro corazón si al final seremos tierra nada más Tal vez habrá un lugar que deje al ruiseñor lanzar su trino al sol cantando sólo por cantar Extraña humanidad que día entenderás que tienes que aprender a convivir en paz. Victoria Abril.*

# Capítulo 1

*Londres, 1845, Época victoriana.*

**L**a familia Bradley llega a Londres después de dieciocho años. Nicolás está feliz con el regreso a la mansión, pues según cuenta su madre, era muy pequeño cuando se marcharon de allí.

Admiraba con entusiasmo todo su alrededor, pero a lo lejos, junto al cementerio familiar, pudo divisar una silueta muy extraña que provocó en ese mismo instante un escalofrío en él.

—Madre, ¿quién es?

—Parece que el jardinero, no te preocupes..., vamos dentro que deseo enseñarte la casa — contestó Victoria, su madre, sin darle importancia.

Nicolás obedeció, pero su interior aún permanecía impresionado por aquella imagen. Nada más entrar en la mansión, Nicolás percibió un aire frío en su rostro y un cierto olor a rosas.

El joven, extrañado ante lo ocurrido, volvió a preguntar a su madre.

—Madre, ¿no ha sentido usted un cierto olor a rosas?

Victoria miró a su esposo, con cierto temor en los labios, fingiendo que no pasaba nada

—No, hijo, pero es posible que ocurra..., la casa está rodeada de rosas que adornan el jardín, sigamos, aún hay mucho que ver.

Nicolás vio en su madre un comportamiento diferente al habitual, intuyendo que, evidentemente, algo le estaban ocultando, pero él procedió como si nada ocurriera. Al llegar a uno de los pasillos de la casa, Nicolás creyó oír a una niña reír con voz juguetona y con mirada de asombro, buscó a su alrededor.

Victoria se dio cuenta de aquello y se detuvo, mirando a su hijo y sin saber qué hacer ante aquella situación. Nicolás, por otra parte, no daba crédito a lo que estaba viviendo y seguía adelante sin decir palabra.

—¿Qué hay aquí, madre? —preguntó al pasar de largo por unos dormitorios.

—Nada importante, hijo, es un dormitorio dónde se guardan muebles viejos que ya no usamos, es más, la llave se extravió hace años y no hemos vuelto a entrar.

Sin embargo, Nicolás, bastante extrañado, le comentó la idea de buscar la llave de aquel dormitorio; le podía la curiosidad, pero Victoria reiteró, con voz de enfado, que no insistiese más en la idea de querer entrar en la habitación.

Una vez vista toda la casa, Nicolás decidió retirarse a descansar no sin antes despedirse de sus padres. De camino hasta su dormitorio, los escuchó conversar sin entender lo que hablaban dado a la lejanía en la que se encontraban, por lo que decidió acercarse y poner atención a sus palabras desde la antigua escalera.

Pero crujió, y en ese justo momento se percibió un gran silencio. Nicolás se quedó paralizado, con los ojos abiertos como platos y sin saber cómo pestañear. Sus padres habían callado como si algo les presionara sus gargantas y los dejase sin aliento.

Escuchó unos leves pasos bajando la escalera de la mansión de manera lenta. No se oía ni el sonido de las manecillas del reloj y un frío espeluznante inundaba sus cuerpos. La temperatura había bajado notablemente y un fuerte viento sacudió el interior de la casa.

—¿Dónde está mi hijo? No descansaré hasta que me devuelvan a mi hijo...

Una mujer con un vestido blanco se paseaba por la casa gritando desesperada mientras Edric y Victoria se mostraban petrificados por el terror que le provocaba aquel suceso. De repente, un fuerte grito se apoderó de la mansión y todo se detuvo como si hubiese sido un sueño. Los relojes volvieron a funcionar y Nicolás y sus padres reaccionaron ante tal acontecimiento.

—Debemos abandonar la mansión cuánto antes —sentenció Victoria.

—No, madre. Me quedaré aquí para descubrir lo que ocurre. Esta casa encierra muchos misterios.

Su madre insistió en aquel inmediato regreso, pero Nicolás estaba completamente convencido de quedarse, aunque al principio no tuviese la aprobación de su propia madre que, en vista de que Nicolás no dejaba la misión en vano, decidió quedarse junto a él.

El día había sido demasiado arduo y completo, por lo que todos acudieron a sus aposentos con un terrible miedo en el cuerpo, esperando a que amanezca para ver la luz del día, ya que esa noche no podrán olvidarla jamás.

## b

A la mañana siguiente, Nicolás, decidió dar un paseo por el exterior de la casa; estaba rodeada de maravillosos jardines, repletos de flores, ya que la primavera hacía que estas luciesen en su mejor momento.

—Madre, voy a dar un paseo por los alrededores. Me apetece respirar aire puro y relajarme, aún estoy consternado por lo sucedido anoche.

—Hijo, tu padre y yo no logramos encontrar un sentido a este episodio tan desagradable. Por eso pienso que la solución sería marcharnos de aquí. Sabes que yo nunca quise regresar a esta casa y tu insistencia persuadió a tu padre para que volviésemos.

—Madre, me fascina este lugar. Me sedujo en el mismo instante de llegar aquí. Es perfecto para escribir. Esta casa posee un encanto muy particular, que me atrae y no sé cuál es la razón. Es como una energía que me arrastra hacia ella. Siento en mi interior que quiere comunicarme algo y yo lo tengo que descubrir.

Nicolás se marchó dejando a su madre boquiabierta, que no le quitaba la vista a su hijo, que paseaba por los jardines hasta llegar al cementerio, dónde observó las tumbas de cada uno de sus familiares. Una preciosa fuente en forma de niña llamó su atención, sentándose en el filo de ella para tocar el agua, que estaba repleta de flores.

—Hola...

Nicolás giró la cabeza, en busca de la dueña de aquellas palabras; había una niña...

—¿Quién eres? Y, ¿qué haces aquí?

—Estoy jugando, me encanta este lugar, y estoy buscando a mi perrito, no lo encuentro...

—¿Cómo es tu perrito? Si quieres, te ayudo a buscarlo.

—Sí, por favor..., es de color blanco y se llama Puppy.

—¿Y tú cómo te llamas?

—No lo recuerdo... —Mostraba tristeza en sus pequeños ojos.

—¿Cómo que no lo recuerdas?

—Solo recuerdo que salí de casa a buscar a Puppy, porque no regresó de su paseo, y no lo encontré. Se hizo de noche y tenía mucho frío. Yo gritaba porque tenía miedo, pero nadie me oía...

—La niña comenzó a llorar al recordar lo ocurrido—. De pronto, un joven que pasaba por allí, me preguntó qué hacía tan solita en ese lugar, y yo le respondí que estaba buscando a mi perrito, pero no lo encontraba. Él me dijo que me iba a abrigar para que no pasara frío, me cogió en brazos, y yo sentí que me apretaba muy fuerte y no podía respirar. Le dije que me soltara y él decía que callara, que pronto pasaría la tormenta, pero me faltaba el aire y de repente, todo se puso muy oscuro y yo me hallaba tumbada en el suelo. Me levanté y caminé hasta que llegue aquí, pero aún no he encontrado a mi perrito.

—Pequeña, no llores más, deja que te ayude, ¿me puedes decir cuál es tu nombre?

La niña gritó desconsoladamente con un «no lo sé» y salió corriendo despistando a Nicolás, que no pudo seguirla. A pesar de que la buscaba por todas partes, la niña había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos, por lo que volvió pensativo y apenado a la mansión por el dolor que aquella niña le había transmitido.

Entró en la casa como si de un fantasma se hubiese tratado, ignorando por completo las preguntas de su madre, ni siquiera la escuchaba. Caminó cabizbajo sin darle explicación a lo que acababa de ocurrir. Sentía una enorme tristeza que no podía expresar con palabras, por lo que decidió escribir todo lo sucedido hasta el momento.

Desde su ventana, se veía un lago precioso, rodeado de árboles y repleto de barquitas donde los enamorados navegaban conversando sobre su amor. Un lugar muy romántico que decidió ver a la mañana siguiente. Justo en mitad de su paseo, se encontró un carruaje en el que iba una joven bellísima; lo dejó maravillado ante semejante hermosura.

La chica le sonrió y a Nicolás le temblaron las piernas. Nunca había sentido nada parecido. Su corazón latía más rápido que de costumbre y se quedó paralizado por la emoción hasta ver cómo el carruaje se alejaba.

Siguió caminando hasta encontrar un lugar recóndito donde se sentó a escribir. Desde allí podía contemplar cómo el sol se reflejaba en las aguas del lago. Un olor maravilloso que penetraba sus sentidos. Sentía paz en su alma y pese a todo lo que estaba viviendo, su interior, aunque fuera muy extraño de explicar, se hallaba tranquilo.

Ante sus ojos, vio de nuevo a la joven del carruaje que paseaba junto a una señora. Nicolás contemplaba su belleza y elegancia al caminar. Llevaba un vestido blanco de encaje, una sombrilla para el sol y sus cabellos dorados caían sobre su espalda. No pudo dejar de mirarla hasta que se alejaron lentamente.

Al volver a casa, decidió cruzar por el frondoso bosque donde le alcanzó la noche. Él era un joven muy valiente, pero lo cierto es que caminar por aquel lugar a esas horas daba un poco de pavor. Se escuchaban ruidos muy extraños.

Oyó un alarido y se paró en seco escondiéndose tras un árbol. Temblaba, y sin poder moverse, observó cómo una niebla cubría el bosque. Alguien se lamentaba, gritaba..., su voz era de

desesperación, pena, angustia..., y Nicolás gritó.

—¿Quién eres? ¿Qué te ocurre?

Sintió una presencia a su lado, un frío muy extraño cubría su cuerpo, giró su cabeza y allí se hallaba una joven, vestida de blanco, sucia, desaliñada. Ella miraba su rostro mientras lo tocaba lentamente. Nicolás, tiritaba del miedo que sentía, pero ni a pestañear se atrevía por temor a que la joven pudiera reaccionar en su contra.

—¿Dónde está mi hijo?

Nicolás, asustado, salió corriendo sin mirar atrás, como si el diablo le persiguiera. Al llegar a su casa, casi sin aliento, subió a su habitación y se encerró. No quería comentarle nada a sus padres, sentía que de alguna manera estaba perdiendo la razón.

—Nicolás, ¿estás bien?

Pero Nicolás no respondía, estaba haciéndose el dormido.

—Pero hijo... ¿Qué ocurre? Si acabas de regresar... Nicolás estás muy raro...

Nicolás se mantenía en silencio y su madre, al ver que no tenía respuesta, se marchó sorprendida por la actitud de su hijo.

## b

Después de una mala noche, Nicolás decidió bajar a desayunar con sus padres, que lo esperaban ansiosos para saber que le estaba ocurriendo.

—Buenos días, hijo, ¿has descansado? ¿Te sucede algo?

—No, padre, estoy bien, solo que me preocupan algunos temas ocurridos últimamente... —le contestó a Edric—. A propósito, ¿habéis oído hablar alguna vez de una joven vestida de blanco que aparece en el bosque que está junto al lago? Cómo la joven que se apareció aquí la otra noche...

En ese momento, Victoria y Edric se quedaron mudos sin saber qué decir, y con voz titubeante...

—¿Como insistes en ese tema, hijo?

—Os noto angustiados. ¿Qué os pasa? Madre, me ocurrió algo en el lago, parecido a lo que sucedió aquí la otra noche...

—Hijo, basta ya —dijeron sus padres al unísono.

Nicolás los miró extrañado, pues el comportamiento de sus padres le parecía sorprendente. Se habían puesto muy nerviosos y lo cierto era que el joven había notado cierta irregularidad en la manera de actuar de sus padres desde que habían llegado a la mansión.

—La otra noche...

—No deseo hablar de lo que ocurrió la otra noche y no quiero recordarlo jamás —sentenció Victoria.

—Nicolás, no seas grosero, y respeta la decisión de tu madre respecto a no querer conversar más sobre este asunto —intervino Edric al notar la insistencia por parte de su hijo, que se retiró enfadado y confundido.



# Capítulo 2

Los Bradley, comunicaron a su hijo que habían decidido celebrar su dieciocho cumpleaños. Pensaban que, si conocía nuevas amistades, dejaría de preocuparse por ciertos temas que lo estaban obsesionando últimamente.

Enviaron tarjetas invitando a los vecinos más cercanos a la mansión y los sirvientes decoraron todo con mucha ilusión; hacían mucho tiempo que no celebraban nada en casa.

—Siento nostalgia y pena, todo esto me recuerda mucho a la pequeña... —comentó Violeta, una joven sirvienta, a Ambrosina, criada de confianza de Victoria.

—Chist... ¡Te van a oír! No podemos hablar de eso —contestó Ambrosina, que no pudo evitar soltar unas lágrimas de dolor.

—Mi niña preciosa... —sollozó Violeta antes de irse.

## b

Nicolás salió al jardín a tomar el aire, y a lo lejos, apreció a su madre en una ventana, le pareció verla llorar mientras mantenía un objeto en las manos que llevaba hacia su rostro. No sabía que habitación era esa, pero decidió subir para ver dónde se encontraba su madre y poder consolarla.

—¿Madre? Madre, ¿dónde estás? ¿Qué te ocurre? Te vi desde la ventana y estabas llorando... ¿Madre?

Victoria se quedó callada, sin decir palabra, y esperó a que su hijo se fuese del pasillo para poder salir.

—¡Padre!! ¿Ha visto usted a madre? La vi desde el jardín en una ventana algo indispuesta y corrí a buscarla, pero no la he encontrado.

—No, Nicolás, no la he visto y no entiendo qué quieres decir referente a que tu madre estaba en una habitación llorando. Ella está bien, si le ocurriera algo, yo lo sabría.

—Sé lo que he visto, padre. ¿A caso piensa usted que estoy perdiendo la cordura? Yo también he llegado a pensarlo, pero no es así, estoy en perfecto estado, padre.

—¡Hola! —intervino Victoria, que acababa de llegar, fingiendo que no había pasado nada.

—¿Dónde estaba, madre? La estuve buscando, pues la vi llorando desde una ventana, y no la encontré. ¿No me escucho usted, madre?

—No te escuché, hijo. Además, yo no he estado en ninguna habitación como dices, estuve con

Ambrosina organizando la decoración de las mesas.

—Madre, ¡pero yo la vi!

—No es cierto, hijo, lo habrás imaginado —sentenció—. Vamos, Edric, acompáñame que hay mucho que organizar. Disculpános, hijo.

Nicolás, observó cómo se alejaban sus padres sin dar crédito a sus comportamientos, marchándose de allí bastante triste.

## b

Pasados unos días, llegó el acontecimiento y todos en la mansión estaban felices. Victoria, Edric y Nicolás vestidos con sus mejores galas esperaban a sus invitados.

Sonó una maravillosa melodía y un olor a flores inundó el salón principal, perfumado por los jardines que rodeaban la casa. Los sirvientes habían decorado la mansión y recordaban los buenos tiempos, cuando hacían celebraciones muy a menudo, y los Bradley eran felices. Los vecinos iban llegando poco a poco y entre tantos, llegó la Familia Adamson. Amadeus, Lucrezia y su hija, la joven Catherin, acompañada de su prometido Barnabás.

Estos se dirigieron a saludar a los anfitriones y cuando Nicolás vio a Catherin, se quedó sin palabras. Era la joven que vio en el carruaje y en el lago por la que quedó impresionado.

—Señora Victoria. —Amadeus le cogió la mano y la besó—. Le agradezco su invitación. Señor Edric. —Asentó la cabeza y le dio la mano—. Señorito Nicolás, feliz cumpleaños. —Le dio la mano—. Les presento a mi esposa Lucrezia, mi hija Catherin y a mi futuro yerno, el señorito Barnabás.

Amadeus era un importante banquero, al que todos respetaban por miedo a su crueldad. Era una persona desagradable, malhumorada y maltratador, de hecho, su mujer Lucrezia, era una pobre mujer infeliz por su culpa. Su hija Catherin era una joven dulce, amable, bellísima, pero con las ideas muy claras, y comprometida a su pronta edad por orden de su padre. Sin embargo, Barnabás, era un joven rico y ambicioso al que no le importaba el estado de los demás, carecía de corazón.

Catherin y Nicolás, no dejaban de mirarse. Entre ellos había nacido un sentimiento muy fuerte al que no podían resistirse. Sus almas habían conectado como si se conociesen desde siempre. Que, en algún momento de su vida, hubieran tenido que separarse y ahora no quisieran hacerlo nunca más, pero había un gran problema: Catherin tenía un compromiso, y su amor era imposible.

Los dos, sin haber intercambiado palabra sintieron lo mismo: el amor y el desamor. Una felicidad completa y la tristeza más grande que podían sufrir dos enamorados.

Amadeus y Barnabás se percataron de lo que estaba ocurriendo; el amor no podía ser disimulado, allí había ocurrido algo maravilloso y a su vez amargo. Tenían un frente abierto: no iban a permitir que surgiese nada entre ellos.

—Señorita Catherin, ¿me concede este baile? —le preguntó Barnabás en un tono cortés.

—Gracias, Barnabás, pero me siento algo indispuesta.

—No me rechace, y menos delante de tantas personas... —le susurró entre dientes.

—Pero no deseo bailar...

—Deme la mano y vamos a bailar —inquirió en tono enfadado.

Y Catherin salió a bailar por orden de su prometido con gesto triste al ver el rostro de Nicolás observándolos.

—¿Conocía al señorito Nicolás? —le preguntó Barnabás a Catherin mientras bailaba.

—No, ¿por qué lo pregunta?

—No para usted de mirarle, Señorita Catherin.

—Eso no es cierto

—Sus ojos buscan los suyos....

—Se está equivocando, sus celos ven lo que quieren ver.

—¿Piensa que soy ingenuo?

—Yo no dije tal cosa.

—Quisiera advertirle que no permitiré que usted me avergüence mirando así a este joven en presencia de su familia.

—Sé lo que significa el respeto, pero debe saber que nuestro compromiso fue organizado por mi padre, y no por amor... —insistió Catherin.

—¿Se atrevería usted a rechazarme?

—Por amor, sí lo haría.

—¿Sabe usted?

—Dígame

—Que jamás permitiré que estéis juntos y no quiero volver a hablar de este tema nunca más.

—Señorito Barnabás, no olvide que usted no es mi dueño. Mi padre me ordenó casarme; tendrá mi cuerpo, pero nunca obtendrá mi corazón.

—Es usted una joven de armas tomar y yo no comparto ese carácter.

—No tengo por qué gustarle, Señorito Barnabás. Soy como soy, y mi padre puede obligarme a perder mi dignidad al imponerme el matrimonio con usted, pero jamás cambiará mi manera de ser. No piense que voy a ser su esclava, como lo ha sido mi madre toda la vida.

—¿Sabe qué pienso de usted? Que es una rebelde y le hace falta una reprimenda. Hablaré con su padre en cuánto tenga la oportunidad.

—Cuando guste, pues no le tengo miedo ni a usted ni a nadie. Y ahora, si me disculpa, voy a salir a tomar el aire.

Barnabás se quedó sorprendido ante la postura de su prometida, nunca la había visto proceder así.

Nicolás, al observar cómo el señorito Barnabás y la señorita Catherin, discutían durante el baile y ver cómo ella salía del salón, con mucha cautela, la siguió para darle encuentro.

—Señorita Catherin, ¿se encuentra bien? —preguntó de forma educada.

—Oh, Señorito Nicolás —Agachó su mirada y se sonrojó—, me encontraba algo indispuesta y decidí salir a tomar el aire.

—Disculpe mi atrevimiento, pero creo que vi a su prometido y a usted discutir, el cuál fue un motivo de preocupación para mí, al verla tan agitada, vine a interesarme por su estado.

—Sí, así es, estuvo usted muy acertado...

—¿Y podría saber a qué se debe? Perdone, señorita Catherin, no debería ser tan curioso... —rectificó rápidamente.

—No se preocupe, para nada es usted eso que comenta. Lo que sucede es que mi señor padre me ha impuesto matrimonio con el señorito Barnabás, y yo no estoy de acuerdo. Aún tengo diecisiete años y piensa que al no tener la mayoría de edad puede imponer su voluntad sobre mí, cómo lo ha hecho con mi madre. Yo no soy como ella y no va a hacer lo que a él le plazca. Yo pienso que mi señora madre hace muchos años que dejó de amar a mi padre. Él siempre la trató con desprecio, siempre malhumorado. Yo no deseo tener una vida como la de ella. Me niego a vivir sin amor, y en un continuo sufrimiento. No estoy enamorada del señorito Barnabás, es muy apuesto, pero a su vez es cruel, no tiene alma.

—Me deja usted sin palabras, señorita Catherin. Con su permiso, me atrevo a decirle que es un asunto que debe arreglarse y no porque yo esté loco por usted desde que la vi montada en aquel carruaje...

—¿Cómo dice usted? —le interrumpió.

—Señorita Catherin —comenzó a decir con voz temblorosa—, sé que no es el momento ni el lugar adecuado para declarararle mi amor, pero sería muy dichoso si usted supiera que, desde el instante en que la vi montada en su carruaje, mi corazón se fue con usted. Sentí que su mirada y la mía se fundieron. Cuando hoy la vi entrar en el salón creí que estaba viendo una imagen irreal, y al conocer la noticia de que estaba comprometida con el señorito Barnabás, mi alma cayó al suelo y creí morir en ese instante al partirse mi corazón en mil pedazos. Disculpe que no pueda cogerla de la mano, que es lo menos que se merece usted, pero su compromiso me lo impide.

Catherin asintió con tristeza.

—Ay, señorito Nicolás, debe usted saber que yo comparto los mismos sentimientos —sollozó.

—No tengo palabras para describir el desaliento que sufro en este momento...

—¿Puedo saber sobre qué conversabais? —preguntó en tono desafiante Barnabás, que acababa de llegar.

—Hablábamos sobre..., la historia de mi familia y de la mansión, sí —contestó rápidamente Nicolás, saliendo airoso.

—Qué interesante...

—Cambiando de tema, ¿usted a qué se dedica, señorito Barnabás?

—No necesito trabajar en nada. Mis padres fallecieron y nos... —rectificó—. Perdón, me dejaron una gran fortuna.

—Pienso que por mucha fortuna que se posea, debe ser muy aburrido no dedicarse a nada.

—Disculpadme, pero voy a informar a mis padres que deseo marcharme. Señorito Nicolás, gracias por su invitación y encantada de haberle conocido —interrumpió Catherin ante la incipiente mirada de odio que Barnabás le dedicaba a Nicolás.

—El placer ha sido mío —contestó besando su mano.

—A propósito, Nicolás... ¿Y usted a qué dedica su tiempo?

—Soy escritor..., desde pequeño es algo que me apasiona. Ya edité varios libros, pero algún día publicaré una gran historia. ¿Qué tanta gracia le hace? —Solicitó saber al escuchar la risa de Barnabás.

—Me aburriría escribir.

—Cierto, siempre sería mejor vivir del cuento.

—Disculpe que me retire, pero voy al encuentro de mi prometida.

—Adelante...

Barnabás agarró delicadamente a Catherin del brazo y se marcharon del lugar junto a Amadeus y Lucrezia. Barnabás se marchó de la mansión enfurecido por todo lo conversado con Nicolás. Sentía un fuerte odio hacia él y en aquel momento solo pensaba en vengarse. Pensaba hablar con Amadeus en cuanto tuviera la ocasión y comentarle sus sospechas sobre los sentimientos de Nicolás y Catherin.

Mientras tanto Nicolás, aún en la fiesta, les manifestó a sus padres su agradecimiento por tan maravillosa celebración y les comunicó que se retiraba a sus aposentos. Una vez allí, Nicolás analizó todo lo ocurrido, le parecía un sueño haber podido conocer a su amada Catherin.

Cogió su libro de notas y continuó escribiendo hasta quedarse dormido...

## b

Al llegar a casa, Catherin le comentó a su madre que necesitaba hablar con ella de un tema muy delicado.

—Dime, hija... ¿Qué es eso de lo que ansías hablarme?

—Madre, tengo que confesarle algo muy importante. Estoy enamorada del señorito Nicolás, y tengo la intención de hablar con mi padre para comunicarle que no deseo casarme con el señorito Barnabás, aunque insista en obligarme a hacerlo. Yo no lo amo y no voy a acceder a sus deseos.

—Hija, por Dios...—exclamó sorprendida—. ¿Cuándo nació ese amor?

—Hace unos días, iba en el carruaje con Violeta, hacia el lago, para dar un paseo y allí estaba él

—¿Dónde, Catherin? Háblame...

—Disculpe, madre..., me enamoré desde el instante en que lo vi. Solo pienso en él. Mi corazón late muy deprisa cuando recuerdo su rostro mirándome. Por favor, usted tiene que ayudarme... —Agachó sus ojos tristes—. No quiero casarme con el señorito Barnabás. Él es cruel y vengativo... No lo amo, madre —Apoyó su cabeza en las piernas de su madre—. Mi señor padre no tiene derecho a obligarme. Usted sabe lo que significa estar muerta en vida. Yo nunca la he visto feliz. Jamás la vi besar a mi padre, ni él a usted. Yo no quiero vivir una vida semejante, madre. Yo deseo amar y ser amada. —Juntó sus manos como si fuese a rezar y se arrodilló ante ella—. Por favor, ayúdeme a convencer a mi padre.

—Tienes razón hija, hablaré con él y romperemos ese compromiso. Ya estoy cansada de acceder a sus peticiones —bramó, llorando—. No le bastó con amargar toda mi vida, que se propuso volver a hacerlo ahora contigo. No lo consentiré, cueste lo que cueste. Ahora ve a tu habitación e intenta descansar, hija.

Amadeus, borracho, subió las escaleras y tambaleándose por ellas, perdiendo el equilibrio y agarrado al barandal, pronunció el nombre de su esposa, preguntando por su paradero.

—Madre, está ebrio de nuevo y la está llamando...

—Hija, cálmate que esta vez, no se atreverá a abofetearme. No dejaré que vuelva a tocarme. Tú quédate aquí tranquila y en silencio y oigas lo que oigas no salgas de la habitación.

—No puedo hacer eso, madre, no me obligue a hacer algo así. Usted es mi madre y no deseo callar más tiempo lo que hace —Lloró desconsoladamente por el miedo hacia su padre.

—Silencio, que nos va a oír.

Amadeus buscaba a su esposa y seguía llamándola, enfurecido por no encontrarla.

—Aquí estoy, Amadeus, ¿qué deseas? Me dirigía a mi aposento para descansar, estoy agotada...

—¿Agotada?

—Sí, ¿hay alguna razón por lo que no deba estarlo? —respondió fríamente.

—Yo solo deseo estar un rato a solas con mi esposa.

—Has bebido de nuevo y me prometiste que no lo volverías a hacer. Me has vuelto a mentir.

—Claro que te mentí, no dejaré de hacerlo porque es la única manera de soportar tus desprecios.

—¿Desprecios? Por supuesto, siempre he sabido que nunca me has amado. He soportado tus malos tratos toda la vida, tus ordenes, tu coacción, tus chantajes. ¡Ya basta! Mañana, cuando estés sobrio, podremos conversar; hay asuntos importantes que debemos discutir.

—¿Dónde vas?

—A descansar —prosiguió sin dejar de caminar.

Amadeus no se lo pensó y la cogió del brazo para que entrase en la habitación, pensando que podría hacer lo que tenía ya por costumbre: abusar de ella.

—Suéltame... Suéltame el brazo o pediré auxilio, ya no permitiré que hagas de mi lo que desees en cada momento.

Amadeus hizo caso omiso a sus palabras, la tiró encima de la cama e hizo el intento de pegarle.

—Hazlo, vuelve a agredirme, esta vez no me ocultaré, no te encubriré más porque ya no te tengo miedo.

Amadeus miró fijamente a su esposa, con odio, sin entender su actitud. Lucrezia lo miraba y le pedía que se marchase a otra habitación porque no deseaba dormir con él.

Mientras tanto, Catherin, que estaba escondida en la escalera, vio cómo Amías, el mayordomo de la casa, escuchaba en una esquina del pasillo. Su rostro reflejaba pena y dolor y ella se extrañó al verle allí y de aquella forma. Se quedó parado hasta ver cómo Amadeus salía de la habitación y se alejaba y, seguidamente, llamó a la puerta de la habitación dónde se encontraba su madre y esta abrió la puerta.

—Amías, ¿qué hace usted aquí?

—Oí hablar en voz alta a estas horas de la noche y decidí preguntarle cómo estaba usted, disculpe si la he molestado.

—Sabe usted que no me molesta, pero lo pueden ver y echarlo de la mansión y no desearía eso.

—Hoy volvió a beber y temo por su vida, señora Lucrezia.

—Le agradezco su preocupación e interés, pero ahora debe marcharse. Buenas noches, Amías, que descanse.

—Buenas noches, señora Lucrezia —se despidió con un beso en la mano.

Catherin no entendía nada de lo que acababa de presenciar y se fue a su habitación pensando en lo sucedido.

# Capítulo 3

**N**icolás se despertó a medianoche al escuchar un ruido en el pasillo. Se levantó y abrió la puerta, pero no vio a nadie, por lo que cerró y regresó a la cama. Pero de nuevo escuchó unos pasos que se acercaban a su habitación, por lo que se volvió a levantar, y abrió la puerta, aunque seguía sin ver a nadie.

De pronto, sintió cómo apoyaron una mano en su hombro; no se atrevió a mirar hacia atrás, estaba aterrado y el sudor corría por su frente pese al frío que sentía en ese momento. Oía la respiración de lo que fuese que estuviera a sus espaldas. Las piernas le temblaban y sus ojos carecían de movimiento, hasta que decidió darse la vuelta y ver quién se hallaba tras él, pero al hacerlo no había nadie.

Quién hubiera estado ahí con él, se esfumó... A Nicolás le faltaba el aire en aquel instante, miró por todos los rincones de su alcoba, pero sin suerte, no encontró a nadie. Solo había un cierto olor a rosas que, sin darle la mayor importancia, pensó que provenía de los jardines de alrededor de la mansión.

Se asomó a la ventana y a lo lejos volvió a ver a la joven vestida de blanco que lo miraba fijamente. Se escondió entre las cortinas y volvió a mirar para comprobar si seguía ahí, pero la imagen había desaparecido.

Nicolás, consternado, se metió en la cama, pero sin poder dormir. No se quitaba de la cabeza la figura de la joven frente a su ventana, mirándolo fijamente.

—¿Quién es? —preguntó Nicolás al sentir la llamada en la puerta de su habitación.

Pero nadie respondió.

—¿Es usted, madre?

Y el pomo comenzó a girar lentamente. Nicolás no sabía si quedarse quieto o salir corriendo ante tan terrible situación. La puerta comenzó a abrirse muy despacio. Nicolás temblaba y la temperatura de la habitación comenzó a bajar notablemente. Allí estaba ella, la mujer de blanco.

Se acercó y le puso su mano en el pecho y Nicolás comenzó a ver unas imágenes en su cabeza como si de un sueño se tratara. Vio a una joven embarazada caminando por un bosque. Era bellísima y se veía muy feliz, tocaba su barriga muy orgullosa. Sintió cómo si alguien lo quisiera ahogar en ese intenso sueño en el que estaba inmerso. Alguien intentaba estrangularlo a la vez que sumergía su cabeza en el agua. No tenía fuerzas para defenderse, aquel tipo parecía fuerte. Vio un reloj de bolsillo que le colgaba al individuo. En ese instante, despertó, fatigado y faltándole el

aire. El corazón se le salía del pecho, y el cuello le molestaba como si de veras lo hubiesen intentado ahogar. La joven aún parada delante de él, lo miró sumergida en una inmensa tristeza en sus ojos y le preguntó:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? —sollozaba antes de desaparecer en la oscuridad de la habitación.

Nicolás permaneció inmóvil y con la mirada fija hasta que amaneció, recordando todo lo acontecido. Se levantó, se aseó y bajó a desayunar. Allí se encontró con sus padres, que le preguntaron cómo había pasado la noche.

—¿Cómo has descansado? —cuestionó Victoria.

—En realidad poco, madre.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás escribiendo por las noches? No nos has contado nada sobre tu próxima novela y hemos observado que andas escribiéndola.

—No, padre, solo son datos. Quería saber si el carruaje está disponible esta mañana, tengo intención de ir a la ciudad.

—Claro, hijo, puedes disponer de él cuando quieras. ¿Y para qué deseas ir a la ciudad?

—No es nada de lo que deba preocuparse. Solo me apetece salir de aquí un poco —detalló Nicolás.

—Claro, hijo, avisaré a Darío para que prepare a los caballos.

—Gracias, padre.

## b

Nicolás se montó en el carruaje y acto seguido, le preguntó al cochero si había oído hablar alguna vez de la mujer de blanco.

—Señor Darío, ¿ha oído usted hablar alguna vez de la mujer de blanco?

—¿La mujer de blanco?

—Sí, la misma.

—Cuentan, señor, que hace ya algunos años, una joven pueblerina de estos alrededores, tenía amores con un señor pudiente de Londres. Ella quedó embarazada sin decir quién era el varón que le quitó su juventud, porque tan solo tenía dieciocho años. Un buen día fue a dar un paseo al bosque y desapareció. Sus padres, ya mayores, no pudieron superar la pérdida de su única hija y desde entonces permanecen en su casa enfermos en una inmensa tristeza. Nadie supo nada de ella nunca más. Nadie se explica qué le pudo ocurrir a esa bella joven y a su bebé, claro está. Algunas personas han referido que hay noches en las que escuchan lamentos, gritos en el bosque de una voz femenina buscando a su hijo, perdida en la oscuridad y atrapada en alguna dimensión sin descanso alguno; si murió, aún no encontró la paz. Otros dicen que les ha parecido ver una mujer vestida de blanco entre los árboles..., en fin, nadie sabe qué le sucedió a esa joven ni a su hijo, lo que sí está claro es que ella aún lo busca sin descanso... Pobre chica —añadió con tristeza.

—Darío, ¿puede usted llevarme al pueblo donde dicen que viven los padres de esta joven? Le pediría que no le comentase nada de esto a mis padres.

—Puede usted confiar en mí, señor, no abriré mi boca.

Darío emprendió camino hacia el pueblo que Nicolás le había indicado.

—No tardaré —Nicolás se bajó del carruaje y preguntó por los padres de la joven desaparecida a un anciano del pueblo que se hallaba sentado en la puerta de su casa, admirando la llegada de Nicolás; eran gente muy pobre y no acostumbraban a ver a personas pudientes y



elegantes por aquel lugar.

—Señor, ¿podría usted indicarme el sitio donde viven los padres de la joven que desapareció hace años en el bosque?

—Sí, señor. Tiene usted que bajar esta calle y la última casa a la derecha. Son la familia Jones.

Nicolás siguió las indicaciones que el anciano le había realizado y bajó la calle hasta llegar a la casa de la joven,

—¿Quién es? —La señora Jones se encontraba detrás de la puerta.

—Señora Jones, me llamo Nicolás, no quisiera molestar, pero desearía conversar un momento con usted si me lo permite.

—Pase, por favor...

Allí se encontraba sentada una ancianita cuyo rostro reflejaba un dolor difícil de ocultar.

—¿Qué se le ofrece?

—Disculpe. He venido hasta su casa porque he oído que su hija desapareció hace años y no se supo más de ella. Estoy intentando averiguar, qué le ocurrió. ¿Podría hablarme un poco sobre ella? Se lo agradecería, señora, aunque imagino que debe ser muy doloroso para su marido y para usted recordar lo sucedido.

—Sí, es muy doloroso perder a una hija así, sin explicación alguna —comenzó a llorar—. Mi niña, mi Daniela, era muy feliz y alegre, hasta que un día apareció ese hombre que la enloqueció de amor y dejó de ser ella. Él le enviaba notas con un mensajero y ella acudía a verlo cuando a él le apetecía. Se veían en el bosque, lo sé porque un día leí una nota que ella dejó en su habitación encima de su cómoda; las guardaba en una caja bajo llave. Un buen día, me di cuenta que comenzó a vestir con ropa más ancha y me percaté enseguida de que estaba embarazada. Le pregunté y ella me dijo que sí, que traía un hijo del amor, que ese hombre le había prometido casarse con ella y darle un hogar... Yo sentía que nada era cierto y que mi hija había sido víctima del engaño. Una noche, recibió una nota, y ella salió. Le dije que, por favor, no fuera a ninguna parte a esas horas de la noche y con una etapa tan avanzada de su embarazo; ya había cumplido los nueve meses y el bebé estaba a punto de llegar, es más, ya había comenzado a sentir dolores, pero hizo caso omiso a mis súplicas. Solo se llevó encima de sus hombros la mantita azul que le había bordado a su hijo, para cubrirse del frío porque la tenía a mano. La esperé durante toda la noche y mi hija no volvió...

—Aumentó más su llanto si era posible—. Mi preciosa hija nunca más volvió. Yo pensé que se habría ido con ese señor y que algún día volvería, pero aún sigo aquí esperándola, aún guardo su caja de notas. Su habitación esta tal y como ella la dejó...

—¿Podría ver esa caja, señora?

—Claro que sí, acompáñame —declaró agarrándose a su brazo y haciendo fuerza con el bastón.

En cuanto entró en la habitación, Nicolás sintió un olor a rosas que invadió completamente sus sentidos, el mismo olor que lo tenía cautivado en su propia mansión y pensaba que era a causa de los rosales de alrededor.

—Ella decoró el cuarto para cuando llegara su bebé..., había bordado las sabanitas de la cunita, hecha por su padre. Sus baberos, las toallitas... Estaba muy feliz...

Nicolás no pudo evitar sentir el dolor de la señora. Le mostró la caja donde guardaba las notas. En la tapa, había dibujada una libélula; incluso tenía cuadros pintados con ese insecto, pero de diferentes colores.

—Nunca la abrimos, porque ella llevaba la llave en una gargantilla. Pensamos que un día

volvería, por eso nunca abrimos su cajita, pero no volvió...

—Cálmese, señora, siento mucho haberla hecho recordar todo este sufrimiento —La abrazó y el rostro de la Señora Jones cambió al sentirse entre los brazos de Nicolás, que lo miró y le dio las gracias.

—¿Por qué tenía su hija tantas libélulas en su habitación?

—Porque ella llevaba una en su hombro derecho, era una mancha de nacimiento. Adoraba a las libélulas, es más, decía que eran su amuleto de la suerte.

—Le prometo que voy a averiguar qué le ocurrió a su hija y vendré a contarle para que tanto usted como su marido descansen de esta terrible amargura.

—Mi marido casi no media palabra desde que nuestra Daniela desapareció. Ella era nuestra alegría, y ese hombre se la llevó. Nuestra razón de vivir.

## b

—¿Cómo le fue, señor? ¿Pudo averiguar algo? —se interesó Darío.

—Sí, Darío. Esos pobres ancianos aún lloran la pérdida de su hija. Le prometí que iba a averiguar lo que le ocurrió y volveré para contarles. He sentido un dolor inmenso al ver a esa señora, era como si el alma se me partiera en mil pedazos. He tenido que abrazarla porque mi corazón así me lo pidió...

Al llegar a la casa, vio a sus padres en el jardín interior de la mansión, donde su madre arreglaba las flores mientras su padre, sentado, la observaba fumándose una pipa. Decidió ir a conversar con ellos para explicarles lo que sabía sobre la mujer de blanco, a sabiendas del rechazo que obtendría por parte de su madre.

—Padre, madre...

—Hola, hijo... ¿Cómo te fue el paseo por la ciudad?

—Muy bien, madre, ha sido muy agradable Y a usted, padre, ¿cómo le fue el día?

—Hoy fue un día agotador. Tenemos numerosos casos que solucionar en el gabinete. Regresé hace un rato y me senté con tu madre aquí para relajarme. Me encanta ver cómo arregla las plantas, ella es bella como una flor.

—Ay, Edric, qué cosas me dices —confesó ruborizada.

—Siempre lo has sido, esposa mía.

—Es cierto, madre, es usted una mujer muy bella. A propósito, quería hablarles sobre un tema muy interesante de él que averigüé algunos datos. Me han comentado que hace unos dieciocho años, una joven embarazada desapareció en el bosque que está junto al lago.

Edric y Victoria se miraron, tragando saliva y respirando profundamente como si el aire les faltara. El color de sus rostros cambió a un tono pálido y Nicolás, sorprendido, continuó hablando.

Narran que la joven mantenía una relación con un señor pudiente de los alrededores y la dejó embarazada. Una noche salió al bosque al encuentro de su amado, ya que había recibido una nota donde le decía que fuera al lugar de siempre. Ella desapareció esa noche sin dejar rastro alguno y sus padres aún lloran la pérdida de su querida y única hija. Pienso que es una historia muy triste y esa joven se merece que descubran qué le ocurrió y tenga su merecido descanso.

—Es cierto que es algo terrible perder a un hijo y mucho más en esas circunstancias, pero creo que es un suceso que ocurrió hace años y deberíamos dejar descansar a esa pobre joven.

—¿Descansar, madre? ¿Usted piensa que ella descansa? Los vecinos de los alrededores oyen

lamentos de dolor por las noches y la voz de una mujer gritando desesperada, buscando a su hijo. No sabemos lo que le ocurrió a ella ni a su hijo, pero aún lo busca. Se aparece vestida de blanco, que es con la vestimenta que desapareció esa noche... Y vosotros, como bien sabéis, la primera noche que llegamos a la mansión, ocurrió un suceso muy extraño sin explicación. Le guste o no, madre, esa joven estuvo aquí. Lo que aún me pregunto es el por qué... ¿Qué buscaba?

—Es cierto que esa noche ocurrió algo, pero no quiero hablar de ello —pidió Victoria.

—Solo decirte que los fantasmas existen y pueden estar en cualquier lugar sin necesidad de que tengan que ver con nosotros.

—A ver, hijo, creo que te estás llevando este asunto al terreno personal, creándote una obsesión. No puedes dejar que las historias que oigas profundicen en ti así. No sabemos lo que le ocurrió a esa chica, pero lo que está claro, es que no es asunto nuestro y me niego a que se siga hablando del tema en esta casa.

—Lo lamento, padre, pero no estoy de acuerdo y llegaré al final de la historia para descubrir lo que les ocurrió a esa joven y a su bebé. No puedo imaginar qué clase de persona pudo hacerle daño a una mujer embarazada e indefensa y a su hijo.

Edric y Victoria, se miraron descompuestos por las palabras de su hijo.

—Además, también quería comentarles que esa joven se me ha manifestado varias veces, por lo que he decidido acudir a una espiritista y explicarle lo que está sucediendo, quizá ella pueda resolver algunas de nuestras preguntas. He oído que, en la ciudad, se encuentra en estos momentos una señora que se dedica a estos temas y nos puede ayudar.

—Pero, hijo, ¿cómo que se te ha manifestado varias veces? ¿Estás perdiendo la razón? ¿Y qué es eso de hablar con una espiritista? ¿Quieres que los vecinos piensen que estamos locos de atar?

—Sí, padre, la he visto varias veces aquí en la casa y yo también pensé por unos instantes que estaba perdiendo la razón, pero no es así. Estoy muy cuerdo y sé lo que vi, por lo que quiero averiguar qué es lo que está pasando.

—Pues siento comunicarte que esta casa no la pisará una espiritista.

—Es necesario para saber el motivo por el que se aparece aquí en la casa.

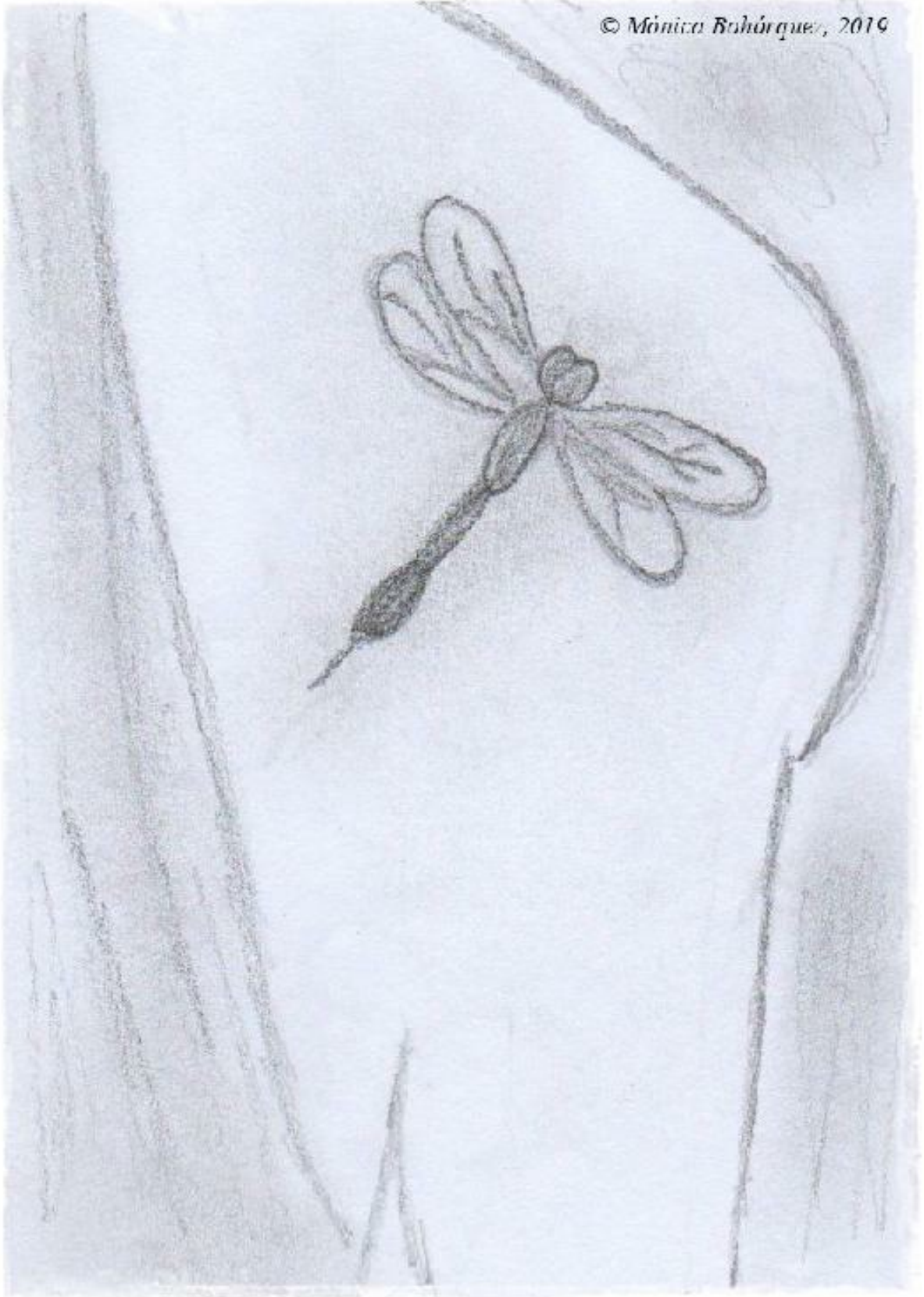
—Me niego, es un no rotundo y no hay más que hablar. Y a todo esto, ¿tú por qué sabes tanto de esta historia?

—Pues porque la gente comenta este asunto, padre.

—Hijo, insisto en que deberías olvidar lo ocurrido. Todo esto de los fenómenos paranormales y espiritistas me da pavor —desveló Victoria.

—No puedo. No lo puedo explicar con palabras, es algo que me nace del corazón. Siento una gran lástima por lo que pudo ocurrirles. Y ahora me retiro ya, que es imposible que entréis en razón. Estoy muy disgustado y no bajaré a cenar con vosotros. Buenas noches, padres, que descanséis.

© Mónica Bahárquez, 2019



# Capítulo 4

**E**l señor Barnabás Beckett decidió hacerle una visita a Esmeralda, su amor secreto. Una joven bella y abandonada que encontró apoyo en la casa de madame Minerva, quién le ofreció cama y comida a cambio de trabajar para ella. Barnabás era un hombre apuesto; a toda mujer le gustaría como esposo, pero él no sabía lo que significaba el amor de verdad, la fidelidad, bondad, y, por último, la humildad.

Era cruel, sin alma y hacia caso omiso a los sentimientos de las personas de su alrededor. Un buen día quiso visitar el burdel de madame Minerva; era un vicioso del sexo a pesar de no poder practicarlo con su prometida por respeto. Cuando conoció a Esmeralda, se quedó prendado de su belleza desde el momento en que la vio, pero no podía abandonar la idea de casarse con la señorita Catherin debido a su posición social.

Comenzó a visitar a la joven muy a menudo hasta que la enamoró, tanto que ella lo esperaba cada día y si no acudía a verla le suponía un grave sufrimiento.

—Buenas, madame Minerva, ¿puede usted llamar a la señorita Esmeralda?

—Por supuesto, señor Beckett.

—Hola, amor, ¿por qué ha tardado tanto en visitarme? Estaba dispuesta a salir en su busca si llega usted a retrasarse más.

—¿Cómo? Jamás haga eso —contestó enfadado, cogiéndola del brazo.

—Suélteme, me hace daño —inquirió ella preocupada.

—¿Ocurre algo, Señor Beckett? —Esta vez fue madame Minerva la que intervino.

—Nada, solo estamos conversando. Vamos dentro, Esmeralda.

La joven, algo asustada por el agresivo comportamiento de Barnabás, se dirigió hacia una de las habitaciones. Al llegar, la tiró sobre la cama de forma brusca y le dijo que la echaba mucho de menos, que necesitaba su cuerpo para apagar el fuego que llevaba dentro y que solo ella sabía hacerlo. Esmeralda comenzó a desnudarlo muy despacio mientras él se estremecía de placer; las manos de la joven lo volvían loco. Le colocó un pañuelo sobre sus ojos y lo besó suavemente, gimiendo de placer hasta llegar a su oído al a par que restregaba su cuerpo desnudo con el suyo.

—¿Quiere más placer, señor?

—No pares nunca, la deseo con todas mis fuerzas, solo usted me entiende y sabe lo que me satisface... —suplicó casi sin aliento—. Sueño con usted cada noche, no puedo alejarla de mi mente.

Le quitó el pañuelo de los ojos y lo miró fijamente con deseo y pasión. Sus cuerpos acalorados culminaron en el acto sexual, quedando posteriormente dormidos sobre la cama abrazados.

—¿Ha disfrutado?

—Siempre lo hago, Esmeralda, solo tú puedes hacerme sentir así.

—¿Y por qué usted no se casa conmigo si solo yo hago que suba a las estrellas?

—Porque yo ya estoy prometido con otra mujer.

—Una mujer que usted no ama ni desea. ¿Cómo puede contraer matrimonio con alguien cuándo es a mí a quien usted quiere?

—Escúcheme bien, señorita Esmeralda. Voy a casarme con esa mujer aunque no la ame, porque así lo decidí. Nunca dejaré de venir a verla, a no ser que usted prefiera que no venga nunca más. No voy a permitir que se meta en mi decisión.

—Es usted frío y calculador, no le importa hacer daño a nadie, ni a ella, ni a mí.

—A veces la vida es así, no podemos tener lo que deseamos.

—¿Usted no se da cuenta que yo estoy enamorada? No deseo tenerlo a ratos, yo quiero tenerlo en todo momento y que sea mío para siempre. —Lo agarró fuertemente del brazo.

—Suéltame, mujer. —Hizo el amago de apartarla.

Esmeralda no hizo caso a Barnabás y se agachó hacia sus piernas, agarrándolo mientras lloraba. No quería que se marchase, pero él, sin importarle los sentimientos de la joven, la agarró con fuerza y la apartó de él con un fuerte empujón, haciendo que cayese al suelo. Sorprendida por el gesto de Barnabás, comenzó a llorar de manera desconsolada, diciéndole que era imposible que no pudiese amarla como le decía cuando la trataba tan mal.

—Si no regresas pronto, iré a buscarte.

—Ya te dije que jamás hagas eso, o nunca volverás a verme.

—¿No entiende que, pese a todos sus desprecios, yo lo amo? No importa el daño que esté sufriendo, mi alma está con la suya y no puedo vivir sin usted.

A Barnabás no parecía importarle nada sus palabras y se marchó, dejándola en el suelo llorando y destrozada por el dolor. En aquel instante, al escuchar el llanto entró en la habitación madame Minerva y la levantó del suelo.

—Ven aquí, pequeña. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lloras así?

—Porque no me quiere. Se va a casar con otra mujer cuando en realidad me ama... No le importa lo que yo pueda estar sufriendo por él. Lo amo desesperadamente y es frío como el hielo. ¿Como puede ser así? —Lloraba.

—Mí niña, debes entender que, a veces, las personas, por conseguir un estatus social distinguido, pueden hacer barbaridades. ¿Me permites un consejo?

—Claro que sí... Aunque temo lo que pueda decirme...

—Yo intentaría olvidarme de él. No te hará feliz. Solo vendrá a verte cuando se sienta solo.

—Pero el me ama...

—Es cierto, pero de una manera egoísta, prevalece la idea de ser aún más rico a perder a su amor. Eso no es amar, querida niña.

—No tengo a nadie en la vida, señora, solo a usted. Me recogió cuando mis padres me abandonaron siendo una niña, y no supe lo que era el amor hasta que conocí al señor Beckett..., ahora él también me abandona —manifestó entre lágrimas.

—Él solo te desea, deja que se marche, no sufras más por él.

—No puedo, señora, lo amo demasiado como para olvidarlo, lo esperaré..., esperaré a que

vuelva a mí, sé que volverá...

—Es tu decisión, hija, pero te advierto que esto es solo el principio. Presiento que vas a sufrir mucho y no desearía verte así, destrozada por el desamor.

—Lucharé, señora, lucharé por su amor.

—Ay, mi niña... Tu juventud, no te deja ver la realidad de los hechos que están sucediendo.

—No puedo ir en contra de mi corazón, señora. Yo le agradezco sus consejos, pero entiéndame, por favor. Solo puedo decirle que lo amo con todas mis fuerzas.

—Bueno, voy a retirarme, ahora descansa. —La señora le da un beso en la frente y se va de allí.

## b

Barnabás salió del burdel preocupado por el comportamiento de Esmeralda, pensando en que podía buscarle problemas con su prometida y su familia si descubrían que tenía amores con ella. Llevaba bastante tiempo planificando su vida con Catherin como para que una don nadie le echase a perder sus planes, así que decidió no volver más a verla. Se montó en el carruaje para dirigirse a su casa y justo en la puerta, el señor Amadeus Adamson, quien iba camino de su trabajo, le sorprendió.

—Buenas, señor Beckett, ¿qué le trae por aquí? ¿Negocios?

—Buenas, señor Adamson. No exactamente, asuntos sin la menor importancia.

—Hace días que no va usted a visitar a mi hija y me ha extrañado.

—De eso precisamente quería hablarle. No hemos tenido ocasión de comentar nada después de ir a la fiesta en casa de los Bradley. Aquel día pude apreciar que Catherin, muy a pesar de mi presencia allí, con todos mis respetos hacia su hija, no tuvo ningún pudor a la hora de cruzar las miradas con el señorito Bradley. Parece ser que Catherin cayó rendida ante sus encantos, pues estaba embelesada y prácticamente no me miró durante la fiesta. Es más, tuve que obligarla a que me concediera un baile, pues se negó también a eso. Creo que ha nacido un enemigo, y voy a tener que tomar cartas en el asunto, pues no voy a permitir que nadie se interponga en mi camino.

—Tranquílcese, señor Beckett, nadie le cambiará sus planes. El señor Bradley no sabe dónde se ha metido y a quien se enfrenta si pretende enamorar a mi hija.

—Disculpe, señor, pero creo que hay un detalle muy importante a tener en cuenta, y es que su hija le corresponde al señorito Bradley respecto a sus sentimientos.

—Eso es algo que nunca permitiré. Mi hija contraerá matrimonio con usted, como ya se planificó, y no hay más nada que hablar sobre este asunto. Así se lo comunicaré a ella en cuánto tenga ocasión.

—Se lo agradezco, señor Adamson, me alegra saber que usted comparte los mismos pensamientos que yo, y eso me da algo de serenidad, aunque me siga preocupando.

—Nada, nada, cálmese. Con respecto al asunto, no hay nada de lo que preocuparse. Ahora me marcho, que tengo aún varios asuntos que solucionar en el trabajo. Que tenga usted buen día.

—Gracias e igualmente, señor.

El señor Adamson se alejó de allí con frialdad ante la situación, sin dejar de pensar en la mala hora en la que apareció el señorito Bradley en sus vidas. Barnabás, por otro lado, se dirigía a su casa para pensar en un plan inteligente para alejar a Nicolás de Catherin.

Al llegar allí, se fue hacia el mueble bar y se echó una copa. Pretendía relajarse, cuando comenzó a oír unos golpes. Se levantó enfurecido, ya sabía de dónde venían y, además, le habían

interrumpido su descanso.

Bajó las escaleras de la gran mansión y recorrió unos pasillos que nadie conocía dónde se encontraba una habitación al final del mismo.

—Ulric, ¿puedes dejar de dar golpes? —vociferó algo enfadado.

—Por favor, sácame de aquí... —gritaba su hermano de igual manera.

Ulric tenía treinta y tres años y llevaba encerrado desde los quince por un delito accidental que cometió. Sus padres lo encerraron en el más oscuro de los rincones de la mansión debido a su trastorno mental de nacimiento, aunque no tenía maldad alguna. El servicio de la casa lo alimentaba cada día, y aunque lo veían sufrir, nadie se atrevía a liberarlo por miedo a Barnabás y a traicionar la decisión de sus padres. Antes de morir, les hizo prometer a su hijo que no lo dejaría libre nunca, pues pensaban que era un peligro para la sociedad.

—Jamás saldrás de aquí, deficiente mental. —Se lanzó hacia él para pegarle.

—¿Por qué me pegas? Yo no te hice nada, solo quiero salir de aquí. Voy a morir encerrado.

—A ver si es verdad y te mueres pronto, para mí eres una carga que llevo a rastras desde que nuestros padres murieron. No entiendo, con los años que llevas aquí, cómo no te has muerto ya —manifestó a gritos—. Óyeme bien —inició, cogiéndole por el cuello y apretando fuertemente la mano—. No vuelvas a gritar, estoy harto de oírte y no puedo tener paz en esta casa por tu mísera culpa, ¿me oyes bien?

—Soy tu hermano y no me quieres. Yo no tengo culpa de haber nacido así. Me hubiese gustado ser como tú, eres mi hermano pequeño y siempre jugábamos juntos hasta que ocurrió aquello y nuestros padres, me encerraron aquí. Yo no soy malo, ¿por qué me habéis hecho esto?

Su lenguaje era claro y conciso. Sus padres le enseñaron a hablar correctamente, aunque naciera con un leve retraso.

—Tú no eres mi hermano. —Lo miró con desprecio—. Eres una abominación de la naturaleza. No mereces estar vivo —sentenció cerrando la puerta y poniendo los candados pertinentes.

Allí se quedó de nuevo encerrado, llorando y desesperado en ese rincón de la mansión sin nadie que le pudiera ayudar por temor a la reacción de Barnabás. Todos los sirvientes le tenían mucho miedo, pero allí estaba Ximena, una de las sirvientas. Gracias a ella estaba vivo. Lo alimentaba y limpiaba cada vez que Barnabás le daba permiso, ya que de lo contrario hubiera muerto de hambre o de infección después de tantos años ahí encarcelado.

—Señor, por favor, tenga piedad de esa pobre criatura...

—Ximena, aparta de mi camino. Ya le dije en miles de ocasiones que jamás, voy a liberarle. Le hice una promesa a mis padres. Además, es un peligro para la sociedad, y ya sabéis por qué...

—Fue un accidente, señor, él no es malo, es como un niño mayor. Tiene corazón, solo hay que verlo. ¿Usted no tiene alma?

—Mire, Ximena, sé que usted lleva muchos años con mi familia, pero si sigue insistiendo en este asunto, me voy a ver en la obligación de echarla de aquí.

—No, por favor, señor, no haga eso —suplicó de rodillas.

—Queda avisada, Ximena.

Barnabás se marchó de allí con cierta repugnancia en su rostro, sentía verdadera repulsión al bajar allí donde se encontraba su pobre hermano. Ximena, cabizbaja, subió las escaleras y se dirigió a la cocina para comentar a los sirvientes lo sucedido y lo triste que se encontraba. Ella les comentó que no entendía cómo el señor podía tener a su hermano ahí encerrado durante años sin importarles su padecimiento.

Ella no podía vivir pensando que ahí abajo, había un ser encerrado como si fuese un animal



peligroso y ellos, conocedores de lo ocurrido, no pudiesen hacer nada. Eso no era justo...

—Creo que deberíamos pensar en un plan para liberarle. No podemos permitir esto por mucho más tiempo o morirá ahí abajo y nuestras almas jamás descansarán por haberlo permitido. Tenemos que unirnos y enfrentarnos al señor.

Todos pensaban que Ximena llevaba razón y decidieron pensar qué hacer para poder terminar con aquello.

Mientras, Barnabás, se encontraba en el salón, escuchando música y bebiendo sin preocupación alguna. Solo pensaba en un plan para alejar a Nicolás de Catherin.

Se estaba planteando la idea de organizar un día de caza en los bosques de los alrededores de su mansión, ya que el posee, heredado de su familia, cuadras y establos donde criaba perros de caza y entrenaba caballos para las carreras.

—El mal nunca vence. Por un tiempo puede que se salga con la suya, pero el final será su perdición, al igual que le ocurrió a sus padres.

—Chist... —susurró Cornelius, el mayordomo.

—No se preocupe, Cornelius, está demasiado borracho para saber dónde se encuentra en estos momentos. Pronto se quedará dormido y podremos descansar.

Todos volvieron a sus quehaceres.

# Capítulo 5

**N**icolás recibió una nota de la señorita Catherin, donde le decía que deseaba verle para hablar con él de un asunto importante. Se llenó de alegría al volver a ver a su amada y a su vez se sorprendió, ya que él jamás se hubiese atrevido a escribirle por respeto a su compromiso, aun sabiendo que ella no estaba enamorada de su prometido.

Le respondió inmediatamente y le propuso ir a dar un paseo en barca al lago que estaba junto al bosque al atardecer. Allí la esperaba si lo deseaba.

—¿A dónde vas tan apuesto, hijo?

—Voy a dar un paseo, madre, tengo que escribir y necesito abrir la mente para narrar una buena historia.

—Parece que fueras a una cita... ¿Se puede saber quién es la afortunada? Porque quien te ame será la mujer más feliz del mundo... Eres un buen hijo.

—No veré a ninguna mujer, querida madre. En el momento que la haya, se lo haré saber. Solo voy a dar un paseo.

—Bueno, hijo, no te entretengo más. Ve tranquilo y pasa una buena tarde.

—Gracias, madre, igualmente

Nicolás se marchó caminando hacia el lago, pensando en su amada Catherin. Al llegar allí, vio cómo lo estaba esperando en un banco junto a Dorinda.

—Buenas tardes, señorita Catherin —saludó con voz temblorosa y ruborizado—. Y buenas tardes, señora...

—Dorinda, señor, encantada de conocerle.

—Hola, señor Nicolás —respondió Catherin bajando la mirada. Sentía que su pecho le iba a estallar de felicidad al estar junto a su amado.

—¿Damos un paseo? —pidió Nicolás, ofreciéndole su mano para ayudarla a levantarse del banco.

—Sí, con mucho gusto.

—¿Qué quería usted decirme, señorita? —precisó Nicolás.

—Quería hablarle de algo muy importante. Voy a anunciarle a mi padre que no deseo casarme con el señor Beckett. No estoy enamorada de él y me niego a contraer matrimonio y llevar una vida vacía y sin amor. Quería saber si usted estaba de acuerdo con que yo dijera la verdad, pues estoy dispuesta a decirle a mi padre quién es el dueño de mi corazón.

—Por supuesto, señorita Catherin. Me enamoré de usted en el instante en que la vi por primera vez y desde entonces mi corazón le pertenece. Lucharía por mi amor contra viento y marea y no permitiría que nadie le hiciera daño una vez sabida toda la verdad sobre nuestro amor. Sé que esta noticia hará que su padre actúe en nuestra contra, pero me enfrentaré a quien haya que enfrentarse.

—Mi madre me prometió hablar con mi padre y explicarle la situación, ella me ayudará a convencerle. Se que hará todo lo posible por impedir que permanezcamos juntos, pero prométame, por favor, que no le vencerá el miedo —Juntó sus manos.

—Jamás. Mi amor por usted es verdadero.

Dorinda escuchó la conversación, tenía miedo por la reacción que tendría el señor Amadeus cuando supiese que su hija no quería contraer matrimonio. Por un momento a Dorinda le pareció ver al señor Beckett. No podía creer lo que veían sus ojos, ya que no quería que Catherin tuviese problemas antes de hablar con su padre. Volvió a mirar, pero ya no estaba; pensó que era su imaginación.

Contra todo pronóstico, Barnabás se encontraba allí en el lago, pero ya escondido, observando a Nicolás y Catherin. Dorinda no le comentó nada a la pareja de enamorados acerca de lo que había sentido y dejó que siguieran disfrutando de su paseo.

Nicolás le indicó a Catherin si le apetecía montar en barca y pasear por el lago, a lo que la joven aceptó encantada. Barnabás, en vista de la situación, le ofreció dinero al barquero para que les diese una barca defectuosa y tuviesen problemas una vez adentrados en el agua. Su odio era tan grande que ya no le importaba hacerle daño a Catherin también.

Los dos se montaron en la barca, mientras que Dorinda se quedó en tierra, sentada en un banco, observando a los jóvenes.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy escritor, pero llámeme Nicolás, por favor.

—Pues entonces usted llámeme Catherin —especificó ruborizada—. ¿Y sobre qué escribe?

—Me gusta escribir de todo un poco, pero sobre todo novelas de misterio. Ahora estoy investigando sobre una historia muy interesante de la que ya le hablaré más adelante. ¿Y a usted qué le gusta hacer?

—A mí me gusta cantar, pero nunca me dediqué a hacerlo porque mi padre no lo aprobaría.

—Pero en la vida uno debe hacer lo que más le gusta.

—Eso será en otra vida, porque en esta me tocó vivir junto a un padre posesivo y solo me permite hacer lo que a él le parece correcto.

Los jóvenes estaban disfrutando de su paseo en barca, mientras Dorinda los observaba desde lejos; debía proteger a Catherin en todo momento. Comenzó a preocuparse cuando a lo lejos volvió a ver a Barnabás. No entendía qué hacía vigilando a los chicos y temía que les ocurriese algo. Se levantó del banco dónde estaba sentada e intentó avisar a Catherin alzando un pañuelo que llevaba en la mano. Sin embargo, la joven estaba tan feliz junto a Nicolás que no se percató de los avisos de Dorinda.

Empezó a entrar agua por el suelo de la barca, y los chicos se asustaron sin entender qué estaba ocurriendo. Nicolás levantó a Catherin con cuidado para no volcar la barca y comenzó a pedir ayuda:

—¡Señor! ¡Oiga, señor! Por favor, está entrando agua dentro de la barca. —Intentaba hacerse oír ante el barquero, pero este no le prestaba la más mínima atención.

Dorinda, en vista de la situación, acudió al barquero a suplicarle ayuda para los jóvenes, pero no hacía caso a los ruegos. Mientras tanto, Nicolás y Catherin sacaban agua de la barca para que

no se hundiese, pero se encontraban asustados por no saber cómo salir de aquella situación. La barca cada vez estaba más hundida, por lo que era cuestión de lógica que ambos cayesen al agua. Nicolás, rápido y audaz, le dio la vuelta a la canoa para poder apoyarse en ella junto a Catherin y así poder nadar hasta la orilla. Debía sujetar a la joven, que no sabía nadar.

Una pareja cerca de ellos, que no se había percatado de lo ocurrido dado a que unas grandes flores le impedían ver, no dudaron en acudir a su ayuda. Ambos terminaron montándose en la barca de los jóvenes mientras que Barnabás, desde lejos, reía por la situación.

Había logrado lo que quería: darles un gran susto. Se sentía engañado por Catherin al verse a escondidas con Nicolás. Cuando llegaron a la orilla, Dorinda le indicó a Nicolás que, por favor, le ayudase a llevar a la joven al carruaje que la conduciría a su casa ya que estaba empapada y temía por su salud.

Sin dudarle ni un momento, Nicolás la cogió en brazos y se dirigió al carruaje. La introdujo dentro de él con cuidado y le ordenó al cochero que no se detuviese y corriese a casa de la chica cruzando el bosque. En mitad de la orden, el crujido de unas ramas hizo que depositase toda su atención a sus espaldas, donde se encontró a cuatro tipos que no tenían muy buen aspecto.

Sin mediar palabra, estos fueron a por Nicolás, que no paraba de preguntar el motivo de aquella paliza, pero no obtuvo ninguna respuesta salvo su huida un rato después. Intentó moverse, pero era tanto el dolor que sentía en su cuerpo que incluso tenía dificultad para arrastrarse. Poco a poco fue recuperando el movimiento, aunque el regreso a su casa le pareció eterno. Rezaba porque alguien pasase por el bosque, pero no se veía a nadie por aquellos parajes, por lo que decidió quedarse quieto hasta poder recuperarse un poco, sentándose bajo la copa de un árbol a la espera.

Cerró sus ojos sin apenas fuerzas cuando, de repente, sintió que alguien se acercaba, pero no pudo abrir los ojos: algo se lo impedía.

—Hijo, ¿qué te ha ocurrido? Por Dios, Edric, ayuda a tu hijo, vamos a curarlo en su habitación. Ay, Nicolás.... —lloraba mientras subía.

Edric subió a su hijo con cierta dificultad por las escaleras hasta llevarlo a su habitación y recostarlo en la cama. Nicolás no tenía apenas fuerza ni para hablarle a sus padres sobre lo sucedido, pero lo intentó con todas sus fuerzas, les contó que recibió una nota de la señorita Catherin en la que le manifestaba su deseo de verlo y el aceptó citándola en el lago.

Dieron un paseo y decidieron montarse en una barca y rápidamente esta comenzó a hundirse y no tenían medios para escapar de allí, el barquero no les hacía ningún caso, pero gracias a los gritos de auxilio, de la señorita Dorinda la institutriz de la señorita Catherin, una pareja de jóvenes que paseaban en otra barca cerca de donde estaban, salieron en nuestra busca y nos trasladaron a la suya...

—¿Y cómo has llegado hasta aquí, hijo?

—Pues no lo recuerdo, padre. Solo sé que yo apenas tenía fuerzas para moverme, por lo que decidí sentarme bajo la copa de un árbol a descansar. Cerré los ojos y de pronto sentí como alguien me cogía y elevaba, pero no podía abrirlos, una fuerza me lo impedía y ya me desperté y vi que estaba en la puerta de la mansión. Solo recuerdo un cierto olor a rosas en mi cuerpo, mirad cómo mi ropa... —Pero su madre lo interrumpió.

—Bueno, hijo, olvida esto último que acabas de contar, ¿qué más da quién te haya traído a casa? Lo importante es que estás aquí, sano y a salvo. Me muero solo de pensar que pudiera haberte pasado algo —Lo abrazó—. Voy a llamar a Violeta para que te ayude a lavarte puedas descansar.

—¿Se puede, señor Nicolás? —interrumpió Violeta.

—Sí, pase

—Pero, señor ... ¿Qué le ha pasado? Por Dios, ¿quién le hizo esto?

—Disculpe que no le cuente ahora lo ocurrido, me siento destrozado y apenas tengo fuerzas para hablar.

—Claro, señor, no se preocupe, yo solo vengo a ayudarle en el aseo y ya me voy.

Nicolás sentía como si le hubiera pasado un carruaje por encima, el dolor invadía su cuerpo. Cerró sus ojos para poder dormir, y sintió cómo alguien le tocaba su pelo y besaba su cara. No se atrevió ni a abrir los ojos, su vello se erizó y de nuevo ese olor a rosas invadió su habitación.

En ese instante, una sensación lo conmovió; su corazón latía muy deprisa y sentía un amor increíble. Se atrevió a abrir los ojos y allí estaba a su lado la mujer de blanco. Él se quedó mudo, y ella lo miraba dulcemente, acariciándole su rostro. Le cerró los ojos y le mostró en una visión que había sido ella quien lo había traído a casa y cómo había sucedido. El abrió los ojos, y le preguntó:

—¿Quién eres y qué quieres de mí?

La mujer lo miraba tiernamente y le puso la mano encima de su pecho, seguidamente se alejó a través de la puerta dejando a Nicolás anonadado.

## b

Catherin descansaba en su casa junto a su madre, sin olvidarse ni un instante de su amor, aunque no sabía lo que había ocurrido.

—Madre, mañana deseo hablar con mi padre y comentarle sobre lo que hablamos, espero que usted me ayude. No será fácil, pero no voy a aceptar casarme con Barnabás amando a Nicolás.

—No te preocupes, hija. No pienses ahora en eso, que tienes que descansar. Aún estoy asustada por lo ocurrido hoy en el lago. Mañana hablaremos con él de este asunto. Tranquila y duerme. Tienes que recuperarte.

—Sí, madre, buenas noches, descansen usted también.

Lucrezia, besó a su hija en la frente y salió de la habitación. Al salir de allí, Amías la esperaba en la puerta para preguntar por el estado de Catherin. Esta le manifestó que estaba muy preocupada y que temía que podía enfermar por el estado en que llegó su hija: empapada y muerta de frío. Amías le confesó que avisaría a Dorinda para que pasase toda la noche al lado de Catherin y velase por su sueño. Lucrezia le agradeció su preocupación y se marchó de la habitación.

Amadeus llegó a la mansión y se fue directamente al salón a beber, como era de costumbre, y oyó a los lejos comentar a las personas del servicio lo ocurrido a su hija en el lago y que la acompañaba el señor Nicolás, por lo que subió al dormitorio de Catherin para hablar con ella. Llamó a la puerta, pero la joven ya estaba dormida y no respondió, así que abrió sin compasión ninguna del estado en que pudiese encontrarse su hija y desde allí, gritó:

—Catherin —gritó con voz rotunda y desagradable—. ¡Catherin!

—¿Qué ocurre, padre?

—¿Qué hacías en el lago con el señor Nicolás? —Lo miró sin responder.

—Respóndeme, estoy esperando a que me expliques qué hacías allí.

Al escuchar los gritos, Lucrezia salió al pasillo y oyó que venían de la habitación de su hija, por lo que fue a ver qué estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa aquí?

—Tú te callas...

—No pienso callarme. Márchate inmediatamente de la habitación y deja a nuestra hija descansar. Lo que quieras saber, se lo preguntas mañana.

—No me marcharé hasta que no sepa qué hacía allí con ese señor. Catherin, te estoy preguntando, ¿no me oyes?

Catherin lo miró, pero pronto, su madre vio cómo se mareaba. Al tocarla, percibió que ardía en fiebre. Llamó a Dorinda y vociferó que su hija tenía fiebre y necesitaban una palangana de agua fría para bajar la temperatura. La mujer llegó minutos más tardes con los paños y comenzaron a ponérselos. Pasadas unas horas decidieron llamar al doctor.

Violeta avisó a Octavius, el cochero de la familia, para que fuese a buscarlo y llegó inmediatamente. Amías lo esperó ansioso en la puerta de la mansión y lo condujo rápidamente a los aposentos de Catherin.

El doctor la examinó y anunció que tenía principios de neumonía. Lucrezia, muy preocupada, le preguntó al doctor si la vida de su hija corría peligro, pero dependía de cómo respondiese a la medicación que le iba a aplicar, y que pasaría con ella toda la noche.

Lucrezia y Dorinda se quedaron también junto a Catherin y el doctor para ver la evolución de la joven ya que ambas estaban muy asustadas. La noche se hizo eterna y la fiebre no cesaba; las palanganas con agua fría iban y venían para paliar la enfermedad, pero no obtenían resultado. Todos habían caído en los brazos de Morfeo al salir el sol, pues el sueño les había vencido.

—¿Qué ha pasado? —vaciló Catherin, provocando el despertar de los que estaban allí.

Notaron que la fiebre ya se había disipado y se encontraba mucho mejor. Le agradecieron al doctor lo que había hecho por la niña y les indicó que debía seguir tomando los medicamentos para su completa curación. A Amadeus no le pareció importarle mucho el estado de su hija ya que no apareció en ningún momento de la noche para preguntar por ella; prefirió pasar su borrachera en la soledad de su habitación.

—Hija, qué miedo he pasado... No sé qué haría si te ocurriera algo. Al ver que la fiebre no bajaba, pensé que te perdería.

—No te preocupes, madre, que sigo aquí y además no se me ocurriría dejarte sola con el malvado de mi padre. —Ambas se abrazaron y rieron a la vez.

—Ahora debes seguir descansando, yo voy a asearme y volveré enseguida.

—Sí, madre, vaya tranquila, que estoy bien, solo algo cansada.

Lucrezia se marchó hacia la habitación y allí se encontró a su esposo en la cama, durmiendo como si nada hubiera ocurrido.

—¡Amadeus!

—¿Qué quieres? —respondió en tono desagradable.

—¿Te parece normal que no hayas aparecido en toda la noche por la habitación de tu hija, sabiendo lo enferma que ha estado?

—¿Enferma? Solo tenía fiebre. No creo que sea algo tan importante como para impedir mi sueño.

—No entiendo cómo puedes ser tan frío. A veces pienso cómo pude ser tan cobarde de aceptar contraer matrimonio contigo.

—Pues porque no tenías más remedio. Tus padres te obligaron a hacerlo como yo ahora obligaré a nuestra hija a casarse con Barnabás.

—Eso es algo de lo que te puedes ir olvidando, porque no sucederá.

—¿De qué estás hablando?

—Pues que nuestra hija no va a contraer matrimonio con el señor Barnabás, porque no está enamorada de él y no permitiré que viva una mentira como lo hice yo toda la vida contigo.

—Óyeme bien, nadie impedirá ese matrimonio.

—No me pongas a prueba, Amadeus. No vas a hacer con nuestra hija lo que hiciste conmigo. Ella tiene todo el derecho de amar a quién quiera, cuándo quiera y cómo quiera. Además, ya ama a una persona que también le corresponde y yo les ayudaré a que sus sueños se hagan realidad.

—Tú no harás nada.

—Amadeus, ya no te tengo miedo. —Sonrió—. Viví muchos años asustada por tus amenazas, tus chantajes emocionales y hasta tus abusos, pero ya se acabó todo eso. Nació una nueva Lucrezia, la que luchará por la felicidad de su hija, cueste lo que cueste.

—Eso ya lo veremos. —Dio por finalizada la conversación y salió de la habitación.

Lucrezia se sintió orgullosa de haber podido, por fin, plantarle cara a su esposo; sufrió demasiado y no podía dejar que hiciera lo mismo con su hija.

# Capítulo 6

Nicolás se despertó al día siguiente con unos dolores insoportables, y decidió bajar a la cocina a pedirle a Violeta un ungüento para encontrar algún alivio a tremendo desconsuelo.

—Discúlpame, Violeta, ¿sabe usted dónde están mis padres?

—Su padre salió a arreglar unos asuntos de negocios, señor Nicolás. Su madre decidió acompañarle.

—De acuerdo, Violeta, me retiro de nuevo a mi habitación para descansar.

Al subir las escaleras, escuchó una música. Se quedó parado para averiguar de dónde provenía y posteriormente, siguió subiendo las escaleras. La música cada vez era más fuerte, por lo que pensó que estaba cerca de dónde venía esa melodía. Llegó al pasillo de la planta superior, donde, en el fondo, podía ver un espejo enorme y un pequeño banco donde vio la imagen de una niña sentada.

—Tú eres la pequeña que estaba en el jardín hace unos días, ¿qué haces aquí?

—Vivo aquí, esta es mi casa.

—Pequeña, ¿te ocurre algo? Creo que estás confundida. Esta no es tu casa. ¿Quieres que te ayude a encontrar su casa y a tus papás?

La niña lo miró, y muy despacio se adentró en una de las habitaciones, atravesando la puerta. Nicolás no dio crédito a lo que acababa de presenciar. Corrió hacia ella, pero la puerta estaba cerrada; se encontraba en aquella habitación que anteriormente había sido un trastero familiar y que la llave se extravió.

—¿Cómo te llamas?

A lo lejos se escuchó una leve melodía: *Hola, me llamo Valentina... Hola, me llamo Valentina... Hola, me llamo Valentina...*

El joven forzó la puerta, pero no logró entrar. Decidió acudir al dormitorio de sus padres por si podía encontrar la llave que abría la habitación misteriosa. Se dirigió directamente a la cómoda de su madre, comenzando a abrir los cajones y las cajitas con joyas, pañuelos y guantes preciosos. Sobre ella, había perfumes exquisitamente caros, un cepillo y espejo de nácar y una pequeña caja de color burdeos.

En ella solo había un collar de perlas, pero al cogerlo para verlo mejor, se percató del doble fondo de aquella pequeña caja donde había un reloj de bolsillo de color dorado. Le dio la vuelta



para poder observarlo en su totalidad y leyó, con claridad y exactitud: *Amadeus Adamson*. Nicolás abrió los ojos sorprendido, sin saber exactamente qué pensar. ¿Por qué su madre tenía un reloj de aquel señor? Volvió a dejarlo en su lugar dejando todo cómo lo había encontrado y se marchó de allí pensando en lo que le ocultaban sus padres y la gravedad del asunto. No dejaría de investigar hasta descubrirlo todo.

Por el momento, quería pedirle a su madre que invitase a la familia Adamson a tomar el té en los próximos días. Tenía intención de analizar de cerca al señor Amadeus.

Cuando bajó a la otra planta, se dio cuenta de que sus padres ya habían llegado, por lo que no dudó en recibirlos.

—Padre, madre. —Asentó a modo de saludo con la cabeza.

—¿Cómo te encuentras, hijo?

—Algo mejor, madre. Esta mañana bajé a por un ungüento para los dolores. Por cierto, quería comentarle una cosa, a ver si le parece bien. Me gustaría invitar a tomar el té a los Adamson.

—¿Y eso, hijo? ¿Por qué razón?

—Cómo usted habrá podido deducir, madre, tengo sentimientos hacia la señorita Catherin y desearía que vinieran a pasar una tarde con nosotros.

—Bueno, hijo, si es tu deseo, así se hará, pero no sé si la señorita Catherin estará en condiciones de salir a la calle.

—¿Cómo? ¿Por qué dice usted eso? ¿Qué sabe?

—La señorita Catherin ha estado muy enferma al caer la noche cuando fuisteis al lago a pasear. Ella regresó empapada a su casa, por lo que le subieron unas fiebres muy altas y estuvo en vigilancia absoluta toda la noche pensando que era una neumonía y se podía agravar su salud. Por suerte, solo fue un gran catarro y ya está mucho mejor.

—Tengo que ir a verla, madre. Estoy preocupado por ella, la amo

—Pero, hijo, eso es una locura. Esa chica está prometida y le debes un respeto a ella y a su familia. Ya fue una imprudencia ir al lago en su situación cómo para que vayas a su casa a preguntar por ella. ¿Qué van a pensar sus padres? ¿Y su prometido si estuviera allí?

—Madre, ella no ama a su prometido. Su padre la está obligando a casarse con él, es injusto lo que está ocurriendo. Ella va a hablar con él para explicarle lo que siente y manifestarle sus deseos de casarse con quien realmente ama.

—Hijo, te comprendo, pero la idea es descabellada, te pueden descubrir y no deseo que te ocurra nada malo.

—Madre, me da igual correr peligro por ella, voy a arriesgarme e iré a verla. Es mi amor y eso nada ni nadie lo cambiará jamás.

—Ten cuidado, por favor... —manifestó con preocupación.

Nicolás emprendió el camino hacia la casa de los Adamson, no sin antes comentarla a Darío que le preparase el carruaje. Una vez allí, llamó a la puerta y fue el mayordomo, el señor Amías, quien abrió.

—Buenas tardes, soy el señor Nicolás Bradley, he venido a visitar a la señorita Catherin. He oído que está enferma y quiero saber su estado de salud.

—Claro, señor, sígame y espere aquí en el salón mientras yo le informo a la señorita.

—Muchas gracias.

En ese instante, Dorinda pasaba por el salón y se sorprendió al ver allí a Nicolás.

—¿Qué hace usted aquí, señor Bradley?

—Hola, Dorinda. He venido a interesarme por la salud de la señorita Catherin.

—Yo se lo agradezco, señor, pero... ¿No le parece a usted que es muy arriesgado venir a la mansión? Podría llegar el señor Beckett o el señor Amadeus. La señora Lucrezia ya tuvo una discusión con el señor a consecuencia de que ella le comentó que su hija no deseaba contraer matrimonio con Barnabás, y el señor ardió en cólera. Podría venir y buscarse problemas sin necesidad.

Mientras Dorinda y Nicolás conversaban, Amías, subió a anunciarle a Catherin que tenía una visita.

—¿Quién ha venido a verme, Amías?

—El señor Bradley...

Catherin giró la cabeza, pues se estaba cepillando el pelo frente a su espejo sentada en su cómoda, y se levantó de un respingo.

—¿Bradley?

—Sí, señorita.

—¿Nicolás Bradley? —volvió a preguntar para cerciorarse.

—Sí, señorita —respondió sonriendo esta vez.

—Ay, Amías, ¿estoy guapa? ¿Te gusta mi vestido? ¿Y el pelo?

—Claro, señora —rio—. Es usted la joven más bella del mundo. ¿A qué viene tanta emoción?

—Es el amor de mi vida, Amías.

—Pero..., usted está comprometida con el señor Beckett.

—Sí, es cierto, pero no voy a casarme con él. No lo amo. Ya he conversado con mi señora madre sobre este tema y no me van a obligar a hacer algo que no deseo. Mi madre me va a ayudar a convencer a mi padre porque no haré lo que me pide. ¿Sabes usted lo doloroso que debe ser permanecer al lado de una persona a la que no ama y no te hace feliz durante toda la vida? Eso lleva soportando mi madre toda la vida desde que conoció a mi padre. Él no la ama y la hace una mujer infeliz y ella decidió imponer su voluntad para que no haga lo mismo conmigo.

—No sabe cómo la entiendo, señorita.

—¿Usted amó alguna vez? No tiene mujer ni hijos...

—No tuve suerte en el amor, señorita, pero sí estuve enamorado toda la vida de joven, aunque es una relación imposible. Me conformo con saber que ella es feliz. Vamos a dejar el tema...Y acabe de arreglarse, la están esperando.

—Sí, sí, Amías, vamos. ¿Me permite que me agarre a su brazo y bajar juntos las escaleras? Aún siento debilidad en las piernas.

Amías aceptó sin ningún problema. El rostro de Catherin desprendía una luz inmensa. Al llegar al salón y ver a Nicolás, sintió que el cuerpo le temblaba, no sabía si llorar o reír de la emoción.

Amías, la miró, sintiéndose muy orgulloso de poder llevarla con su amor. El rostro de Catherin desprendía una luz inmensa. Al llegar al salón y ver a Nicolás, sentía que el cuerpo le temblaba, no sabía si llorar o reír de la emoción.

—Ho-ho-la, señorita Catherin —tartamudeó de los nervios—. ¿Cómo se encuentra? Mi madre me dijo que usted había enfermado a causa de la caída en el lago. Por suerte no ha sido nada grave, pero estaba muy preocupado y he venido enseguida a interesarme por su salud.

—Muchísimas gracias, señor Nicolás, es muy amable. Sí, es cierto, al llegar a casa tenía mucho frío y Dorinda me preparó un baño caliente para que me sintiera mejor, pero llegada la noche, la fiebre se apoderó de mí y ya no recuerdo más. Cuando desperté, me asusté muchísimo— rio de manera tímida—. No sabía lo que había pasado y todos estaban alegres por haberme

despertado. Dios gracia que no pasó nada.

—No sabe cuánto me alegro, señorita.

—Lámeme Catherin, ya se lo dije en el lago...

—Bueno, señorita Catherin. —Los dos rieron y agacharon sus ojos por timidez.

—Señorita Catherin, ¿no cree que esta visita es un poco imprudente? —interrumpió Dorinda.

—Dorinda, no me apague la ilusión de estar unos minutos con el señor, por favor...

—Pero puede llegar su padre y no quiero ni pensar lo que puede suceder. No quiero nada malo para usted y tengo mucho miedo.

—Catherin, óyeme bien. No quiero irme, pero Dorinda tiene razón. Era muy arriesgado venir hasta su casa, pero tenía que verla, estaba muy preocupado por usted. Le prometo que pronto, muy pronto volveremos a vernos. Déjelo en mis manos y confíe en mí. —Cogió sus manos y las besó con un amor tan inmenso que le llegó directamente al corazón— Catherin, nunca sentí nada parecido a lo que siento por usted, mi alma se parte en dos cuando me alejo, y la mitad de mi corazón se queda aquí con el suyo. Guárdelo por siempre, pues no respiro, ni encuentro la paz si no estamos juntos. Le amo y mi corazón siempre será suyo.

Catherin se quedó sin palabras, mirando los ojos de su amado y escuchando sus palabras. Sus ojos desprendían lágrimas de felicidad y le soltó sus manos con mucha delicadeza.

Catherin observaba cómo su amado se marchaba con tristeza, pero por dentro sentía una felicidad tan grande que no cabía en ella. En ese instante llegó su madre, que estaba en el jardín ajena a todo lo ocurrido.

—Madre...

—¿Qué ocurre, hija?

—¡Ha venido! —exclamó cogiendo sus manos.

—¿Quién ha venido, hija? Te veo muy feliz.

—El señor Bradley.

—¿El señor Bradley?

—¡Sí! ¡Nicolás, madre! ¡Nicolás!

—Pero, ¿cómo se le ha ocurrido eso, hija? ¿Por qué ha venido aquí y arriesgado su vida? —soltó llevándose las manos a la cabeza.

—En cuanto supo que había enfermado, no se lo pensó y vino a verme. Estaba muy preocupado por mí.

—Entiendo, hija, y créeme que me ha sorprendido su actitud y a la vez me hace feliz, porque percibo su amor por ti, pero tu padre podría haber llegado en cualquier momento... ¡O incluso tu prometido!

—Lo sé, madre, pero afortunadamente no sucedió, todo salió bien y me siento la mujer más feliz del mundo.

—Ay, hija, y yo feliz por verte así, aunque el miedo se apodera de mí a veces porque no quiero que sufras como lo hice yo. No sabes lo feliz que me hace ver que un joven tan apuesto, educado, amable y con ese buen corazón, ama a mi hija, lo más preciado para mí, por lo que he querido seguir viva cada día de mi vida desde que naciste. Catherin, te adoro, mi niña, y lo único que deseo en esta vida es tu felicidad.

Amás las observaba desde un rincón del salón y se emocionó por el amor que irradiaban; le conmovía el alma, pero pronto fue interrumpido por el sonido de la puerta: Barnabás.

—Buenas, deseo ver a la señorita Catherin.

—Sí, señor Beckett, pase usted. Se encuentra en el salón con la señora Lucrezia.

—Gracias, con su permiso.

—Buenas tardes —anunció Barnabás.

—Buenas, señor Beckett —añadió Lucrezia.

—¿Cómo se encuentra, señorita Catherin? He oído que ha estado enferma.

—Sí, algo acatarrada, pero ya mejor. Gracias por su preocupación.

—¿Cómo fue que enfermó?

Lucrezia, salió a la defensiva de su hija y respondió en su lugar en vista del silencio de Catherin.

—Cogió frío en el jardín. Salió a pasear y no se llevó abrigo. El tiempo está cambiando mucho últimamente.

—Qué extraño me parece... —Las miró con desprecio— Bueno, espero que se recupere pronto. ¿Le apetece dar un paseo, señorita?

—Se lo agradezco, pero me siento cansada. Mi salud aún no está bien y deseo recostarme un rato. En otra ocasión será.

Catherin se retiró dejando a Barnabás boquiabierto ante semejante contestación. Miró a Lucrezia buscando respuestas en su mirada, pero no las encontró.

—¿Todo bien? —preguntó Amadeus entrando en la sala sin saludar.

—Por supuesto, ¿qué piensas que puede ocurrir? —intervino Lucrezia.

—Buenas tardes, señor Adamson. Recién llegué para saber el estado de la señorita Catherin, pues supe que había estado enferma y corrí para saber de su salud. He querido llevarla a pasear, pero se ha negado por encontrarse indispuesta.

—¿Cómo que indispuesta?

—Sí, así es, ¿hay algo de extraño? Ha estado enferma y es algo normal encontrarse así, por lo que se ha marchado a descansar. Yo también me voy a ausentar con vuestro permiso, señor Beckett, nos vemos en otra ocasión.

—Bueno, señor Adamson —dijo mirando cómo Lucrezia se iba—, me marcho ya que aquí nadie me requiere, nos vemos en breve; tengo intención de organizar un día de caza por mis tierras y deseo invitarle.

—Con gusto, iré encantado, señor Becker.

—Gracias y buena tarde.

# Capítulo 7

**B**arnabas salió muy enojado de la mansión, con ganas de matar a alguien. No podía soportar el odio que tenía hacia Nicolás y deseaba vengarse como fuera. No le bastó con mandar a cuatro individuos para que le dieran esa gran paliza. Era un ser despiadado y sus ansias de desahogarse lo llevaron al burdel en busca de Esmeralda.

—Buenas, señora Minerva, ¿se encuentra la señorita Esmeralda?

—Lo siento, señor Beckett, pero está ocupada en este momento.

—¿Cómo que ocupada?

—Sí, señor, ¿cuál es el problema?

—Esmeralda es mía —susurró de manera pensativa.

—No. Esmeralda no trabaja aquí y de momento, no tiene dueño.

—Le repito que Esmeralda es mía y nadie es digno de tocarla, más que yo.

—Pues es muy sencillo entonces, si usted la quiere, llévese la de este antro y cátese con ella y será de usted para siempre.

—No puedo hacer eso, ya estoy comprometido en matrimonio con otra persona.

—Si es así, déjela en paz, y no vuelva a buscarla. ¿No se da cuenta que le está partiendo el corazón en mil pedazos? Usted no la ama, solo quiere apagar su furia y deseo con su cuerpo, y eso no es amar. Váyase y no aparezca más por aquí. Usted le robó su inocencia, ha sido su primer y único amor y la estás destrozando porque solo puede tenerle en los pedacitos de tiempo que le sobran.

—No la voy a dejar, ni voy a olvidarme de ella, repito..., ¿dónde está?

—Que está ocupada, le he dicho.

—Me da lo mismo, entraré y la buscaré. ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! —gritaba por los pasillos.

—Señor Barnabás, usted no tiene derecho a irrumpir así en mi casa. Márchese ahora mismo —pidió Minerva.

—No, por favor, Minerva, déjelo, lo atenderé...

Esmeralda, que había salido de la habitación tras escuchar a Barnabás, se mostraba complaciente. Minerva se retiró en contra de su voluntad, estaba sufriendo cómo Barnabás utilizaba a Esmeralda; la quería como a una hija y quería protegerla de ese ser malvado.

—Estaba ocupada ¿no es cierto?

—¿Qué deseas? ¿A qué has venido? No me quieres, solo me utilizas. El otro día me quedó

claro que tus intenciones conmigo solo son de deseo, y yo, ilusa, pensando que tenías sentimientos hacia mí... He sido una ingenua, pero ya me di cuenta de todo y nunca más tendrás mi cuerpo, por mucho que me cueste, porque yo sí estoy enamorada de ti, y como quiero olvidarte deseo que te marches en este mismo instante. No quiero volver a verte. Hace unos días, pensaba en que, si no volvías a buscarme, me moriría de pena, y sí, me encuentro muy mal, pero no te quiero volver a ver más. Fuera de aquí —desafió Esmeralda, llorando.

—No sabe lo que dice, ven aquí a mis brazos. Sé que no puede resistirse a mí porque lo que yo le doy, no puede dárselo nadie en este antro de pecado. Hay una cosa que quiero dejarle muy clara. No voy a permitir que la toque nadie más que yo.

—Usted no es mi dueño y puedo hacer con mi vida lo que me plazca.

—No vuelva a hablarme así —destacó—. Usted, señorita Esmeralda, es mía y solo yo puedo tocarla. Ahora, venga aquí, que deseo estar con usted.

—Para que lo sepa, no soy una mujer que va de caballero en caballero. A mí solo me tocó usted, pero ya no volverá a hacerlo.

—Pero, ¿qué sandeces estás diciendo? —rio Barnabás—. Tú eres mía y te tendré cuando a mí me venga en gana.

—Salga ahora mismo de mi habitación...

—No lo haré hasta que vuelvas a ser mía, como siempre. —La agarró y comenzó a besarla.

Esmeralda intentaba escapar de sus abrazos y sus besos, pero no podía. Su amor por él era tan grande que caía de nuevo en sus brazos. La tiró encima de la cama, tumbándose encima de ella y comenzó a besarla por el cuello; su parte débil. Ella gemía de placer, Barnabás sabía dónde tenía que tocar para que se dejase hacer lo que él deseaba. Continuó por su pecho, desnudándola muy despacio y pasando su lengua por los pezones. El calor subía poco a poco y el sudor de sus cuerpos hizo que su piel resbalase sintiendo aún más placer.

Llegó hasta su sexo, volviéndola loca. Se levantó rápidamente, echándose sobre él y acariciando su cuerpo. Introdujo los dedos en su boca, volviendo aún más deseoso. Ella también sabía llevarlo a la locura. Lo besó y acarició su rostro y su larga melena.

—Yo soy tu sed, tus ansias sin límites. Pensarás en mí el resto de tus días porque solo mi cuerpo te llena ese vacío que necesitas para vivir —jadeó Esmeralda en el oído de Barnabás.

—Tú eres la única para mí, Esmeralda...

—Hazme tuya, haz que tu cuerpo y el mío sean solo uno.

Barnabás ardía como el fuego, nadie lo hacía sentir así. No podían más y sus cuerpos estallaron culminando en el acto sexual y quedando de nuevo dormidos y abrazados. Al caer la noche, Barnabás se despertó y se marchó sin despedirse de Esmeralda.

Al llegar a la mansión, cogió la botella de ron y comenzó a beber como si no hubiera un mañana. Ximena lo observaba, tenía miedo de las consecuencias que pudiese tener aquella borrachera. Ya conocía el mal humor que gastaba sobrio..., ebrio, no lo quería pensar.

—¿Dónde están los sirvientes de esta maldita casa? —preguntó a gritos una vez se despertó.

Todos lo observaban desde el pasillo, pero nadie quería salir, pues le temían ya de por sí y más en su actual estado.

—¿Nadie me oye?

—Dígame, señor, ¿qué desea? —Se ofreció Ximena—. Estaba ocupada, señor

—¿Y los demás sirvientes? ¿Di acaso yo algún descanso?

—No, señor, supongo que estarían ocupados con sus tareas.

—Pues que no vuelva a suceder. Si yo llamo a alguien, os quiero aquí inmediatamente, ¿queda

claro, Ximena?

—Sí, señor.

—Pues espero que se lo comunique al resto de la plantilla, y ahora prepáreme para lavarme. Deseo dormir, y no prepare cena, no me apetece.

—La cena está hecha, señor.

—Pues cómasela usted y retírese. Vaya a preparar lo que le he pedido.

—Sí, señor, discúlpeme

Ximena subió a la habitación del señor para preparar lo que le había indicado y una vez todo hecho, bajó a avisar al señor.

—Señor, ya tiene usted todo preparado para cuando desee subir a lavarse.

—De acuerdo, ya puede retirarse.

## b

Al día siguiente, cuando se marchó, Ximena recogió su ropa sucia para llevarla a lavar. Observó carmín en la camisa del señor y un cierto olor a perfume. Ya habían sido varias las veces que se había encontrado su muda así, por lo que se percató de que el señor se veía con una mujer que no era la señorita Catherin. Ximena llevó la ropa a lavar y se lo comentó a las demás sirvientas por si habían presenciado alguna anomalía.

Barnabás comunicó a los trabajadores de sus tierras, encargados de cuidar a sus perros y sus caballos, que organizaran una caza para los próximos días y que lo avisaren en cuanto tuviesen todo preparado para avisar a los invitados.

A continuación, se dirigió a su casa y manifestó a sus sirvientes que en unos días acudirían a la mansión varios invitados, por lo que debían arreglar la mansión y preparar comidas y bebidas. Mas tarde, envió a su cochero a repartir las notas con las respectivas invitaciones.

## b

Al otro lado de la ciudad, Esmeralda le comentó a la señora Minerva que este mes no había menstruado.

—¿Cómo dices?

—Pues que no he menstruado, señora Minerva.

—Espero que sean nervios, no deseo imaginar otras cosas. —Se santiguó.

Esmeralda se quedó preocupada, pensando en que podía estar encinta, sabiendo de buena mano que lo criaría ella sola, pues Barnabás no se haría cargo del niño bajo ningún concepto.

# Capítulo 8

**N**icolás se encontraba bajo un árbol de su inmenso jardín, disfrutando del olor a flores que le rodeaba, mientras escribía su libro. Nadie sabía de qué trataba lo que estaba escribiendo y su madre lo observaba desde la ventana de su habitación.

Se le veía muy entusiasmado y feliz, pero al elevar su cabeza y mirar al frente, divisó una silueta en el cementerio que estaba junto a la iglesia particular de la casa. Nicolás se levantó para ver quién era; el jardinero no se encontraba hoy en la mansión. Ya eran dos veces las que veía esa silueta en el mismo lugar. La primera vez hizo caso omiso al suceso, pero ahora la curiosidad le podía y acudió al lugar del hecho.

Al llegar allí, vio a una señora de blanco, sentada en un banco. Era morena, dotada de una belleza espectacular y un vestido preciso, con encajes y lazos de organza que miraba al frente, hacia las tumbas de los familiares. Nicolás se sentó a su lado y le preguntó:

—Hola, ¿quién es usted? —La señora lo miró, pero no le respondió—. ¿Qué quiere usted de mí? Ya la he visto varias veces dentro y fuera de la mansión.

—Busco a mi hijo.

—¿A su hijo? ¿Quién es su hijo?

Nicolás sintió un frío increíble por todo el cuerpo. Por un lado, tenía miedo y, por otro, no entendía lo que esa señora le transmitía. Se había dado cuenta de que era la misma persona que había visto nada más llegar a la mansión junto al cementerio la noche en que estaba en el salón con sus padres, cuando cruzó el bosque y en su dormitorio, cuando se limitaba a dormir. Eran ya varias veces las que esta señora se le había manifestado. Pensó que podía ser la joven de blanco que desapareció hacía dieciocho años con su hijo, pero, ¿qué buscaba ahí?

—Señora, no entiendo por qué me busca continuamente...

—Sigo aquí por mi hijo...

—Pero ¿quién es su hijo? —suplicó saber.

—Cuando las hojas caigan de los árboles, lo sabrás...

—¿Cómo se llama usted? ¿Y por qué murió?

—Ten paciencia. Lo sabrás a su debido tiempo, pero no dejes de observar a los árboles — afirmó en tono dulce antes de levantarse y caminar despacio alejándose.

Nicolás la miraba alucinando y cautivado por la situación.

—Los árboles... —insistió la mujer.



Nicolás se quedó sentado en el banco, observando cómo la señora se alejaba. Cuando por fin su cuerpo y su mente reaccionaron, se levantó y anotó en su libreta todo lo ocurrido. Entró en la mansión y, una vez allí, llamaron a la puerta. Era un mensajero con una nota que provenía del señor Becker invitándole a su mansión a un día de caza con los caballos.

—¿De quién es la nota, hijo?

—Del señor Beckett, Barnabás Beckett. Me invita a pasar un día de caza en su mansión con los caballos en los próximos días. No me apetece compartir nada con él. Iré por educación, espero no pasar un día desagradable, ya que es alguien al que, por su manera de ser, no le tengo absolutamente ningún aprecio.

—Bueno, hijo, te vendrá bien salir un poco de aquí y conocer a otras personas.

—Madre, estoy enamorado de su prometida. De momento, hasta que todo se solucione, no me parece correcto estar en el mismo lugar donde se encuentre él, soy su enemigo, madre. ¿Quién sabe si él no está enterado de nuestro amor?

—Tienes razón, hijo, debes de ir con cautela. A mí también me transmite una enorme desconfianza ese señor. Es muy hermoso, pero frío a la vez.

—Bueno, voy a sacar entonces a mi caballo, y correré un rato con él. Así lo entreno un poco para el día de la caza. Usted sabe que yo no practico esa afición, pero iré para no despreciar la invitación.

—Ve tranquilo y disfruta del paseo. Por favor, ten cuidado.

—Sí, madre, descuide.

—Hola, Galán. ¿Cómo estás, caballo precioso? Hace tiempo que no paseamos, así que hoy lo vamos a hacer...

El joven lo acarició mientras lo cepillaba. Era un caballo noble y hermoso. Como decían sus cuidadores, siempre ha sido muy difícil resistirse a su belleza. Nicolás nunca se había separado de él. Fue un regalo que su padre le hizo al nacer, y a los cinco años, ya sabía montarlo.

Su manera de caminar era muy elegante, como si de un galán se tratara, de ahí su nombre. Los dos se dispusieron a dar su paseo, por lo que salieron a cabalgar como si no hubiese un mañana. El amor que había entre Nicolás y su pequeño, como él lo definía, era cuestión de almas.

Al regresar a las cuadras, el joven se despidió de su caballo, y le comentó que regresaría muy pronto, pues en breve tenían una celebración a la que debían acudir. Se dirigió a su casa, saludó a sus padres y manifestó sus deseos por asearse. Cuando se dispuso a bajar las escaleras, sintió como alguien le acarició el cabello, un escalofrío espeluznante recorrió su cuerpo, dejándole la piel de gallina y los vellos como escarpías.

La temperatura volvió a bajar notablemente a su alrededor y de nuevo un olor a rosas inundó sus sentidos. En el fondo del pasillo se encontró el espejo, de donde salió una luz brillante. Se dirigió hasta allí como si una fuerza superior se apoderase de él. Dos manos salieron de dicha luz que agarraban las suyas, tirando de él, pero inconscientemente se resistía, pues no sabía que había detrás del espejo y sentía pavor.

—Hijo, ¿dónde estás? Te estás demorando demasiado y la cena está servida... ¿Nicolás?

Todo desapareció de manera fulminante como si todo hubiese sido un sueño. Esa magia era en la que se había envuelto por unos segundos. Se fue y, poco a poco, iba adquiriendo movilidad; esa energía no solo lo dejaba paralizado, sino que también dominada su voluntad. En cuanto le fue posible, comenzó a bajar las escaleras para cenar con sus padres. Al verle, le comentaron que si le había ocurrido algo, pues su rostro era muy pálido. Victoria se acercó a su hijo y le tocó la frente.

—¿Te encuentras bien?

—Me siento algo cansado, madre, pero no se preocupe, cenemos tranquilos que hace tiempo que no nos sentamos juntos en la mesa.

—Llevas razón, hijo —intervino Edric—, desde que llegamos a la mansión, nada es igual. Estamos separados, no compartimos aficiones..., qué extraño todo..., y no contemos con esas bobadas de apariciones que manifiestas que sientes, hijo, parece que estés perdiendo la cordura.

—Estoy muy cuerdo y todo lo que les he explicado es totalmente cierto. Aquí ocurre algo y yo lo voy a averiguar y escribiré una novela sobre ello.

—Pero, ¿quieres abandonar ya esa idea de investigar sobre esa mujer de blanco, como dices? ¡Qué sandeces hablas!

—¿De veras, a usted no le preocupa que pudo ocurrirles a esa mujer y a su hijo? Por favor, padre, me sorprende muchísimo su reacción. He podido comprobar en repetidas veces, por su manera de hablar, que carece de corazón y sentimientos. Si no le conociera bien, ya que es usted mi padre... Me duele el alma ver cómo usted no se inmuta ante este horrible suceso. Hay unos padres ahí, en algún lugar, que aún lloran la desaparición de su hija y su bebé. Usted es padre, debería saber lo que están sufriendo.

Agachó su rostro, avergonzado por las palabras de su hijo, pues llevaba razón. Lo que Nicolás no conocía es el motivo de la reacción de su padre.

—Bueno, creo que ya hemos hablado suficiente sobre este asunto, deberíamos cenar tranquilos y que haya paz por unos instantes. Nicolás, aunque no lo creas, entendemos tu inquietud, pero no creo que sea cuestión nuestra solucionarlo.

—Pues yo haré todo lo posible por buscar al culpable y haré que esas personas, si se hallan en el otro mundo, al menos descansen en paz.

Edric y Victoria se miraron sin hablar y hasta tragar saliva les costaba en ese momento.

—Bueno, madre, una cosa que quería comentarle... ¿Se acuerda de que le comuniqué la idea de invitar a los Adamson a tomar el té? ¿Podría ser mañana?

—Te mueres por volver a ver a esa chica, ¿verdad?

—Sí, madre, no puedo apartarla de mis pensamientos ni de mi corazón.

—Ay, hijo, te has enamorado. Mi pequeño ya se hizo todo un hombre... —Su madre se levantó de la mesa y estrechó la cabeza de Nicolás contra su pecho— No te apures, yo te ayudaré en todo lo que esté en mi mano para que os veáis.

—Gracias, madre. —La abrazó y se levantó de la mesa—. Si me disculpáis, me retiro a descansar, voy a escribir un rato y me iré a dormir.

—Claro, buenas noches —afirmó Edric.

—Que tengas lindos sueños, hijo mío —añadió Victoria.

Nicolás caminó hacia su habitación y subió las escaleras. Una alfombra de color burdeos descansaba sobre ellas, observando en el telaje unas manchas de color burdeos en forma de huella. «¿Qué significará aquello?» Siguió andando, dándose cuenta de que los cuadros del pasillo estaban torcidos, como si alguien los hubiese puesto así a propósito. Al pasar por la habitación misteriosa, volvió a oír las risas de una niña jugando, posó la oreja en la puerta y preguntó:

—¿Quién está al otro lado de la puerta? ¿Hay alguien ahí?

—Sí... Valentina —rio.

Se escucharon unos golpes en la habitación y Nicolás forzó la puerta para poder entrar y ver lo que estaba ocurriendo, cuando un fuerte viento movió los cuadros del pasillo y las cortinas comenzaron a bailar al son de una música que salía de la habitación. Agarró de nuevo el pomo de

la puerta intentando abrirla, no desistía de la idea a pesar de que el aire lo empujaba. Sus padres aparecieron al final del pasillo, pero la tremenda ventolera los echó hacia fuera impidiendo el acercamiento hacia donde se encontraba Nicolás.

Casi cayeron rodando por las escaleras sino fuese porque se agarraron al barandal. Lograron subir y llegar hasta él, que cansado de luchar contra el huracán que se había formado en casa, preguntó:

—¿Quién es Valentina?

—Pero, ¿qué dices, hijo? —contestó Victoria.

—Por favor, decid la verdad. No mintáis más. ¿Qué secreto esconde esta mansión? ¿Qué me estáis ocultando? ¿Pensáis que no lo voy a descubrir? No pararé hasta saber quién es Valentina, la mujer de blanco y su hijo. Creo que la vida les está dando una segunda oportunidad para que alguien descubra qué les pasó. No merecen ser olvidados sea cual sea la razón por la que no estén en la Tierra.

El viento se calmó. Las palabras de Nicolás habían hecho que todo se serenase, como si el alma de ese viento hubiera encontrado alivio al percibir lo que decía. Victoria y Edric, afectados por lo que acababa de ocurrir, acudieron a su hijo para tranquilizarlo, pero recibieron una negativa por su parte. Se retiró a sus aposentos, y esta vez para descansar.

Les comentó que ya eran demasiadas emociones que no había logrado digerir y no le resultaba nada fácil la situación. Sus padres lo miraban mientras se alejaban sin soltar prenda, pero pronto Ambrosina acudió a Nicolás, sobresaltada por el tremendo susto. El espantoso viento había sacudido a toda la casa y querían saber qué había ocurrido.

Victoria, abatida por lo sucedido, le confesó a Ambrosina que Valentina había vuelto.

—¿Cómo dice, señora?

—Ambrosina, sabe que no puedo con este dolor. Sabe usted que casi muero por ella y la llegada de mi hijo fue lo que me ayudó a superarlo, aunque la mitad de mi corazón se fue con ella. Mi alma se partió cuando mi pequeña se marchó —lloró—. Lo que no comprendo, Ambrosina, es porque aún no descansa, ¿por qué ha vuelto? A Nicolás, jamás se la mencioné...

—¿Por qué no, señora? No tiene nada de malo que usted le hable de su hermana.

—A día de hoy no he superado la muerte de mi hija, fue una pérdida tan grande e inexplicable para una madre que no puedo hablar de ello. Tengo pesadillas todas las noches. No pude salvarla, Ambrosina, ¿por qué el destino es tan cruel a veces? Mi niña era tan bonita..., ese rostro blanco como el nácar, sus ojos verdes como la esmeralda y sus cabellos negros y largos cayendo sobre su pequeña espaldita. Su simpatía nos alegraba la vida a todos, y su risa... —entró en llanto.

—La misma risa que escucha el señor Nicolás, señora. Él dice la verdad. Además, yo también he oído mientras correteaba las risas de mi preciosa niña durante todos estos años que he estado cuidando la mansión en vuestra ausencia. Ella siempre permaneció aquí, nunca se fue. Yo tengo un don, señora, y puedo verlos. Ella busca descanso, el que no tuvo por alguna razón, y créame, señora, hay que dárselo. Su alma se quedará atrapada entre los vivos y los muertos y nunca hallará la paz... Nicolás ve a otro espíritu además de el de la niña.

—Chist... No sigas por ahí, Ambrosina —ordenó.

—Pero, señora, entienda usted lo que eso significa...

—No, Ambrosina, hiciste una promesa y la debes cumplir

—Señora, usted habla del destino, pero creo que no está obrando bien. En la vida todo mal hacedor tiene un castigo- Yo no deseo nada malo para usted, pero su hijo tiene razón.

—¿A qué se refiere?

—No pude evitar oírlos. El señor ya se percató de que vosotros le ocultáis hechos que ocurrieron en la mansión. Son varias las manifestaciones de los espíritus, por lo que él ya sospecha que algo horrible sucedió. Yo le aconsejo, señora, que por favor sea sincera con su hijo, y que él pueda entender todo por lo que está pasando. El nació con el mismo don que nací yo, por eso comprendo lo difícil que es percibir sin entender.

—Me niego rotundamente a decir la verdad.

—Bueno, señora, sabe que he permanecido a su lado desde que usted era una niña, y la quiero como a una hija. Yo ya estoy mayor para las grandes emociones, solo le doy un consejo. Ya perdió usted a una hija, no pierda también a su hijo. Ahora me retiro, señora Victoria, deseo que pueda descansar después de todo lo sucedido. Avisaré a los sirvientes para que suban y arreglen la casa.

—Gracias, Ambrosina.

# Capítulo 9

La luz del amanecer entró por la ventana de Nicolás e hizo que se despertase. Se sentía abatido por lo sucedido en la noche y decidió permanecer en la cama un rato más. Ambrosina acudió a verlo; estaba preocupada por él. Sabía que sentía tristeza en su corazón al no contar con el apoyo que necesitaba de sus padres por los hechos que acontecían.

—Señor Nicolás. —Tocó la puerta—. Señor Nicolás, ¿cómo se encuentra? ¿Desea que le traiga el desayuno?

—Un momento, Ambrosina, en seguida le abro —Se levantó de la cama fatigado y se dirigió a la puerta—. Buenos días, Ambrosina.

—¿Cómo se siente, señor? Estoy preocupada por usted. Le traigo un vaso de leche con miel, le dará fuerza y se sentirá mejor.

—Se lo agradezco muchísimo.

—Señor, solo quería decirle que entiendo cómo se encuentra, perdido en este mar de inquietudes y sucesos misteriosos sin explicación alguna.

—¿Qué quieres decir, Ambrosina?

—Yo nací con el mismo don que usted, señor, sé por lo que está pasando y lo entiendo.

—¿De qué me habla usted?

—A ver, hijo, disculpa mi expresión porque para mí hace tiempo que dejó de ser señor. Si me lo permite, me gustaría explicarle algunas cosas.

—Por supuesto, dígame y llámeme cómo usted quiera —indicó cogiendo sus manos con cariño y mirándola a los ojos.

—Mire, cuando morimos, a veces, nos negamos a aceptar el estado en que nos encontramos y nos quedamos atrapados entre la vida y la muerte. Una dimensión en la que vagamos por el lugar o lugares donde hayamos vivido hasta hallar el descanso eterno. En ocasiones hay que ayudar a los espíritus alcanzar la paz de su alma. Algunos abandonan en mundo terrenal y no se percatan de que ya no siguen aquí, por lo que pueden permanecer de manera perpetua en esta situación. Esa niña y la mujer de blanco que usted menciona que ha visto o ha percibido, son fantasmas que no encontraron la paz por algún motivo y hay que ayudarles a cruzar, llevarlos hacia la luz.

—¿Hacia la luz?

—Hacia la luz. Una vez, tuve una experiencia maravillosa. Me encontraba tumbada en la cama cuando una fuerza me dejó paralizada completamente. Tuve una visión, y me vi situada sobre un

rayo de luz muy brillante. Unas personas me cogieron de la mano y me llevaron hacia ella, aunque yo me resistía, tenía la sensación de que iba a morir y me llevaban al otro lado. Entonces fue cuando escuché una voz que me decía: «Ambrosina, estás aquí para ayudarlos a cruzar, no tengas miedo, camina con ellos hacia la luz. Otras almas te esperarán en el camino, para que tú los guíes». Y caminé con ellos. Fue una vivencia asombrosa y especial. Nicolás, tu naciste con ese don especial; puedes percibirlos y ayudarles, por eso los ves y desean comunicarse contigo, eres como un canal para ellos.

—Ahora entiendo, Ambrosina. Tengo que averiguar por qué siguen aquí y no hallaron la paz. Intuyo que mis padres saben el motivo de lo que está ocurriendo, pero hacen caso omiso a mis palabras de inquietud sobre los hechos. Le comenté hace días a mi padre la intención de traer a la mansión a una espiritista que ha llegado a la ciudad y que podría ayudarnos a saber algo más sobre estos fantasmas, pero se negó rotundamente. Le aseguro que no los entiendo. ¿Como pueden hallar tranquilidad en su corazón ante lo que está sucediendo? Observo en ellos frialdad, no se conmueven cuando les comento lo ocurrido.

—Hay veces en las que las personas no demuestran lo que sienten. Puede parecer que no les conmueve, pero no es así y lo sufren de otro modo.

—Puede ser, Ambrosina. En ese caso, seré más condescendiente con ellos. Pero lo que no entiendo es cómo toman esa actitud. Todos vivimos esa primera experiencia cuando llegamos a la mansión y, aun así, afirman que estoy perdiendo la cordura.

—No te preocupes, y sigue tu camino. Te necesitan en el otro lado, y yo te ayudaré.

—Gracias, Ambrosina, Ha llegado usted como una luz a mis ojos, y ahora lo veo todo con más claridad. Seguiré sus consejos al dedillo. Ahora, voy a arreglarme, tengo que enviar una nota a los Adamson, para invitarles esta misma tarde a tomar el té.

—Esa chica... —Sonrió—. Se le ilumina el rostro cuando piensa en ella, señor. Está enamorado.

—Llevas razón, y tengo miedo a perderla. Ella está comprometida en matrimonio contra su voluntad y temo que su padre la obligue a casarse, a pesar de habiéndole suplicado el no querer hacerlo.

—No se preocupe, verá usted como todo tiene solución y al final del camino hallaréis la paz y el amor.

—Nunca olvidaré todo lo que hoy me enseñó. Gracias de nuevo por su apoyo en estos momentos.

—No hay de qué, vístase y empiece el día con alegría, una joven preciosa, también ansía verle... —rio de nuevo.

Nicolás despidió a Ambrosina y se dispuso a comenzar el día con ilusión hasta que un maravilloso aroma entró por la ventana. Desde allí, se divisaba una alfombra de flores de colores; todas estaban en su máximo esplendor gracias a que la primavera se acercaba. La mansión lucía como nunca.

Se dirigió al despacho de su padre minutos más tardes para escribir la invitación que posteriormente enviaría a la familia Adamson.

—Buenos días, hijo, ¿qué tal has descansado?

—Bien, padre, ya estoy mejor después de lo sucedido a noche.

—Sí, fue espantoso y difícil de olvidar.

—Es algo de lo que tendremos que hablar muy a pesar de su oposición y de la de madre. Y, cambiando de tema, padre, me dispongo a enviar una nota a los Adamson para invitarles a tomar

él te esta misma tarde. Espero que pueda acompañarnos en el caso de que acepten.

—Por supuesto, haré todo lo posible permanecer aquí.

—Se lo agradezco, pues Catherin es la mujer a la que amo y quisiera un trato especial para ella.

—Así será.

Nicolás salió en busca de Darío a quien le manifestó la intención de que le hiciese entrega a los Adamson de aquella invitación sin ninguna demora.

## b

—Madre, responda que sí, por favor... —Se arrodilló, a modo de súplica.

Al ver el amor que desprendía su hija, aquel con el que ella había soñado toda su vida, supo que no podía decepcionarla.

—Claro que sí, hija, iremos esta tarde a tomar el té a la mansión de los Bradley. Luego informaremos a tu padre.

—Gracias, madre, ¡cuánto la quiero!

—Daría la vida por ti, hija, aquí estaré para hacerte feliz.

—Vamos a mi habitación, debes decirme qué vestido ponerme, quiero estar radiante para ver a mi amado.

—¿Qué es lo que se supone que le hace tan feliz? —preguntó desafiante Amadeus.

—Nada en particular. Estamos conversando cosas de mujeres. Hay algo que deseo comentarle, por cierto. Esta tarde tenemos una cita en la mansión de los Bradley. Nos han invitado a tomar el té.

Amadeus soltó una carcajada e indicó su negativa a asistir a tal sitio.

—No creo que sea, ventajoso para nuestra familia rechazar, la invitación de una familia de tal influencia y pudiente como los Bradley.

—Creo que es clara mi respuesta.

—Sí, muy clara, pero siento decirle que no haré caso a su decisión. Catherin y yo iremos esta tarde a su casa y le agradeceremos el detalle de su invitación.

—Vosotras, por casualidad..., ¿habéis pensado que yo soy un tarado y no soy consciente de vuestras intenciones? O, mejor dicho, ¿de las de nuestra hija a la que tú le sigues el juego?

—Lo cierto es que no sé a qué te refieres.

—Conozco perfectamente las intenciones del señor Bradley y de nuestra hija. Ellos se aman, pero no dejaré que lo disfruten pues ella ya está prometida y deberá cumplir con su palabra.

—Te vas a imponer a mi voluntad, ¿verdad?

—Tú no eres dueño de nadie —afirmó Lucrezia, ahora sí, desafiante—, y en casa, con respecto a mi hija y a mí, se te acabaron las órdenes. Esta conversación se acaba aquí. Si le apetece acompañarnos a casa de los Bradley, estaría bien y si no, pues quédese aquí como siempre disfrutando de su bebida.

Amadeus, en vista de las palabras de su esposa, le propinó una bofetada que casi hizo que cayese al suelo.

—No vuelvas a tocarme en tu vida, ¿me oyes bien? Nunca más, quiero que sepas que me da náuseas tener que vivir cada día bajo el mismo techo que usted, me repugna.

Amadeus se lanzó de nuevo hacia Lucrezia y en ese instante, entró Amías, que oía detrás de la puerta como discutían.

—¿Le ocurre algo, señora?

—Sí, Amías, gracias, ya me marchaba para asearme e ir con mi hija a la mansión de los Bradley. ¿Puede usted avisar al cochero para que lo vaya preparando?

Afortunadamente, Catherin no había oído nada, aún estaba débil de salud y quería evitarle cualquier disgusto. Empezó camino a la habitación de su hija y le comunicó que no se demorase en su arreglo; debían ser puntuales a aquella cita. Cuando parecía que irían solas, Amadeus apareció para no perderse aquel festejo y Lucrezia, sin decir nada, subió al carruaje para macharse de allí.

—Buenas tardes, gracias por aceptar nuestra invitación tan apresurada, presento nuestras disculpas, pero deseábamos pasar con vosotros una tarde agradable. —El joven le ofreció la mano a Catherin para bajar del carruaje, y seguidamente a su madre Lucrezia para entrar en la mansión; allí los esperaban Edric y Victoria.

—Hola, Lucrezia, qué honor teneros aquí... —saludó Victoria.

—Buenas tardes, señor Amadeus —secundó Edric.

—Igualmente, señor Bradley —respondió el susodicho.

—Ambrosina, dígame a Violeta que los señores Adamson han llegado y que vaya preparando el té. El de jazmín y azahar, por favor.

—Qué maravilla, Victoria, qué lugar más acogedor, y qué aroma tan agradable —indicó Lucrezia al entrar en el jardín interior— Por cierto, gracias por su invitación.

Allí, además de un buen conjunto de flores, había una gran fuente de la que brotaba agua constantemente y flotaban pétalos de flores preciosas. Una mesa blanca de forja con sus sillas a juego tomaba posesión del protagonismo de todo el jardín, junto a unas cristaleras decoradas con dibujos hechos a mano.

—Es un placer para nosotros. Espero que os sintáis cómodos, como en vuestra propia casa.

Nicolás y Catherin se miraban, se deseaban, no podían creer lo que estaban viviendo en esos momentos. Estaban juntos, uno muy cerquita del otro, compartiendo un instante que nunca olvidarían. Sus miradas se fundieron, sus ojos brillaban como nunca lo habían hecho, y sus corazones se salían de sus pechos por latir tan deprisa.

Amadeus los miraba con odio. No podía evitar que ese amor le produjese rabia. Lucrezia, Victoria y Edric disfrutaban al ver cómo dos jóvenes tan maravillosos y bellos sintiesen ese sentimiento tan difícil de alcanzar en algunas ocasiones; el amor. Violeta se acercó con el té y unas pastas caseras, receta de la madre de Victoria, y lo sirvió. Todos comenzaron a disfrutar de aquella merienda.

—¿Dónde ha adquirido estas pastas tan deliciosas? —preguntó Lucrezia.

—Es una receta de mi señora madre. Disfrutaba muchísimo con la repostería y ella mismas las ideó. Te pasaré la receta si queda entre nosotras. —Sonrió.

—Y a usted, ¿le gusta el té y las pastas de mi abuela, señorita Catherin?

—Deliciosas, Nicolás, y el té, excelente. Me han enamorado las flores, el jazmín y el azahar. Además, aporta mucha paz y bienestar. Me agrada conocer el poder de las plantas, de hecho, leo mucho sobre ello.

—No llame al señor Bradley, por su nombre de pila —sermoneó Lucrezia.

—No, señora, no se preocupe, yo mismo se lo pedí.

—Gracias, pero no estamos acostumbrados a tales confianzas.

—Despreocúpese, señora Lucrezia.

—¿Me permite, señora Lucrezia, que su hija me acompañe a dar un paseo por nuestro jardín?



Desearía mostrarle las maravillas que mi madre hace con las plantas.

—Claro que sí, señor Bradley. Adelante. Disfrutad del paseo.

Nicolás cogió cortésmente de la mano a Catherin para ayudarla a levantarse de la silla sin que tropezase con su vestido y le indicó que lo agarrase del brazo, marchándose de allí.

—Señor Amadeus, ¿cómo van los negocios? —Intentó romper el hielo Edric, en vista de que nadie daba pie a conversación.

Justo cuando iba a contestar, un estruendo provocó el silencio. Victoria acudió de inmediato para averiguar de dónde había venido tal ruido. Una maceta de rosas, sin motivo aparente, se había caído al suelo. Todos acudieron al lugar en el que se encontraba Victoria y Lucrezia se dirigió rápidamente a su esposo

—Amadeus, por favor, ayuda a la señora Victoria a recoger las rosas del suelo,

—No se preocupe, señora Lucrezia, se lo agradezco, pero Edric me ayuda.

De nuevo sonó un estruendo. Parecía que era debido a pronunciar el nombre de Amadeus. Esta vez fue en el centro del jardín, justo en el lugar donde estaban tomando el té. Todas las pastas estaban tiradas en el suelo y las macetas comenzaron a caer de sus respectivas estanterías. La fuente parecía escupir los pétalos que en el agua había y salieron del jardín sin saber qué estaba ocurriendo.

Las señoras, angustiadas, se dirigieron al salón. Amadeus y Edric las acompañaron sin saber qué decir. Ambrosina acudió a su encuentro para saber qué estaba ocurriendo y Victoria, con el corazón en un puño, le narró todo lo ocurrido.

—Les voy a traer una tisana<sup>[1]</sup>, para que os tranquilicéis —ofreció ante la afirmación de ambas señoras.

## b

Nicolás y Catherin disfrutaban de su paseo en el jardín, ajenos a cualquier tragedia.

—Qué bella eres, Catherin. Sus ojos azules me recuerdan al mar. Cuando el día amanece, sus cabellos serán rubios como el oro.

—Me ruborizo con sus palabras, Nicolás...

—Todas son ciertas, Catherin. Cuando la miro siento cómo mi cuerpo tiembla de la emoción que usted causa en mí. Su olor, el calor de su piel... Es tan hermosa... —cortejó, mirándola.

—Nicolás, usted sí que es bello, pero por dentro y por fuera. Nunca imaginé que podría hallar un amor como el que despiertan su mirada y sus palabras. Ya no imagino la vida sin usted...

—No esté triste, Catherin —confesó en vista de su gesto serio.

—No quiero perderle, Nicolás.

—Y no me perderá. Nada ni nadie me apartará de usted. Lucharé contra todo lo que venga para que estemos juntos. Confíe en mí.

Acto seguido, Nicolás cogió una rosa del jardín con cuidado, ofreciéndosela a Catherin.

—Qué olor más agradable desprende esta rosa. Su madre las cuida con mucho mimo y amor, se nota en cómo lucen.

Un ligero aroma a rosas acompañado de un suave aire los cubrió en un instante. Algo acariciaba sus cabellos y sus rostros, dejando un perfume inigualable y único. Sentían como si solo existieran ellos y nadie más y un beso surgió de sus labios, sin poderlo evitar. Un beso dulce e inocente que cautivó el silencio de aquel momento.

—Catherin, hay algo que me gustaría preguntarle. Por casualidad, ¿su padre ha tenido alguna

vez un reloj de bolsillo de color dorado y con su nombre grabado?

—Nunca le vi a mi padre tal reloj.

Amadeus escuchó entre los árboles, había ido a buscar a su hija, Al oír la conversación, se descompuso. Su piel se erizó, no daba crédito a lo que estaba escuchando, por lo que los interrumpió:

—Catherin, ¿dónde estás?

Los jóvenes se asustaron. Se levantaron del borde de la fuente donde se encontraban sentados y fueron al encuentro del señor Amadeus, sin salir aún del estado de facilidad en el que se encontraban.

—Aquí estamos, padre. ¿Por qué me llama usted así tan malhumorado?

—No preguntes, niña malcriada, vamos para dentro. Recuerda que estás prometida y no debes faltar al respecto a tu futuro esposo.

Catherin miró rápidamente a Nicolás para buscar su complicidad. Este depositó su dedo índice en sus labios, rogándole que callase y todos, en silencio, acudieron a la mansión.

—¿Cómo fue el paseo, muchachos?

—Muy bien, le enseñé a Catherin todo su jardín, madre.

—Es muy hermoso, señora, se percibe la dulzura y el amor que usted les brinda al cuidarlas —alagó Catherin.

—Y a ustedes ¿cómo les fue la merienda?

—Pues pasó algo horrible, hijo, por eso estamos aquí.

—¿Qué sucedió madre?

—Aún me lo pregunto, hijo. Estábamos conversando y disfrutando tranquilamente de la merienda cuando se cayó una maceta al suelo. Fui al ver lo que ocurría y allí estaban mis rosas en el suelo. Más tarde, algo se volvió a caer; eran las pastas, seguida de las macetas y las flores de la fuente.

—No lo entiendo, madre.

—Yo no salgo de mi asombro —añadió Lucrezia.

—Lo sentimos mucho, señora. La primera vez que venís de manera privada a nuestra casa y ha sido una experiencia horrible.

—No se apure, señor Edric, ya pasó, ¿verdad, Amadeus?

Y la copa que anteriormente Edric le había ofrecido estalló en su propia mano.

—Pero, ¿qué está ocurriendo en esta casa?

—No lo sé —titubeó de manera nerviosa Victoria antes de llamar a Ambrosina para que trajese el botiquín.

Contra todo pronóstico, Amadeus no quiso curarse y de un empujón apartó a Ambrosina de allí. Todos miraron asombrados la reacción tan desagradable de Amadeus y Ambrosina se fue disgustada del salón.

—¿Qué formas de dirigirte a una persona son esas, Amadeus? ¿Por qué actúas así?

—Porque quiero marcharme de esta casa de inmediato. No quería venir, y mira lo que ha ocurrido.

—Lo siento mucho, señor Amadeus —volvió a disculparse Victoria.

—Siento mucho lo ocurrido, pero creo que ha estado mal por su parte. La manera en la que ha tratado a Ambrosina es repugnante, ella solo pretendía ayudarle.

—No quiero ayuda de nadie. ¡Vamos, Lucrezia, Catherin! ¡Vamos!

—Siento lo ocurrido, señor Amadeus —conjeturó Nicolás.

—Usted cálese. Todo ha sido por su culpa. De no haber ideado esta visita no estaríamos aquí y no hubiera sucedido nada de esto.

—No le permito que le hable así a mi hijo, y menos en mi propia casa —apuntó Edric—. Es usted un grosero.

—Me da igual su opinión, nadie me dice lo que tengo que hacer o decir.

—Qué barbaridad. Qué insolente es usted. Márchese ahora mismo de mi casa, no le permito ni una sola impertinencia más.

—Lo estoy deseando. ¡Vamos, he dicho!

Catherin mostraba vergüenza ante la situación y Lucrezia comenzaba a mostrar cierta disconformidad. Se disculpó en numerosas ocasiones antes de marcharse de allí junto a su marido y su hija.

—Lo siento, Nicolás.

—Ve tranquila, Catherin.

La familia Adamson, salió de la mansión y se montaron en el carruaje, mientras los Bradley se quedaron desconcertados por la manera de actuar de Amadeus.

—Qué vergüenza me has hecho pasar, Amadeus. No vuelvas a acompañarnos a ningún otro lugar. Careces de educación alguna.

—¿Cómo te atreves a faltarme el respeto hablándome así?

—El respeto te lo has faltado tú mismo. Te has portado como un grosero y lo has hecho en mi presencia, ante una familia respetable y educada como son los Bradley.

—Qué vergüenza he pasado... —acentuó Catherin.

—Tú te callas, nadie te dio permiso para hablar —la abofeteó.

—No vuelvas a tocar a mi hija —desafió Lucrezia.

—Lo haré cuando me venga en gana. Yo soy quien manda sobre ella y decido lo que debe o no debe hacer.

—Estás muy equivocado, no la tocarás nunca más y tampoco se hará tu voluntad mientras yo viva.

—Me da risa escucharte, mujer...

—La vida es justa y algún día pagarás todo el daño que estás haciendo. Eres mala persona y te verás solo.

Amadeus rio fríamente y pusieron rumbo hasta su residencia. Lucrezia acompañó a su hija a la habitación mientras él llamaba al servicio para que curasen su mano después de lo sucedido y le sirviesen otra copa.

—Madre, ¿usted cree que Nicolás dejará de amarme por este altercado?

—Jamás, hija mía. Nicolás te ama demasiado como para que algo así cambie sus sentimientos hacia ti. Él no es un tarado como para no percatarse de lo insolente, atrevido, descarado y desvergonzado que es tu padre. No te preocupes, mi niña, e intenta descansar. Piensa en Nicolás, que él estará también pensando en ti. No sufras y confía en mi palabra y en el amor de Nicolás.

Lucrezia besó a su hija en la frente y se marchó. Al salir, Amías la esperaba en la puerta para preguntarle cómo había ido la merienda. Esta le confesó la vergüenza que había sufrido y le detalló que en otra ocasión le contaría todo lo que había sucedido. Estaba demasiado agotada como para continuar. Amáis intentó coger sus manos para besarla y darle consuelo ante tal desilusión, pero Lucrezia lo rechazó.

Amadeus se quedó dormido en el salón de lo ebrio que estaba. Lucrezia al ser informada de aquello por sus sirvientas se complació de dormir esa noche tranquila sin su presencia.

# Capítulo 10

**A** l día siguiente, los Bradley se despertaron temprano y salieron de la mansión a hacer unos recados a la ciudad, dejando a Nicolás descansando.

—Qué extraño lo que sucedió ayer, ¿no Ambrosina? ¿No le parece a usted?

—Lo cierto es que sí, señor Nicolás. Aún no entiendo qué pudo ocurrir por más que lo pienso. ¿Quiere usted que le sirva el desayuno? ¿Tostadas con miel y leche con una cucharadita de canela? Como le gustaba a... —calló.

—¿A quién, Ambrosina?

—¿Qué?

—Que a quién le gustaba.

—¿El qué, señor?

—Ambrosina, ¿está bien? Se ha puesto muy pálida. Me decía que si quería tostadas como le gustaba a..., y se ha quedado muda.

—Pues usted perdone, pero no recuerdo lo que le iba a decir. Estaría pensando en otra cosa, discúlpeme.

Nicolás la miró fijamente y Ambrosina apartó la mirada.

—Bueno, Ambrosina, no se preocupe. Prepáreme usted ese exquisito desayuno que dice.

—Ahora mismo.

Nicolás le dio las gracias y se sentó en la mesa a esperar pacientemente el desayuno, que no tardó en llegar.

—¿Desea algo más el señor?

—Nada más, Ambrosina, puede marcharse.

Ambrosina quería irse para que Nicolás no le formulase ninguna pregunta. Sabía que había hablado sin pensar y tenía miedo a que Nicolás descubriese lo que su madre le negaba.

Acabado el desayuno, decidió volver a su habitación para escribir su nueva novela durante un rato. En el proceso de subir las escaleras, divisó una niña morena justo al final del último escalón. La niña le miró y, acto seguido, se dirigió hacia el pasillo. Nicolás decidió subir y seguir a la niña, que seguía andando hasta entrar en la habitación misteriosa atravesando la puerta. Nicolás volvió a golpearla, moviendo el pomo desesperado.

*Hola, soy Valentina... Hola, soy Valentina... Hola, soy Valentina...*

Esta vez la música provenía del despacho de su padre, por lo que no dudó en acudir hasta allí.

Buscaba por todos lados, hasta que dio con un cuadro enorme que tenía en una de las paredes. Acercó la oreja a él; parecía que la voz salía de allí y, al posar las manos sobre el mismo, se giró, mostrando una majestuosa puerta.

Accedió a la sala que había tras ella con curiosidad y cautela. Era una sala con muebles, sillones y sillas situadas en el centro de la mesa, con una cajita de música de la que venía aquella melodía que escuchaba. Nicolás la cogió para ver más cerca la bailarina que bailaba al son de la música. Dentro de ella había una llave, que no era precisamente de aquella caja; era demasiado grande.

Cayó rápidamente en la cuenta de que podía ser de la habitación que, según su madre, utilizaban como desván. Dejó todo en su lugar, tal y como se lo había encontrado y con paso firme acudió hasta la habitación. Sin embargo, de reojo y a través de la ventana del despacho vio cómo sus padres se bajaban del carruaje con algunos paquetes.

—Esperad, que os ayudo con los paquetes. ¿Qué tal la mañana en la ciudad?

—Bien, hijo. Me hubiera gustado que nos hubieses acompañado, pero no quisimos despertarte.

—¡Cómo pesan las bolsas, madre!

—Sí, hijo, sí. Ha sido increíble todo lo que tu madre compró. Creo que se trajo todos los floreros y flores de la floristería...

—Qué exagerado eres, Edric. —Sonrió.

—Aún no entiendo qué pudo ocurrir...

—Olvídalo, Victoria.

—Pero, ¿cómo lo va a olvidar, padre? Es algo muy extraño. No debe quedar en el olvido, es más, lo debemos descubrir. Anoche, cuando me fui a mi habitación, lo estuve pensando, y debemos ponernos en contacto con la señora de la que os hablé, la espiritista. Tiene que ayudarnos a esclarecer todo lo que está pasando en esta casa.

—Ya te dije que eso no iba a suceder.

—¿Por qué motivo, padre?

—No hay necesidad. Los espíritus habitan en las casas como siempre hemos sabido y eso no quiere decir que haya que traer a nadie que nos quiere sacar el dinero —contradijo Victoria.

—¿Tenéis algo que ocultar? Porque yo sé que en esta mansión hay secretos que yo mismo descubriré con o sin vuestra ayuda.

—Pero, hijo, ¿cómo osas hablarnos así? —enunció Edric.

—Porque ya me cansé de no tener apoyo de vuestra parte ante lo evidente.

—Es porque eres demasiado tozudo, siempre hablas de lo mismo —dijo esta vez Victoria.

—Porque están aquí, madre. Necesitan encontrar la paz de su alma y alguien tendrá que ayudarles. Ahora, vamos dentro con los paquetes, que parece que va a llover.

—Señora, disculpa que me tome la confianza, de decirle un par de cosas. Lo primero..., es que no he podido evitar oír vuestra conversación, y lo segundo, que puede que usted, en un futuro, se arrepienta de haberle ocultado a su hijo cierta información que está intentando descubrir y que al final sabrá le reprochará —sentenció Ambrosina.

—Me da risa de oírla, Ambrosina. Eso no va a ocurrir, no creo en el poder de esas mujeres farsantes que dicen hablar de los espíritus.

—No estaría yo tan segura, señora.

—Quédese tranquila, porque al final esa señora no vendrá a casa. Yo lo impediré.

—Puede que esa terquedad, algún día, le traiga muchas lágrimas de angustia.

—Ya basta, Ambrosina, no sea usted igual de fantasiosa y dramática como mi querido hijo.

—No se preocupe, señora. Voy a preparar el almuerzo, pero recuerda que yo ya la había avisado.

Victoria pensó en las palabras de Ambrosina, sin mostrar ningún sentimiento por ellas. Por dentro se moría de miedo porque su hijo descubriera los secretos de la casa. Poco tiempo después, Violeta comentó que el almuerzo, ya estaba hecho y todos acudieron al salón.

Poco tiempo llevaban comiendo cuando una tormenta acechó la casa. Las vidrieras de los ventanales comenzaron a vibrar a causa de los fuertes truenos que había fuera.

—¿Deseáis postre?

—¿Qué hay hoy, Violeta?

—Bizcocho con mermelada de fresa y crema de chocolate, señor Edric.

Los tres pidieron un trozo ante lo tentador que sonaba aquel postre y cuando acabaron de comer, se marcharon a reposar la comida. Nicolás indicó que se iba a escribir un rato y procedió a despedirse de sus padres.

Justo antes de entrar en la puerta de la habitación, encontró la cabeza de una muñeca, «¿Dónde estaría el cuerpo?» pensó.

—Se perdió —dijo la misma niña de antes en vista de su gesto de desconcierto, encogiendo los hombros.

Nicolás levantó la mirada, ahí estaba de nuevo, parada frente a él, mirándolo fijamente y con signos de tristeza en su rostro.

—Veo que divagas por la casa, juegas por los jardines, pero no me dices quién eres...

—Coge la llave, Nicolás.

—¿Cómo sabes lo de la llave?

—Ven, sígueme y abre la puerta.

Nicolás hizo caso de las indicaciones de la niña y entró en la habitación. Había numerosos bultos cubiertos con sábanas blancas y una puerta cerrada. Tras ella, un precioso dormitorio de niña cubierto de polvo se mostraba ante sus ojos. Una camita de forja blanca con una colcha rosa de encaje blanco a juego y varios cojines sobre ella que culminaba con un dossier de tul que lo rodeaba. Una mesita pequeña de color rosa estaba a su lado, con varias sillitas alrededor donde habían sentadas un par de muñecas de porcelana tomando el té con una minúscula vajilla.

La niña, que se balanceaba en un caballito de madera blanco, lo miraba con atención.

—Qué caballo más bonito, se parece al mío, ¿Cómo se llama?

—Princesa.

—Oh, vaya, es una yegua, disculpa... No me había fijado. ¿Y tu perrito?

—¿No lo recuerdas? Te lo conté un día en el jardín...

—Entonces, ¿tú eres Valentina?

—Sí, soy yo.

—¿Y qué te ocurrió, pequeña?

La niña le puso la mano sobre su frente y rápidamente vio una tarde de invierno. Veía que Valentina salía a jugar con su muñeca y Puppy al jardín. Su perrito salió corriendo sin motivo aparente y esta, al ver que no volvía, decidió salir a buscarlo sin permiso de sus padres, tendría que salir del bosque y no quería una represalia por su parte.

Indagaba por todos los rincones que sus pequeñas piernecitas le permitían, pero la noche se acercaba y Puppy no aparecía, por lo que decidió volver a casa. Se levantó un pronto frío, ella lloraba y gritaba, pero nadie lo oía. Anduvo dando vueltas al bosque sin encontrar la salida hasta que un joven le preguntó que hacía tan sola en aquel lugar. La cogió en brazos para taparla del

fuerte viento, provocando que la niña no pudiese respirar con normalidad, por lo que dejó de hacerlo. El joven, del susto, la dejó en el suelo y salió huyendo.

—¡Valentina! ¡Valentina! —Se escuchaba a lo lejos, pero la niña ya no podía responder.

La buscaban por todos lados, hasta que un señor la vio y pidió auxilio y la que parecía ser su madre llegó:

—¡No! ¡Por favor, no! ¡Mi niña no!

La señora perdió el control y cayó desmayada al suelo. Su marido se arrodilló ante ambas llorando, intentando reanimar a su hija y a su mujer.

—¡Por favor! ¡Ayuda!

Pero ya de nada servía, la niña había perdido la vida. Nicolás veía las escenas y las sentía como si estuviese allí, pero no veía con claridad los rostros, ni las voces. Más tarde, pudo ver su mansión y la señora que llevaba cargada a su hija estaba en la puerta de su casa para poder entrar. Nicolás no entendía nada, pero las imágenes iban aclarándose cada vez más. Victoria y Edric también eran los padres de Valentina. Salió de su visión, asustado y con la respiración agitada y entrecortada. No podía creer lo que había visto.

—Entonces... ¿Eres mi hermana?

—No te he enseñado todo, Nicolás.

Valentina volvió a colocar sus manos sobre la frente de Nicolás para que de nuevo se embarcase en el estado de trance. El joven vio a la niña levantarse del suelo y caminar a su casa como si nada hubiese pasado. No encontraba a sus padres ni a su perro, estaba perdida. Cuando por fin llegó a su casa, pudo ver a sus padres llorándole a una niña igual que ella; estaban velando su cadáver.

—La niña está aquí, está con nosotros —relató una mujer ciega que allí estaba—. Tapen los espejos con una sábana para que no se quede atrapada en este estado terrenal. Ella debe ir hacia luz para hallar la paz de su alma.

Sin embargo, la niña comenzó a mover todo lo que encontraba a su alrededor a modo de enfado. Retiraba las sábanas de los espejos, no quería marcharse, quería quedarse en su casa, junto a sus padres. Apagó las velas que tenían encendidas y un aire frío comenzó a circular por la habitación. La imagen de la niña se presentó ante los ojos de todos, manifestando que no se iría de allí nunca.

—La niña no encuentra la paz. El último recuerdo que tiene es de dolor y no quiere descansar porque no quedó resuelto —volvió a insistir la ciega.

Edric cogió el cuerpo de su hija y se dirigió a la iglesia para que así descansase en paz. Todos estaban viendo lo que ocurría. Victoria, por otro lado, pasó varios días encamada y medicada y despertó un poco más tarde preguntando por su hija.

—Nuestra hija está muerta, Victoria. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

—Eso no puede ser verdad, Edric, tiene que haber sido un mal sueño. ¡Valentina! Yo quiero ver a mi hija... No he podido despedirme de mi niña, yo quiero ver a mi niña, mi niña del alma preciosa, ¿por qué me la han quitado? No puedo soportar este dolor...

Edric, destrozado, aprovechó que Ambrosina subía para bajar a echarse una copa. Quería evadir tanto sufrimiento de alguna manera. Ya no sabía cómo consolar a su esposa y tampoco cómo averiguar lo que le había pasado a su pequeña.

—Ambrosina, Ambrosina —susurró—. Vamos a la habitación de mi niña, igual está dormida en su camita y todo ha sido un mal sueño, ¿verdad?

—Ojalá, señora, ojalá todo esto fuera un mal sueño. Yo tampoco sé cómo voy a vivir sin

nuestra pequeña, la que nos alegraba la casa todos los días con sus risas y carreras. Sus muñequitas regadas por todos lados...

—Vamos, Ambrosina, acompáñeme...

Ambas fueron a la habitación de Valentina, pero allí no había nadie. Todo estaba en silencio y su camita vacía. Victoria se echó sobre ella a llorar de manera desconsolada, preguntando quién podría haberle hecho tanto daño a su pequeña. Pero Valentina estaba allí, acariciando el pelo de su madre, aunque esta no sintiese nada.

—Madre... ¡Madre! Madre, ¿no me ve? ¿Por qué no me ve?

Solo quería comunicarse con su madre, pero ella no la oía. Ambrosina sí podía relacionarse con el más allá, la sentía y le indicaba que debía ir hacia luz para que no se quedase atrapada.

—No me iré por mi mamá..., me necesita, llora por mí.

—Pequeña mía, tú ya no perteneces a este mundo y debes descansar.

Enojada, comenzó a tirar las muñecas de su cuarto. Se negaba a aceptar que ya no pertenecía al mundo de los vivos.

—¿Con quién hablas, Ambrosina? ¿Qué es todo esto? ¿Por qué vuelan las muñecas de mi niña?

—Valentina está aquí...

—¿Dónde, Ambrosina? ¿Dónde? ¿Está viva?

—No, señora, solo es su espíritu...

—Ya te dije que no creo en esas cosas, ¿cómo puedes ser tan cruel de jugar conmigo de esa manera? ¿No te duele verme así? Vamos a arreglar la habitación y la cerraremos para siempre.

—Pero, señora, debe despedirse de su hija, sino no descansará en paz.

—No haré nada. Ya basta. Todo quedará como ella lo dejó.

—Señora, debería tapar el espejo con una sábana para que la pequeña no se quede atrapada aquí.

—No pondré nada, todo se quedará tal cual.

—Señora, se está equivocando,

—No me diga lo que tengo que hacer. Cerraré la habitación, taparé la sala con sábanas y se guardará la llave dónde nadie pueda acceder a ella.

—¿Por qué, señora?

—Porque ese es mi deseo.

—¿Y el deseo de Valentina? ¿Piensa que su hija desea ser olvidada?

Era tanto el dolor que Victoria sentía, que quería borrar el recuerdo de su hija Valentina sin saber que, actuando así, solo dejaría a su hija atrapada entre los dos mundos: la vida y la muerte. Valentina no comprendía por qué su madre quería olvidarla y por eso seguía allí.

Valentina retiró las manos de la cabeza de Nicolás, haciendo que saliese del trance. No sabía cómo reaccionar a los hechos. Todo era bastante fuerte y doloroso..., tener que asumir toda la información recibida era complicado. Tenía una hermana a la que nunca mencionaron por una simple cabezonería de su madre. No entendía cómo se podía apartar a un hijo de una vida por el simple hecho de que estuviese en el más allá.

—Pequeña, siento mucho todo lo que te ocurrió. Aunque sea desde otro lugar, seré tu hermano... —La niña lo abrazó y lloró.

—Siento tu amor, Nicolás, mi alma se llena de felicidad. Llevo años vagando sin que nadie pudiera verme, perdida.

—Sí, princesa, pero creo que llegó la hora de partir y descansar para siempre, tu alma lo



necesita.

—Mi mamá no me quiere, me olvidó.

—Claro que te quiere, y tu papá también, pero ellos actuaron así porque el dolor de no verte los hacía sufrir, pero te aman y lo harán siempre. Tú eras su pequeña y jamás te olvidarán, estoy seguro que cada día lloran tu pérdida. Pequeña, confía en mí, que yo trataré de que te puedas despedir de tus papas y puedas alcanzar tu descanso. Además, hay una cosa que no sabes...

—¿El qué?

—¿Recuerdas que Puppy se perdió?

—Sí, y no lo encontré.

—Pues porque seguramente, también se perdió y....

—¿Se murió? —lloró.

—Mi pequeña, estoy seguro que él te espera ahí arriba, en la luz, a que llegues y lo sigas cuidando.

—¿Sí?

—Claro que sí.

—Gracias por hablar conmigo y ayudarme. Llevo mucho tiempo en la oscuridad, solita, y nadie me veía. Solo Ambrosina y tú. Los dos sois especiales.

—¿Ambrosina ha hablado contigo?

—Sí, me decía que fuera hacia la luz, pero yo nunca le hice caso. Sé que quiere lo mejor para mí, pero yo no puedo irme. Mi mamá no se despidió de mí...

—Porque no pudo, Valentina, se puso enfermita, pero ella te ama y amará siempre.

—Pero yo necesito sentirlo y que ella lo sienta también, sino no podré irme.

—No te preocupes, que yo te ayudaré a hallar la paz, eres mi hermana, ¿no? Los hermanos se deben ayudar siempre.

Pero Valentina no responde.

—¿Por qué te callas, pequeña? ¿Qué te ocurre?

—La señora también te necesita...

—¿Qué señora?

—La señora de blanco. Ella busca a su hijo y a quién le hizo daño y no se irá hasta que todo esté resuelto.

—No te preocupes, pequeña. Yo os ayudaré a caminar hacia la luz.

Valentina se marchó con una sonrisa en la boca, hasta hacerse invisible. Nicolás, posteriormente, salió de la habitación y la cerró antes de guardarse la llave en el bolsillo. Por un lado, había salido anonadado, desconcertado y muy sorprendido por lo que acababa de acontecer, pero feliz por lo que había descubierto. Una faceta suya que le daba miedo y a la vez le fascinaba. Los fenómenos paranormales siempre le llamaron la atención, era como si le proviniese del corazón. Pensó en ponerse en contacto con la espiritista, pese a lo que dijeran sus padres, para resolverlo todo.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie, madre.

Ambrosina también pasaba por allí. Iba a dejar unas prendas de ropa en su aposento.

—Yo te oí hablar con alguien al pasar por el pasillo, hijo. Además, las voces provenían de la habitación cerrada. No entiendo nada... ¿Puedes decirme de una vez con quién hablabas?

Ambrosina, nerviosa, presentía que la conversación no iba a ser agradable y decidió quedarse en la planta de arriba, simulando estar arreglando las habitaciones.

—¿De verdad quieres saberlo, madre?

—Es lo que te pregunté hace un rato, hijo.

—Estaba hablando con mi hermana.

—Pero, ¿qué dices, hijo? Tú no tienes ninguna hermana. Nicolás, te lo digo en serio. Vamos a tener que acudir a un doctor especialista en problemas psicológicos, estás obsesionado con ciertos temas y me estás preocupando cada vez más. Dime, en serio, ¿con quién conversabas? Además, espero que no sea cierto que las voces que escuché vinieran de ahí, porque ese lugar no está disponible, ya te lo comuniqué.

—Sí, madre, sí tengo hermana. Valentina se llama.

Victoria se mareó en ese momento y Nicolás llamó a Ambrosina, que se encontraba cerca. Edric subió las escaleras como si el demonio fuera tras él para ver qué le ocurría a su esposa y preguntarle a Nicolás por lo ocurrido.

—Padre, disculpe, pero no creo que sea el momento de responder ahora a su pregunta. En estos momentos lo más importante es la salud de madre.

Ambrosina llegó con unas gotas de romero esparcidas en un pañuelo que colocó debajo de la nariz de su madre para que poco a poco fuese recuperando la consciencia.

—¿Qué ha pasado?

—Se mareó y se cayó al suelo.

—Qué extraño sueño he tenido... He sentido unas pequeñas manos en mi corazón... He llegado a sentir verdadera paz y eso es lo que ha hecho que me despertase... Me recordaron a las manitas de... —comenzó a llorar.

—Sí, madre, dígallo, no calle más.

—¿Qué dices, hijo? Todo ha sido un sueño.

—No ha sido un sueño, madre. Valentina está aquí entre nosotros. Su alma no descansa

—¿Qué dices, hijo? Te repito que solo ha sido un mero sueño.

—No, madre, no ha sido un sueño. Valentina está aquí, entre nosotros. Su alma no descansa porque usted la dejó de recordar y ella no siente su amor, por eso aún está aquí y no puede llegar hacia la luz y hallar su descanso eterno.

—Señora, disculpe que se lo diga, pero el señor tiene razón. Debe ayudar a su hija a cruzar. Usted, inconscientemente, le cerró el camino y no se pudo marchar.

—Bueno, ya está bien de monsergas, dejemos esto ya de una vez por todas. Victoria, voy a ayudarte a incorporarte —gritó Edric.

—No, Edric... Ambrosina y mi hijo llevan razón. Ya me he resistido bastantes años a enfrentarme a la realidad y ya va siendo hora de que lo haga. Mi hija se merece descansar, así que voy a esclarecer todo para que ella halle la paz, y yo en mi corazón.

—Cuántos años llevo esperando este momento... —indicó Ambrosina.

—Estoy muy orgulloso de usted, madre, ahí estaré para ayudarla en todo lo que necesite.

—Lo primero que vamos a hacer es coger la llave de la habitación. Edric, ve a por ella...

—No, padre, no vaya usted porque la tengo yo.

—¿Cómo puedes tenerla tú? Eso significa que entraste en mi despacho sin consultarme...

—Exacto, padre, y en su cuarto secreto.

Edric y Victoria se miraron.

—Valentina me llevó al cuarto secreto que usted tiene tras un enorme cuadro en su despacho. Había una mesa y sobre ella, una cajita de música de color rosa, con una bailarina que cantaba: *Hola, soy Valentina. Hola, soy Valentina...* Ella me llamaba y buscaba para que supiera lo que le

ocurrió.

—Señora Victoria, su hijo tiene un don especial, y puede hablar con el más allá. Por eso se le manifiestan los espíritus y les hacen ver el estado en que se encuentran, para que les ayuden.

—¿Y mi niña Valentina acudió a ti, hijo?

—Claro, madre, es mi hermana, ¿quién mejor que yo?

Victoria y Ambrosina se miraron, sin decir nada.

—Hijo, vamos, ya es hora de que conozcas a Valentina. Abre su habitación.

Todos pasaron hacia dentro y Victoria le indicó a su hijo que se sentase sobre la cama, que le iba a enseñar algunas cosas. Se dirigió al primer cajón de la cómoda y cogió un baulito en cuya tapa ponía: *Valentina*. Su madre guardaba un rizo del pelo de su hija, de cuando se lo cortó por primera vez. Seguidamente, su último chupete, junto a su juguete preferido cuando era bebé: un sonajero que hacía ruiditos, y una foto de cuando estaba viva y otra de cuando había fallecido.

—Puede que el hecho de tener una foto de estas características te pueda parecer espeluznante, pero es el último recuerdo que nos quedaría de nuestro ser fallecido. Se llama fotografía, *post mortem*<sup>[2]</sup>.

—Es increíble, madre, no sabría decirle en cuál de las dos está viva...

—Yo no pude preparar a mi niña para su foto final. Caí desmayada varios días después y Ambrosina se encargó de todo porque se imaginó que esa sería mi voluntad.

—Qué bonita era mi hermana, madre, con sus cabellos negros y esa piel blanca como el nácar. Tú también, tienes el pelo negro y el color de su piel. ¿A quién me parezco yo con mi cabello rubio y ojos claros?

—Pues a antepasados míos, hijo... ¿Eso qué más da? Eres el hijo más bello del mundo.

—Madre, ¿qué ocurrió con Puppy?

—¿Quién te habló de él?

—Valentina, ella me habló, madre, me contó todo lo que ocurrió.

—¿Ella sabe cómo murió?

—Sí, llegó a recordarlo todo. Al principio no sabía qué le había ocurrido y vagaba si rumbo, pero me lo explicó con detalle. No descansa en paz, porque no encontró a su perrito y usted la olvidó.

—¡Por favor! ¡Que no piense eso! ¿Cómo voy a olvidar a mi niña adorada? Cuando nació fue la mayor alegría que podía tener jamás; adoraba a mi niña. Cada día despertaba con la ilusión de verla, sentirla..., sus besos, sus abrazos, su olor..., no concebía la vida sin ella. Cuando se marchó, mi alma se partió en mil pedazos, solo quería morirme, no podía vivir sin su presencia. No entendía por qué la vida tenía que ser tan injusta. A día de hoy aún me faltan fuerzas, porque un hijo es lo más grande que posee una madre, y si te lo quitan, una parte de ti muere para siempre. Mi hija vive en mí hasta el día que vuelva a verla.

—Qué palabras más hermosas, madre. Estoy muy orgulloso de usted, tengo la mejor madre del mundo, y la mejor hermana, aunque se encuentre al otro lado.

—Señora, creo que aún tiene varias cosas que hacer respecto a Valentina.

—¿A qué se refiere?

—Debería sacar los cuadros, de usted con su señor esposo y Valentina y volverlos a colgar. Creo que es un recuerdo que mantiene a las personas vivas. No hay por qué esconderlos. Ella se sentiría muy feliz de que usted los sacara de dónde los tiene escondidos.

—Lleva usted razón, Ambrosina, así se hará. Edric, por favor, saca los cuadros, y ordena a los

sirvientes que los vuelvan a colocar donde estaban colgados anteriormente.

—¿Estás segura de eso, Victoria?

—Lo estoy, no hay ningún problema, quiero lucir lo bella que era mi hija.

—Ay, señora —colocó su mano en la boca, llorando de emoción—. No sabe usted el tiempo que llevo esperando a que llegara este momento.

—Pues tranquilícese, Ambrosina, ya llegó

—Estoy muy feliz por usted, señora, pero aún hay otra cosa y creo que es la más importante. ¿Cuánto tiempo hace que no visita la tumba de su hija?

—Es cierto... Parece como si hubiese querido eliminar a mi hija de mi vida, como si no hubiese existido..., y no se lo merece. No me he portado como una buena madre.

—Lo importante es darse cuenta de los errores y ponerles fin.

—Claro, madre, no piense más en que usted tiene la culpa. Vamos a ver la tumba de mi hermana y le llevaremos flores para que ella sienta nuestro amor.

—Sí, hijo, acompáñame, y tú también, Ambrosina, vamos juntos. Llame también al señor.

—Sí, señora, ahora mismo lo llamo.

Sin embargo, Edric había caído dormido dado al alcohol que había consumido por tales acontecimientos. Los tres se dirigieron al jardín. Nicolás se encaminaba al cementerio, justo antes de que su madre le interrumpiese:

—Nicolás, no es por ahí.

—¿No está en el cementerio?

—Tu padre mandó a hacer una tumba para ella, donde descansase rodeada de flores.

Victoria guio a Ambrosina y a Nicolás hacia ese lugar secreto donde se encontraban los restos de su querida hija. Al llegar a la fuente donde Nicolás acudía la mayoría de las veces al escribir, giraron hacia un lado, justo había un arco de rosas que parecía una puerta; Edric, la cubrió para que nadie pudiera molestar el sepulcro de su hija. Victoria les dio paso y cuando Nicolás, vio aquella maravilla, fue hacia ella y se arrodilló agachando su rostro.

—¡Hermana! —Victoria y Ambrosina se miraron de nuevo—. Te traeré flores, cada día. Ya nunca más te sentirás sola. Vendré a verte y escribiré mi novela junto a ti, te comentaré mis cosas, y te sentirás amada por nosotros.

—¿Y esas flores frescas?

—Cierto es, ¿quién le ha traído esas flores a mi hija? Nadie, excepto los sirvientes de la casa, conoce este lugar y no creo que nadie se atreva a venir aquí a hurtadillas y sin permiso. Estas rosas no son de mi jardín. ¿Quién ha podido traerlas?

Nicolás las olió. A su mente le vino el olor que había percibido antes y más veces. Se quedó pensativo; era el aroma que desprendía el espíritu de la mujer de blanco, pero, «¿cómo había podido traer las flores hasta aquí?» pensó en silencio mirando a Ambrosina, que asentía con la cabeza.

—Hija, perdóname por haberte abandonado tantos años, sé que estás dolida conmigo, pero no fui consciente del daño que te hacía. Vendré a verte con Nicolás cada día..., te quiero, hija, no lo olvides nunca. Ahora sé que fuiste tú quien me tiró las macetas, los floreros, las flores... Y no te culpo, es más, lo entiendo. Estabas enfadada conmigo por no haberte hecho caso tanto tiempo, pero ya eso se acabó. Espero que algún día puedas perdonarme —sollozó, tumbándose sobre la tumba de su hija—. Valentina... ¡querida!

—Madre, no sufra más, estoy seguro de que mi hermana ya la perdonó. Vámonos a casa para que pueda descansar.

—No quiero irme, hijo, llevo tanto tiempo sin venir que no deseo a apartarme de ella.

—Madre, ya nunca se apartará de ella, y lo sabe, pero ahora debe ir a reposar. Vamos, madre, hágame caso, por favor.

—Sí, señora, haga caso a su hijo, es lo mejor.

Victoria se levantó muy despacio y acto seguido, salió de allí con una pena muy grande que poco a poco iría asimilando. Ambrosina la acompañó a su habitación y la ayudó a recostarse en su cama. Le aconsejó que descansase tranquila, que ya todo se había arreglado y debía sentir paz en su alma.

—Ambrosina, ¿usted cree que mi hija ya estará descansando?

—No lo sé, señora, pero lo iremos comprobando a medida que los días vayan pasando. Y ahora, duerma tranquila, hoy hizo algo grandioso, y debe sentirse muy feliz.

© *Mónica Bohórquez*, 2019





# Capítulo 11

**A**l otro lado de la ciudad se encontraba el señor Barnabás, planeando su gran venganza para acabar con Nicolás. Mientras tanto, sus sirvientes también ideaban un plan para sacar al señor Ulric de donde lo tenía encerrado su malvado hermano. Habían pensado en echarle una sustancia casera en la bebida para dejarlo dormido y poder liberarlo.

El joven anunció que iba a salir, y que volvería a la hora de la cena. Después de subir al carruaje y dirigirse a Oxford Street, acudió al burdel, donde madame Minerva le abrió la puerta.

—Buenas noches, señora. Anúnciele a Esmeralda que estoy aquí y quiero verla.

—Me temo que no va a poder ser..., amaneció hoy algo indispuesta y está descansando.

—Lo siento, pero ya sabe que no acepto una negativa. Quiero verla, así que dígaselo. Además, me gustaría saber una cosa ¿Tiene usted algo en mi contra? Cada vez que vengo me pone usted trabas para ver a Esmeralda.

—Es cierto, venga aquí, me gustaría decirle varias cosas. —Lo agarró del brazo para llevárselo a un rincón de la sala—. Pienso que usted no quiere de verdad a Esmeralda. Ella piensa que usted la ama, y yo pienso que usted solo busca una cara bonita y nada más. Mire, yo me encontré a Esmeralda en la calle, tirada como una basura, rechazada por su familia. Andaba sola por las calles y yo la recogí y le ofrecí un hogar, donde creció feliz. Jamás se dio a ningún hombre, solo a usted, porque está enamorada perdidamente y no se merece sus desprecios. La está utilizando y no quiero que le haga más daño. Ella piensa que usted dejará a su prometida, que se dará cuenta de que la ama y vendrá a buscarla, pero usted es un aprovechado.

—¿Cómo se atreve a hablarme en ese tono?

—¿Y quién es usted para tenerle respeto? Estoy en mi propia casa y si a usted no le gusta mi manera de conversar, ahí tiene la puerta.

—Es usted una mujer muy ingrata.

—Y usted un abusador sin límites. No le importan los sentimientos de una joven inocente, y además, he oído comentarios de que es usted una persona que va haciendo daño a quién pasa por su lado, a no ser que pueda darle algún beneficio.

—Pero, ¿cómo puede usted parlotear así en mi presencia?

—Solo digo la verdad, y le advierto una cosa. Todo el daño que usted está haciendo, se lo devolverá la vida.

—Cállese, señora, no diga más sandeces —rio.



—Como usted le haga daño a Esmeralda, créame que lo pagará muy caro. Si no lo echo de aquí ahora mismo es por ella, pero de buena gana lo echaba y no le dejaba entrar nunca más.

—Uy, sí, que miedo...

—Es una pena que todo lo que tenga usted de guapo lo tenga de tarado.

—No insulte...

—No es necesario. Usted mismo lo hace, solo hay que verlo actuar. Ahora, me marcho, porque no quiero seguir hablando. Vaya a la habitación de Esmeralda y tenga muchísimo cuidado con lo que hace o dice, estaré pendiente.

La entrada de Barnabás en la habitación provocó un sobresalto en Esmeralda, haciéndole recuperar toda la vitalidad que había perdido.

—¡Qué sorpresa, querido! Le eché muchísimo de menos y no veía el momento de que usted regresara a verme —Le abrazó con amor.

—Ya le dije que no se fatigara con la idea de no verme, porque yo no puedo prometerle nunca cuando volveré. Puede que un día no pueda regresar.

—¡No diga eso, por favor! ¿Sería usted capaz de dejar de venir a verme? ¿No responde usted?

—No olvides que soy un hombre comprometido.

—Pero usted me quiere a mí, yo lo veo en sus ojos cuando me mira.

—No confundas amor con deseo.

—¿Solo me desea? Pues..., hay algo muy importante que quiero decirle y es que... —se quedó pensativa—. Creo que estoy embarazada.

—¿Cómo dices?

—Puede que esté encinta.

—¿No entiendes que eso no puede ser? —vociferó, cogiéndola de los hombros.

—Usted sabía que esto podía ocurrir, yo no lo hice sola.

—Que no puede ser, Esmeralda — gritó acaloradamente.

Esmeralda se asustó y se fue hacia un rincón de la habitación para agacharse juntando las piernas con su cabeza. A su mente vinieron recuerdos del maltrato que sufrió en el pasado. Barnabás, al verla de ese modo, la levantó del suelo, comunicándole que se tranquilizara y que todo tenía solución mientras pensaba algún plan para librarse del bebé.

—Esmeralda, ¿te apetecería en estos días dar un paseo en tren?

—¿En serio quiere llevarme?

—Le estoy dando esa oportunidad si lo desea.

—Claro que sí, iría con usted al fin del mundo.

—Bueno, ahora me marcho, tengo asuntos que solucionar.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Ya volveré a por usted en estos días. Le enviaré una nota para anunciarle el día que saldremos.

—¿De veras quiere marcharse sin probar ni un solo bocadito de mi cuerpo? —preguntó pasando la lengua por sus labios, insinuándose descaradamente. Barnabás no pudo resistirse y cayó hechizado en sus encantos.

La tomó en brazos, cogiéndola a horcajadas para sentarla encima de la cómoda antes de retirar todo con la mano, tirando todo lo que pillaba a su paso. La besó desesperadamente por el cuello, agarrando su pelo e introduciendo sus dedos entre su cabello, pegando el cuerpo de la joven al suyo.

Ella le quitó la camisa con énfasis, rompiendo sus botones. Posteriormente, le bajó los

pantalones agarrando su sexo y Barnabás, que no podía resistirse a ella, la llevó a la locura. La temperatura entre ambos subió ardiendo en deseo, como en cada encuentro. Lo que no sabían es que este sería el último.

Los gemidos de placer se oían en toda la casa. Madame Minerva no dejaba de estar pendiente. Sabía que algo malo iba a ocurrir, aunque no quería ni imaginarlo. Conociendo a Barnabás como lo hacía, algo inventaría para acabar con la vida del bebé que esperaba Esmeralda y no podía permitirlo.

Cuando acabaron el ardiente y caluroso acto sexual, Barnabás, sin ir más lejos, se vistió y se despidió de Esmeralda fríamente diciéndole que se vistiera y que ya la avisaría cuando fuera a regresar para llevarla en el tren. Ni siquiera le dio una muestra de cariño cuando ella le había entregado su amor. Él solo buscaba sexo.

La joven se quedó muy triste, pero pronto entró madame Minerva a consolarla.

—No he podido evitar oír vuestros gemidos de placer. Se escuchaban por toda la casa. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no está aquí contigo? Se fue muy pronto hoy, ¿no?

—Sí, ya se fue, tenía asuntos que solucionar... —La joven no quería dar a entender a madame Minerva, lo que realmente sentía, una tristeza y un vacío por dentro que la había dejado destrozada—. No me apetece hablar ahora, Minerva.

—Está bien, pero déjame decirte una cosa. No me fio nada de ese señor. Algo trama y no sé bien qué es, aunque puedo imaginarlo. ¿Le has hablado de tu posible embarazo?

—Sí, se lo he mencionado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Se ha enfadado muchísimo y ha mencionado y que eso no podía ser posible. Luego me gritó.

—Será tarado... ¿Por qué te hizo eso este señor del mal? No me gusta, Esmeralda, me da miedo que te ocurra algo. A ti y al bebé.

—No te preocupes. Al final se le pasó el enfado y me dijo que me iba a llevar en estos días a dar un paseo en tren.

—Ay, que no me fio de él, Esmeralda...

—¿Por qué? ¿Piensa usted que me puede hacer algún daño?

—Pues sí y mucho. Creo que no conoces aún dónde es capaz de llegar este señor. Asíate, que vamos a salir. Tengo que comprar unas hiervas que tengo que tomar. Desde hace días me está subiendo la temperatura y no cesa. No quisiera ir sola, me gustaría que me acompañases.

—Por supuesto. Deme unos minutos y voy con usted.

Las dos mujeres caminaron calle abajo, llegando a un lugar muy siniestro. Madame Minerva tocó a la puerta; tras ella había una anciana de pelo canoso, mal peinada y vestida con trapos sucios y malolientes.

Madame Minerva le solicitó las hiervas necesarias para la fiebre y se sentaron en una sala dónde se encontraban más personas esperando a ser atendidas. Todas reflejaban dolor en sus rostros.

—¿Dónde estamos, Minerva? Es un lugar muy raro y la anciana también...

—Baja la voz, Esmeralda. Todos lo que se encuentran aquí están enfermos de alguna dolencia y hay un señor que les alivia con hiervas y ungüentos.

—¿Y cómo sabía usted de este señor y sus curaciones?

—Porque la gente habla, Esmeralda. En la ciudad todo se sabe, hija.

—No me agrada este sitio, me da escalofríos —titubeó.

—Calla, niña, no inoportunes más, que te van a oír.

Se abrió una puerta muy despacio y de manera sigilosa. De allí salió un señor de edad avanzada con barba desaliñada y una vestimenta muy extraña. Tras él, le siguió una señora, que, a su paso desprendía unos olores muy molestos. Unas detrás de otra fueron entrando, hasta que les tocó entrar a ellas.

—Madame, ¿puedo quedarme aquí sentada en la sala?

—Bueno, hija, si así lo deseas...

—Lo mejor es que no se quede aquí. Tengo algo que comunicarle.

—¿A mí, señor? —preguntó Esmeralda, extrañada.

—Sí, a usted, señora embarazada.

—¿Cómo? ¡Pero usted no me conoce! No puede saber de mi vida —exclamó sorprendida.

—Lo he visto en sus ojos, jovencita, pero pase, porque le diré algo más.

La joven pasó a la habitación junto a madame Minerva y se sentó detrás de la mesa. Allí había una camilla donde se suponía que tumbaba a sus pacientes para curarlos de sus dolencias con ungüentos y cremas.

El señor Justinian, muy a pesar de su mal aspecto, era un hombre muy educado e inteligente, que al parecer disfrutaba haciendo su trabajo.

—Dígame que le ocurre, señora.

—Pues mire, hace días que la temperatura me sube y me baja y no entiendo el por qué, por ese motivo vine, a ver si usted me podía facilitar unas hiervas para encontrar alivio.

—¿Me permite que la examine?

—Por supuesto, señor, confío en usted.

Justinian puso sus manos en la cabeza de madame Minerva, tocándola como si buscara algo. Luego, miró sus ojos con una lupa, observándolos lentamente. Por último, colocó sus manos sobre el pecho y la espalda.

—¿No ha notado usted cierta molestia al respirar?

—Sí, me cuesta algo respirar y me duele un poco el tórax.

—Tiene usted neumonía. Debe tratarse de inmediato o empeorará y sí podría ser muy grave. Le voy a mandar unas hiervas que yo mismo elaboro; debe tomarlas tal y como se lo voy a indicar. Y, por supuesto, debe meterse en cama y reposar para sanarse. Guárdese de la tormenta que se acerca, pues si se moja, puede empeorar. Y respecto a usted, jovencita, cuídese en su embarazo. Le acecha un grave accidente donde puede peligrar su vida.

—No le entiendo, señor.

—¿Qué nos quiere decir usted con esa noticia tan desagradable?

—Lo siento, pero no puedo decirle más que eso. Tengan cuidado, y no vaya sola a ningún lugar.

—Me deja usted muy preocupada, señor —dijo Esmeralda.

—Yo también lo estaría, pero no puedo decirle nada más, es lo que vi en sus ojos y presentí.

La señora Minerva echó su voluntad en la cajita que tenían justo en la entrada y se marcharon de allí con un miedo terrible en el cuerpo por la noticia que les había dado el señor Justinian. Las dos corrían calle abajo hasta llegar a su casa por miedo a empaparse del agua de la lluvia.

## b

En la otra punta de la ciudad, se encontraba Barnabás, en su casa, tirado en un sillón del salón, ebrio como una cuba. Mientras tanto los sirvientes esperaban a que se tomara una última copa,

pues le habían echado una sustancia en la botella para que se quedase dormido por unas horas y poder así liberar a su hermano Ulric.

Todos lo observaban desde la entrada por si por fin le rendía el sueño, y pronto comenzó a roncar. Ximena, que era la más valiente y la que menos miedo le tenía, se acercó e intentó desabrochar la cadena del cuello de Barnabás, pero se movió y posó su cabeza sobre la apertura de dicha cadena. «Vaya mala suerte, ¿cómo hago yo para que gire la cabeza para el otro lado?», pensó Ximena.

Sobre el aparador había un jarrón con flores y plumas de colores, por lo que no dudó en coger una de ellas para hacerle cosquillas en la oreja. Ximena, muerta del susto, se escondió detrás del sillón al sentir el respingo de Barnabás. Una vez que tenía la llave en su mano, corrieron todos a liberar a Ulric. Lo cogieron del suelo de la mazmorra y lo subieron a la cama para reanimarlo; parecía muerto, no respondía.

—Pobre señor Ulric, estará desnutrido, no come nada. Cada vez que le traigo la bandeja con su comida la recojo sin que haya tocado nada. Son muchos años los que lleva aquí encerrado. Eso no se le hace a nadie. No he conocido jamás unas personas con tanta maldad como el señor Barnabás y sus padres. El señor Ulric era muy joven cuando ocurrió el accidente y no era consciente de sus actos.

—Pero ellos consideraron que era un peligro para la sociedad y por eso lo encerraron —defendió Casimir.

—No fueron justos, esto no se le hace a nadie —contradijo Aureliano.

—Vamos a tener que avisar al doctor. No sabemos en qué estado se encuentra y puede estar en peligro —indicó Ximena.

—No podemos hacer eso, el señor Barnabás nos descubriría. La noche está lluviosa y mientras llega el doctor podría despertar —dijo Casimir.

Todos le dieron cobijo y calor para subir un poco la temperatura de su cuerpo. Estaba completamente desnutrido y en mal estado.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Dónde estoy?

—¡Señor! ¡Gracias a Dios! ¡Lo hemos rescatado!

—¿Rescatado?

—Lo hemos sacado de la prisión donde se encontraba —indicó esta vez Aureliano

—¿Mi hermano consintió sacarme?

—No, señor, le quitamos la llave —susurró Casimir.

—Pero eso es muy peligroso.

—Lo sabemos, por eso le echamos una sustancia en la bebida para dejarlo dormido y poder quitársela. ¿Tienes hambre? Debes comer señor, está usted muy débil.

—No tengo mucha hambre, Ximena.

—Pero debe hacerlo, no puede seguir así.

—Bueno, tráigame algo, pero poca cosa. Me cuesta un poco tragar.

—Ahora mismo, señor. Mientras tanto, quédese tranquilo ahí tirado y no se levante. Casimir y Aureliano lo van a asear. Necesita un buen lavado y ropa limpia.

—Gracias a todos, de corazón, por cuidarme. Nunca tuve amor de nadie. Solo de vosotros. Es muy triste ser un niño rechazado por sus padres y su hermano, como si fuese peste, al que encierran como si fuera un preso. Yo nunca quise hacerle daño, solo quise resguardara del frío.

—No se exalte, señor, cálmese y déjese lavar por ellos mientras yo voy por la cena.

Ximena bajó las escaleras y, con mucho cuidado, fue hacia la cocina para coger la cena de

Ulric, pero escuchó un ruido en el salón. Todos los vellos de su cuerpo se erizaron, pensando que el señor podía haberse despertado y no podrían acabar su plan.

Lo que pretendían era subir en el carruaje a Ulric, que el cochero lo sacara de la ciudad y que nunca más apareciera por la mansión. Llevarlo a un lugar seguro, a casa de unos conocidos de Ximena donde tendría cobijo y sería cuidado y alimentado, ya que al estar así no podría cuidar de sí mismo.

Ximena se acercó a Barnabás, pero no se encontraba en el sillón donde lo habían dejado, por lo que empezó a ponerse muy nerviosa y a temblar. Barnabás era un hombre muy agresivo y tenía miedo de la reacción que tuviese al descubrirlos. Avanzó por el salón, encontrándolo tirado en el suelo. No supo cómo había llegado hasta ahí con lo que había bebido, pero lo dejó allí para ir rápidamente a la cocina para atender a Ulric.

—¡Eh! ¡Eh! —comenzó a chillar Barnabás, que había despertado.

Todos lo escucharon sin decir palabra. Si querían sacar a Ulric de la mansión debían darse prisa.

—¿Qué hago aquí tirado? ¡Ayudadme!

Pero nadie acudía. Todos comenzaron a correr para bajar a Ulric y sacarlo de allí.

—¡Vamos! ¡Rápido, por favor! ¡Rápido! —suplicó Ximena con miedo—. Casimir, prepara el carruaje.

—Está lloviendo mucho, Ximena. Tendrá que abrigar bien al señor. Voy a poner la capota, pero con la ventisca que hace no me resultará tarea fácil.

—Inténtalo, por favor. ¡Casimir, inténtalo! Tenemos que sacar al señor de aquí —gritó temblorosa.

Mientras lo hacía, Ximena y Aureliano ayudaron a Ulric a caminar; estaba muy débil y no podía hacerlo sin ayuda. Comenzaron a bajar con cuidado las escaleras con tanto miedo y temblor en las piernas que temían caer en redondo por ellas. Los gritos de Barnabás no cesaban, pero ellos seguían bajando sin hacer caso al señor. Sin embargo, un silencio espeluznante en aquella noche lluviosa se apoderó de la mansión. Los tres se quedaron inmobilizados en la escalera. No sabían qué hacer, si bajar o subir y el pánico se estaba apoderando poco a poco de ellos. Decidieron arriesgarse, pero cuando Ulric ya estaba montándose en el carruaje, Barnabás asomó por la puerta.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué estáis haciendo?

—Corre, Aureliano, corre y no mires atrás, ya sabes dónde tienes que ir.

Barnabás avanzó rápido, intentando subirse al carruaje, pero no lo consiguió, por lo que en vista de que se marchaba, acudió a su caballo para perseguirlos. Casimir se echó sobre Barnabás para impedirlo, pero este le dio un fuerte golpe que lo dejó tirado en el suelo. Galopaba a toda velocidad hasta que consiguió llegar al carruaje.

—¡Aureliano, para! —Pero Aureliano, siguiendo las instrucciones de Ximena, siguió adelante sin parar de correr.

—¡He dicho que pare el carruaje!

Aureliano no bajaba el ritmo, hasta que Barnabás dio un salto para montarse en uno de los caballos del coche y, poco a poco, logró pararlo.

—¿Qué pretendías? ¿Escapar con Ulric?

—Sí, señor, no puede tenerlo usted ahí encerrado por siempre, al final lo matará, y es su hermano. ¿No le tiene usted ninguna estima? Todos esperábamos que algún día se conmoviera y lo sacase de ahí, pero al ver que no, lo hicimos nosotros.

—Pues muy mal hecho, ahora volverá a su lugar, del que nunca debió salir.

—Por favor, señor, déjeme que lo lleve a un sitio mejor, usted nada sabrá y no tendrá que ocuparse de él.

—Óigame bien. La última voluntad de mis padres era que Ulric se mantuviera siempre ahí dentro y me lo hicieron prometer, por lo que nada ni nadie hará que yo falte a mi palabra. ¡Ahora vámonos para la mansión! —vociferó enfadado.

Aureliano tuvo que hacer caso a Barnabás, y retrocedió. Ximena, que allí se encontraba bajo la lluvia, lloraba de pena por no haber podido ayudar a Ulric.

—Jamás, óyeme bien, jamás, escaparás de ahí abajo. Por culpa de ellos ahora te ataré y no podrás ni moverte, ni comer —amenazó a su hermano, cogiéndolo del cogote.

—Hermano, suéltame por favor, ¡hermano! Sé que no eres malo y en el fondo me quieres.

—¿Quererte? —Rio de manera despiadada.

—¿Cómo puedes ser así, tan bellaco conmigo, si yo no te hice nada? —Barnabás no contestó y se echó a su hermano al hombro.

—No haga eso, señor, él no tuvo la culpa de nada. Fuimos nosotros quienes lo planeamos todo. Déjelo, por favor —rogó Ximena, cogiendo a Ulric por las piernas para que lo bajase antes de recibir un empujón de Barnabás.

Volvió a intentarlo, pero recibió el mismo gesto por parte del señor, haciendo que esta cayese rodando por las escaleras. Barnabás, como si de una mísera rata se tratase, pasó por su lado sin siquiera mirarla bajo la atención de Aureliano, que no dudó en ir a su rescate. Mientras tanto, Barnabás obligaba a Ulric a entrar en aquella mazmorra, atándole de pies y manos para dejarlo quieto.

—¿Dónde están mis llaves? No guardéis silencio, sé que las tenéis vosotros, habéis abierto la puerta para liberar a mi hermano... Lo pagaréis bien caro.

—Barnabás, por favor, no me vuelvas a encerrar, por favor...

—No, señor por favor, todo lo hicimos por Ulric. Tome las llaves, fui yo quien se las cogió. Solo yo tengo que pagar por lo que ocurrió.

—Usted lo planeó, pero todos la siguieron, por lo que todos pagaréis. —Cogió las llaves y cerró la puerta—. Esta vez no la encontraréis, es más, no comerá ni beberá en días. A ver si se muere de una maldita vez...

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡No me dejes aquí de nuevo, por favor!

Pero Barnabás, que tenía el corazón de hielo, no hizo caso a nadie y salió de allí, yéndose tranquilamente a dormir. Mientras, Ximena, lloraba sin parar por el futuro tan amargo que le esperaba a Ulric: la muerte. Aureliano ayudó a Ximena a subir las escaleras y llevarla a la cocina para darle una infusión y tranquilizarla cuando se acordaron de Casimir.

—¿Dónde está Casimir? Se fue en busca del señor Barnabás cuando iba a sacar a su caballo y no volvió.

—Voy en su busca, Ximena, quédese aquí y no se mueva.

Salió de la casa para dirigirse a las cuadras. Estaba lloviendo muchísimo y casi no se veía, pero logró llegar hasta donde estaba Casimir, en el suelo tirado. Aureliano lo llamaba y le torteaba la cara para que reaccionase y, con suerte, Casimir, espabiló poco tiempo después. Con su ayuda, se levantó y ambos caminaron con cuidado hacia la mansión.

—¿Qué le paso, Casimir? ¿Dónde estaba usted?

—Barnabás me golpeó cuando fui a detenerlo para que no sacara a su caballo. Solo recuerdo eso...

—Nuestro plan fracasó, Casimir. No pudimos ayudar a Ulric. Barnabás alcanzo a Aureliano y lo hizo retroceder y ahora Ulric, de nuevo, está encerrado. Esta vez atado de pies y manos y nos ordenó que no es diéramos ni comida ni agua durante días. ¡Lo quiere matar, Casimir! ¿Cómo puede hacer eso? Hemos fracasado... Le hemos fallado.

—Hicimos lo que pudimos, Ximena, no estaba en nuestra hacer más.

—Es cierto —secundó Casimir—, no puedes culparte, porque lo intentaste, todos lo hicimos. Y ahora vamos a nuestros aposentos. Creo que nos merecemos un descanso o mañana no podremos cumplir con nuestras tareas.

—Me duele irme a descansar sabiendo que Ulric está en esas condiciones, me siento muy triste.

—No podemos hacer nada, Ximena —consoló Aureliano.

—Trazaremos otro plan más adelante. En algún momento el señor Barnabás, saldrá de la casa y lo liberaremos. En el momento que eso suceda, nosotros nos tendremos que ir también, sino sería capaz de encerrarnos a todos ahí abajo para pagar por lo sucedido.

—Pues sí, Casimir, así lo haremos. Ojalá podamos hacerlo pronto. Ulric no aguantará mucho tiempo más ahí abajo. Está muy débil.

—Vamos, Ximena, la acompaño a la puerta de su habitación. Intente descansar, piense una cosa. Nosotros debemos mantener la calma y ser inteligentes. La vida de Ulric depende de nosotros, por lo que nos necesita fuertes y avispados.

—Es cierto. Gracias, Casimir.

Todos se fueron a descansar, pero una voz salía del sótano de la mansión.

—¡Por favor! ¡Sacadme de aquí! —Pero nadie podía oírle...

# Capítulo 12

**L**a lluvia y el viento golpeaban fuerte sobre los ventanales de la habitación de la mansión Bradley, por lo que Nicolás se despertó asustado debido a tales ruidos. Miró hacia todos lados, sentía que alguien lo observaba desde algún lugar de su aposento y comenzó a ponerse nervioso.

Empezó a sospechar que podía ser la mujer de blanco, suponía que su hermana ya había encontrado la paz; además, un agradable olor a rosas perfumaba la habitación. Justo al lado de su armario había una mecedora que empezó a moverse como si alguien se estuviera balanceando en ella, pero estaba vacía. El joven ni pestañeaba. Estaba ya acostumbrándose a aquellas manifestaciones y apariciones, pero no podía evitar temblar y sentir algo de miedo. Hacía un frío terrible en la habitación, por lo que se cercioró de que una presencia se encontraba allí con él.

Miró a todos lados, pero no veía nada, sin embargo, alguien le tocó la cabeza; un escalofrío recorrió su cuerpo y torció la mirada, la tenía delante con su vestido blanco, sus cabellos negros y ojos lagrimosos, mirándolo fijamente.

—Hola, ¿por qué estás de nuevo aquí? Me gustaría saber qué necesitas de mí y por qué vienes tantas veces a visitarme. Sé que de una manera u otra me lo puedes contar. Ya me has revelado varias experiencias sobre lo que tuviste que vivir y créeme que lo siento muchísimo, por lo que me gustaría ayudarte a descubrir quién le hizo daño, y también a su bebé.

La mujer le puso las manos en la frente para tumbarlo en la cama, y Nicolás volvió a entrar de nuevo en ese extraño estado en el que una vez se vio sumergido con Valentina:

Una joven bellísima disfrutaba en su casa, muy feliz. Trabajaba en el campo con sus padres para ganarse la vida, y recibía unas notas cada cierto tiempo que guardaba celosamente en una cajita, bajo llave. De vez en cuando acudía al bosque donde se encontraba con un señor mayor que ella, pero no apreciaba bien su rostro, era como si el destino no quisiera que aún fuera revelado. Se escondían en un lugar del bosque donde nadie podía verlos y consumaban su amor.

Se les veía felices y ella brillaba de amor por él. Así continuamente iban teniendo sus encuentros hasta que un día, la joven, se dio cuenta de que estaba esperando un hijo y se lo comunicó a su madre. La joven tenía claro que debía irse con su amado, le había prometido casarse con ella a pesar de que no conocía ni sabía nada sobre él. Solo iba a verla de vez en cuando, le hacía muchas promesas, pero nada más. La señora Jones sentía en su corazón que su hija se estaba equivocando y que el señor no era honesto y sincero con ella, pero temía decir algo



por miedo a la desilusión de su hija.

¿Cómo un señor pudiente se iba a fijar en una pobre aldeana, por muy bella que fuese? Tendría un propósito para hacerlo, pero no había manera de convencer a su hija, por más que le dijese que tuviese cuidado. La joven estaba deseando de ver a su amado y darle la buena nueva, por lo que en esos días recibió otras de sus notas y acudió a la cita.

—No puedes tener ese hijo.

—Pero es lo que siempre he soñado. ¡Usted ya me prometió casamiento! ¿Cómo es que ha cambiado de opinión?

—Además, no podré venir en un tiempo. Tengo negocios que resolver fuera de Londres y debo marcharme ya. Recibirá noticias mías para volvernos a ver.

La joven se fue triste y cabizbaja a su casa, sin saber qué pensar ni qué decirles a sus padres. Ella solo tocaba su panza con amor, porque si algo tenía claro es que deseaba tener a ese bebé. Los días pasaban y la tripita iba creciendo notablemente. Ella, aunque triste por no ver a su amado, estaba gratamente feliz y no hacía más que arreglar la habitación para cuando llegase su bebé, que intuía que era un niño.

Todo estaba decorado de color azul, con encajes y pasamanerías de color blanco. Su padre le hizo la cunita y su madre las sábanas, sus baberos y toallas, con una libélula bordada; era su amuleto de la suerte, su mancha de nacimiento en el hombro.

Un día recibió una nota, saltaba de alegría porque su amado quería volver a verla después de mucho tiempo y al llegar al bosque sintió felicidad de ver cómo su amado se interesaba por su estado y el bebé.

—Quiero llevarte en estos días a un paseo por Londres. Tengo durante este tiempo unos negocios por aquí y quiero vigilar tu estado y el de nuestro hijo.

Ella, que no entendía su cambio, apartó todos los malos pensamientos que tenía en su mente y regresó a su casa a contar lo sucedido. Su madre le manifestó la inseguridad que le provocaba aquel señor, pero ella estaba tranquila de que nada malo iba a suceder, era un buen hombre bajo sus ojos.

Pasado un tiempo, la joven comenzó a sentir molestias, ya se acercaba la llegada del bebé y no estaba teniendo un buen día, pero todo cambió cuando el mensajero le trajo una nota de su amado. Quería verla de nuevo en el bosque, pero tenía que ser en ese mismo instante, a pesar de que ya había caído la noche. Nunca había querido verla a esas horas.

A pesar de la negativa de su madre, la joven no dudó en ir, teniendo en cuenta que ya habían comenzado las dolencias que indicaban que el bebé ya estaba a punto de llegar. Hacía mucho frío, pero no hizo ni caso a las órdenes de sus padres. Cogió la mantita de su niño, que era lo que tenía más a mano, pensando que volvería pronto y se marchó.

De camino hacia allí, comenzaron a entrarle dolores de parto, pues al caminar se le había adelantado la llegada del bebé; ahora era más próxima. Se agachó a los pies de un árbol para poder respirar e intentar encontrarse mejor, pero escuchó unas voces que le hicieron callar rápidamente.

—Estoy esperando a que llegue, quédese mientras en el carruaje. Hablaré con ella y la convenceré para que se marche conmigo. Espero que me guarde el secreto, la intención es llevármela hasta que nazca el bebé para luego poder quitárselo. Mi esposa Lucrezia aún no se ha quedado embarazada y por supuesto que su hijo lo quiero para mí.

—¿Y qué pasará con la joven?

—La llevaré a alguna ciudad donde nadie la conozca para que pueda rehacer su vida, sin mí,

claro está.

Al escuchar eso, la joven hizo el impulso de levantarse, pero no pudo. El bebé estaba llegando y se moría de dolor. Cogió la mantita para morderla con fuerza y no hacer ruido. Lloró del dolor insoportable por el parto y por lo tonta que había sido por haber caído en su amor.

La pobre joven gritaba en silencio allí sola, dando a luz a su bebé, a pesar de ser tan joven. Le vino un dolor enorme mientras empujaba con todas sus fuerzas. Cogió a su bebé minutos más tarde, dándole besos por todos lados, limpiándolo con sus enaguas y arrojándolo con la mantita celeste que hizo y bordó para él.

—Calla, mi niño, no llores más.

La joven solo rezaba para que no le quitasen a su hijo, pero escuchó el sonido de una rama que la asustó. Alguien caminaba cercaba de donde ellos estaban.

—Hijo mío, quiero que sepas que en el mismo instante en que supe que iba a ser mamá fui la mujer más feliz del mundo. Espero que tu corazón sienta siempre este amor que siento por ti. Está donde esté siempre te voy a proteger y te amaré por toda la eternidad. Ahora debes quedarte calladito, mi niño, sino te oirán y te llevarán.

Acurrucó a su hijo y lo dejó apartado en el bosque escondiéndolo de todo el que se acercase y se fue corriendo como podía de allí.

—¿De dónde venía sucia, desaliñada y con la falda llena de sangre?

—Me he caído, señor.

—¿Y dónde están las heridas? Me estas mintiendo, ¿y la barriga? ¿Dónde está tu bebé? —El señor se fue para ella y la cogió de los brazos, zarandeándola y le preguntó de nuevo—. ¿Dónde está el bebé

—Es mi bebé, usted no lo quería, ¿para qué lo busca. Pero, ¿usted quien es en realidad? Me estuvo engañando durante mucho tiempo prometiéndome amor y lo único que quería era aprovecharse de mi juventud. Me quitó lo más preciado que tiene una mujer: mi pureza e inocencia. Es usted malvado, he oído lo que quiere hacer con mi hijo y conmigo. Su señora esposa no se queda embarazada y quiere entregarle a mi hijo y a mí, abandonarme en un lugar desconocido para destrozarme la vida. Eso es lo que usted desea, pero no lo conseguirá, porque me iré de aquí y no me verá nunca más.

—Sí, eso es lo que quiero, no verla nunca más, solo quiero a mi hijo —gritó enfadado—. Lo que le pase a usted no le incumbe.

—Pues no se saldrá con la suya y no le diré dónde está mi hijo, así que váyase por donde haya venido.

El señor fue hasta ella, pero corría sin parar para alejarlo del lugar donde había dejado escondido a su bebé. Sin embargo, él la agarró, metiéndola en el lago e introduciendo su cabeza dentro con la intención de ahogarla. En cada ahogadilla le preguntaba por el paradero del bebé, pero no abría la boca. La iba dejando cada vez más tiempo en el agua, con el objetivo de enterarse dónde estaba su bebé. La joven, mientras tanto, se iba desangrando, se notaba en el tono rojizo que iba cogiendo el agua tras haber dado a luz. No había tenido ayuda y cada vez se encontraba más débil.

El señor se fue en busca del niño, sabía que lo habría dejado en algún lugar del bosque, pero no hubo suerte. Parecía que el bebé había entendido a la madre a la perfección y después de mucha búsqueda, se montó en el carruaje y se marchó de allí. Poco tiempo después, la joven comenzó a reaccionar dentro del agua y, como pudo, comenzó a salir de aquel lago hasta llegar a la orilla toda ensangrentada y abatida. Ese hombre quería acabar con su vida y lo había

conseguido. Escuchó unas voces, una pareja andaba por allí dando un paseo a la luz de la luna, por aquel momento aún no era peligroso hacerlo por aquel bosque.

—¡Ayuda! ¡Ayudadme! Mi hijo necesita ayuda... —lloraba la joven—. Acaba de nacer y puede morir de frío, ¡por favor!

La pareja se acercó corriendo y la ayudaron a levantarse del suelo. Apenas tenía aliento, pero les comentó que había dado a luz a un bebé y que lo había escondido. Le indicó que lo cogieran y que lo llevaran a casa de sus padres, que vivían al otro lado.

—Claro, joven, ¿dónde está su hijo? —preguntó la señora.

—Entre los matorrales, ¿no lo escucha llorar? Está llorando. Mi hijo está llorando, quiere estar con su madre, por favor. Cójalo y denme a mi hijo...

—Hija, tranquilícese, voy a por él ahora mismo y se lo traigo.

La señora se dirigió al lugar donde estaba el bebé y al verlo se enamoró de él al instante. Era un niño precioso, blanco como el nácar y de ojos aceitunados. Lloraba porque buscaba los brazos y el pecho de su madre que gastaba sus últimos alientos en amamantar a su bebé, estaba muy grave.

El señor que acompañaba a la señora, tuvo la idea de llevarlos a su casa para que el doctor pudiera revisar a la joven y a su hijo, pues la veía muy grave. De camino a la mansión, la joven, comenzó a agonizar, no sabían qué hacer con ella, si pararse, o seguir hasta la casa. A su vez, el bebé lloraba buscando los brazos de su madre. Decidieron seguir hasta la casa para recostarla en uno de los sillones, donde solo le dio tiempo a pedir que le pusieran a su bebé encima de su pecho, para sentirlo por última vez.

—Hijo, siento mi corazón y mi alma. Qué doloroso es despedirse de ti cuando acabas de nacer, con la ilusión que yo tenía por traerte al mundo... Viviré siempre en ti, porque llevas mi esencia y mi sangre. Y aunque pase mucho tiempo, sé que te encontraré y te haré saber que soy tu madre, la que te protegerá toda la vida. Te quiero, mi pequeño. Espero que tus abuelos te hagan muy feliz, y te hablen de quién fue tu madre. Ellos te van a adorar al igual que a mí. Llévenlo al pueblo que está justo al otro lado del bosque —dijo ahora, mirando a los señores—. Somos la familia Jones y yo me llamo Daniela. Dejen a mi hijo allí, que mis padres lo criarán y será muy feliz. Cuénteles lo que me ha ocurrido y, por favor, denle este reloj de bolsillo que le quité al malvado que me hizo esto cuando quiso ahogarme.

—Claro que sí, Daniela. No te preocupes por nada.

—Lleven mi cuerpo a mi pueblo y que me entierren allí. Mis padres sabrán qué hacer, por favor cumplan mi voluntad. —Lloraba sin consuelo ni aliento—. Te amaré toda la vida, hijo.

—Ha fallecido... —dijo la señora.

Tapó el cuerpo y acunó al bebé en una cestita que tenía en su casa. Los dos se miraron y pensaron lo mismo: quedarse con el bebé y enterrar a la joven en un lugar escondido.

—No haga eso, señora. Esa no ha sido su voluntad y debéis respetarla —indicó una voz que los había escuchado.

—Pero sabes lo mal que estamos en estos momentos por nuestra pérdida. Igual el destino nos dio otra oportunidad y nos envió a este bebé para que lo criáramos, y lo hiciéramos feliz. Somos unos buenos padres.

—Pero no es lo que ella quería y vosotros debéis respetar su última voluntad, sino su alma no descansará hasta que encuentre a su hijo.

—Pues nos iremos de aquí y todo quedará en el olvido.

—No haga eso, señora, por favor.

—Déjeme, yo sé lo que tengo que hacer. Ha sido el destino.

—Pero, ¿usted no entiende, que al otro lado del pueblo hay una familia, esperando a su hija y a su nieto? ¿Es capaz de hacer sufrir así a unas personas? Señora, usted acaba de pasar una tragedia y sabe lo que significa perder a un ser querido tan allegado. Entienda el dolor de esa familia cuando ni su hija ni su nieto aparezcan nunca.

—No voy a seguir escuchándola. Haremos lo que hemos pensado y no hay más que hablar. Ya está todo hecho.

—¿Tú no crees que la vida nos castigará, por esto?

—¿Y qué hemos hecho? ¿Enterrar a un cuerpo sin vida y querer criar a un bebé cuya madre ya no existe?

—No entiendo qué le ha pasado, señora, ¿perdió usted el corazón? Yo no voy a viajar con ustedes. Me quedaré aquí para cuidar de la casa.

—Muy bien, allá donde vayamos no necesitaremos sus servicios.

Al día siguiente, sin ir más lejos, la familia viajó hacia otra ciudad como si no hubiese pasado nada.

## b

Nicolás salió del trance, traspuesto y mudo a la vez. No podía creer todo lo que había vivido. Miró a la mujer; no sabía qué decirle... Lo miraba con ojos tristes, buscando una salida, quería hallar la paz.

—Solo puedo decirle que la ayudaré a encontrar la respuesta y a esclarecer todo lo que le ocurrió y por supuesto, cueste lo que cueste, encontrare a su hijo y le diré lo hermosa y buena que fue su madre, y que su último aliento fue para él. Daniela, porque así es tu nombre...

Daniela, con sus ojos, le dio las gracias a Nicolás, y desapareció a través de la puerta de su habitación.

Nicolás anotó todo lo que había visto en ese estado al que Daniela lo había llevado. Siempre quiso escribir una gran historia y pensaba que esta llegaría al corazón de los lectores.

# Capítulo 13

**E**l sol entraba por la ventana del señor Barnabás, despertándolo de una noche bastante agitada. Estaba tan aturdido que no sabía si en realidad lo que había vivido había sido un sueño o una realidad. Se arregló y bajó a desayunar. Los rostros de los sirvientes reflejaban dolor y sufrimiento, a la vez de miedo hacia Barnabás.

—Servidme el desayuno, y rápido que tengo prisa. Hoy tengo asuntos que resolver. Y una noticia tengo que daros a todos. La próxima vez que intentéis liberar a Ulric os echo a todos a la calle. Quedáis advertidos. Si, por casualidad, habéis pensado liberarlo cuando yo no esté, os buscaré.

—¿No parece que nos hubiera leído el pensamiento? Este señor parece brujo, a veces me da miedo estar a su lado. Ayer nos dijo que no le diésemos comida a Ulric, pero yo me voy a arriesgar y se la voy a llevar en cuanto se marche.

Barnabás acabó de desayunar y se marchó a ver a Esmeralda directamente. No iba a enviarle ninguna nota para avisar de que se iban en tren. Su intención era ir eliminando obstáculos de su vida, por lo que se montó en el carruaje y se dirigió hacia el burdel.

—Buenos días, vengo a ver a Esmeralda, dígame que estoy aquí y que se arregle, nos vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Sí, ¿tiene algún inconveniente en que la lleve a dar un paseo en tren?

—Pues sí, no me fío de usted, en absoluto. Además, Esmeralda está encinta y debe descansar.

—No se preocupe, madame, que se la traeré sana y salva. ¿Qué interés tendría yo en que ella sufriera algún daño?

—Pues perder a su hijo, por ejemplo, y no tener ninguna obligación además de ahorrarse la vergüenza de haber dejado embarazada a una joven, estando usted prometido

—Señora, está usted delirando. Déjese de inventar y llame a Esmeralda, que tengo prisa, a ver si ahora vamos a perder el tren.

Madame Minerva lo miró desafiante y se fue en busca de Esmeralda.

—Esmeralda, el señor Barnabás está aquí y dice que viene a buscarte para dar un paseo en tren..., pero yo tengo mucho miedo, hija. Dile que estas indispuesta y no vayas, por favor.

—No, madame, ¿por qué iba a hacer yo eso? Yo también deseo pasear con él, mira que detalle ha tenido... Seguro que es por contentarme, como me dio un disgusto cuando conoció la noticia

del bebe..., pues su intención será arreglarlo.

—Hija, hazme caso, por favor, tengo el presentimiento de que algo malo puede ocurrir. Acuérdate lo que te vaticinó el señor Justiniano, que un grave accidente te acechaba.

—Pero, ¿cómo voy a creer eso, madame?

—¡Pues claro que sí, hija mía! Hay personas que pueden ver esas cosas y aciertan. No quiero que te ocurra nada malo, Esmeralda, eres como mi hija y te quiero.

—No va a pasar nada, confíe en mí. Yo también la quiero como si fuese mi madre, porque ella no me cuidó y usted lo da todo por mí. Quédese tranquila, que volveré sana y salva.

Ambas se despidieron para que Esmeralda se arreglase y madame Minerva acudió al salón.

—Solo le advierto una cosa.

—Señora, guárdese los sermones para otro porque a mí no me interesan para nada.

—Jamás he visto un personaje, porque no lo puedo llamar hombre, más desagradable, malicioso, y depravado en mi vida. No lo quiero para mi niña.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, pero así soy, ¿qué le vamos a hacer? —rio—. ¿Tiene algo más agradable que decirme, señora?

—No, nada más. Solo que, si algo malo le ocurre a Esmeralda, lo buscare, y guárdese de lo que pueda hacerle.

Esmeralda llegó y se agarró del brazo de Barnabás, pero madame Minerva les detuvo.

—Déjame que te bese antes de irte. Ten mucho cuidado, hija.

—Claro que sí, volveré pronto.

Madame Minerva, observaba con lágrimas en los ojos cómo Esmeralda se iba alejando, sintiendo dentro de su corazón que podría ser la última vez que veía su sonrisa. Agachó su cabeza y cerró la puerta dejando a Esmeralda. «Que el destino cuide de ella...»

## b

Barnabás y Esmeralda se montaron en el carruaje para ir a la estación, Esmeralda no podía creer lo que veían sus ojos, para ella siempre había sido un sueño compartir momentos de la vida con su amor. Ir con él en un carruaje era impensable; llevaban mucho tiempo juntos y él solo había querido ocultarla por miedo a ser descubierto por la gente debido a su compromiso. Le brillaban los ojos de felicidad, mientras él la miraba con una sonrisa, a la vez que pensaba cómo se las iba a ingeniar para acabar con ella y con su bebé. Al llegar a su destino, se bajaron y se dirigieron a la estación.

—Esmeralda, abre la sombrilla y tápate, no vayan a verte. Sabes que tengo una reputación y además estoy prometido, no lo olvides.

—Pero si no hace sol, además, yo no soy una cualquiera para que peligre su reputación, yo solo me entregué a usted.

—Que abras la sombrilla he dicho.

Esmeralda la abrió con tristeza porque nada más bajar del carruaje, ya estaba sufriendo desprecios. Ella pensaba que él había cambiado de parecer debido a su embarazo, pero estaba comprobando que no. Subieron al tren y se sentaron en primera clase. Esmeralda miraba para todos lados, para ella todo era nuevo. Nunca había vivido una experiencia igual.

—¿Estás contenta?

—Estoy encantada y feliz.

—Pues disfruta. ¿Quieres un té?

—Sí, por favor. Voy un momento al servicio, el embarazo me produce ganas de ir constantemente...

Barnabás asintió, aprovechando el tiempo para echar en el té un somnífero bastante fuerte. Ella se mostraba complaciente por todo lo que hacía Barnabás, a pesar de que sufría desprecios, no hacía más que mirar el lado positivo de las cosas, entre ellas que estuviese allí con ella.

—De verdad, muchas gracias. Ha sido muy amable al traerme en estos momentos debido a mi estado de buena esperanza, en poco tiempo tendré que hacer reposo, según me dijo madame Minerva.

—Claro, ha sido el mejor momento ¿te parece bien que admiremos el paisaje?

—Me muero de ganas por verlo. Mi único paisaje es la casa de en frente de donde vivimos.

Barnabás la miraba, pensando cómo había podido estar tanto tiempo con una mujer tan inculta. Era muy bella, y era muy buena en el sexo, pero nada más.

—No sé qué me ocurre, pero estoy empezando a marearme, no lo entiendo. Según madame Minerva, los mareos comienzan más adelante...

—Si te apetece, nos bajamos en la próxima parada.

—Sí, por favor, se lo agradecería. No me encuentro nada bien. Deseo irme a casa, Barnabás. ¿Estamos muy lejos?

—La verdad es que estamos lejos, sí.

—Cómo echo de menos a madame Minerva... Ella me dijo que no viniera, que tenía el presentimiento de que algo malo me sucedería y yo no la escuche.

—No digas memeces, Esmeralda. Vamos a bajarnos ya.

—Agárreme, por favor, me fallan las piernas.

A través de las ventanas se podía apreciar que la estación estaba repleta de personas que querían subir al tren. Barnabás ya tenía un plan para librarse de Esmeralda. Cuando abrieron la puerta, este dejó a la joven en el primer escalón para ayudarla a bajar, pero en ese momento la soltó y cayó al suelo, quedando inconsciente. El somnífero había hecho efecto y, al no poderse mantenerse en pie cayó al suelo.

Multitud de personas fueron a su auxilio pidiendo ayuda. Barnabás había cumplido su propósito; su plan había salido tal y como había planeado. Dejó a la joven Esmeralda allí tirada, en un pueblo lejano a su hogar, embarazada e inconsciente.

—¡Soy doctor! ¡Déjenme! —se escuchó a lo lejos.

El doctor se quedó prendando de la belleza de Esmeralda, tanto que tuvo que parpadear para saber que no estaba en un sueño. Comenzó a examinarla y decidió llevarla al hospital para que la medicasen con urgencia, pero cambió de opinión cuando iba camino hasta allí.

Era mejor que fuesen a su propia casa para poder así cuidarla con más detalle. Recostó a Esmeralda en uno de sus aposentos y la examinó con calma. Esperó día y medio a que se despertase y una vez lo hizo, unas altas fiebres lo llevaron días y noches cambiando paños mojados, sin descanso alguno.

El doctor temía por su vida, pues su estado parecía ser muy grave. Pero en una ocasión en la que el sueño le rindió al señor Hamlet, la joven abrió los ojos:

—Disculpe, ¿qué hago aquí y quien es usted?

—¿Cómo está usted, señorita, como se encuentra? —preguntó el doctor justo después de dar un brinco y dirigirse a la cama.

—La verdad es que un poco mareada. Por favor, dígame, ¿quién es usted y que por qué estoy aquí? —insistió.

—Perdóneme, soy el doctor Hamlet Lowell y está aquí porque se cayó del tren donde viajaba y se quedó inconsciente. Como usted iba sola, me tomé la confianza de traerla hasta mi casa para poder examinarla y ofrecerle mis cuidados. ¿Cómo se llama usted, señorita?

—Mi nombre es Esmeralda, pero doctor, yo no viajaba sola, venía con mi amor.

—¿Con su amor? ¿Está usted casada?

—No, señor, ojalá así lo fuera, pero sí es el padre de mi hijo. Estoy en estado de buena esperanza.

El señor se quedó sorprendido. No era típico en aquella época que las mujeres entregasen su inocencia antes del cansamiento, pero siempre había alguna oveja descarriada que se salía del molde de lo común cuando caían prendadas de un hombre.

—Disculpe —logró decir después de un largo silencio—. ¿Me permite que oiga su tripa para ver si puedo escuchar los latidos del corazón de su bebé?

—Claro, doctor, pero, ¿qué me ocurrió? ¿Por qué me caí?

—Llevaba usted en sangre una sustancia para dormir, era una cantidad tan elevada que cayó fulminante al suelo desde el primer escalón del tren. ¿Está usted segura que alguien la acompañaba? Usted estaba sola...

—No lo entiendo, él venía conmigo, y tampoco recuerdo haber tomado nada cómo usted me comenta.

—Me resulta todo muy extraño, señorita Esmeralda, pero no se preocupe usted, que, si me lo permite, yo me encargaré de dejarla sana para que pueda volver a su casa en breve.

—Muchísimas gracias, doctor.

—Ahora debería comer algo, lleva usted días sin alimentarse y el bebé debe estar hambriento. Es un milagro que haya sobrevivido ante tantos vaivenes, puede sentirse afortunada.

—El bebé tiene las mismas ganas de vivir que su mamá —sonrió Esmeralda.

El doctor se retiró para ordenar el desayuno. No estaba al borde de la desnutrición, pero tenía que comer si quería que el embarazo fuese bien. «¿Qué pudo ocurrir para que todo esto sucediera? ¿La dejaría Barnabás sola para deshacerse de ella?», pensó Esmeralda.

Se negaba a asumir que lo que pensaba era cierto. El doctor, por otro lado, también consideraba la posibilidad de que su amado no la quisiera tanto como ella creía. Era una situación muy, pero que muy extraña.

—Doctor, ¿dónde estamos? ¿En su casa? —preguntó Esmeralda al ver el paisaje que podía ver a través de la ventana. El doctor asintió—. ¡Pero esto es enorme! ¡Es una mansión!

—Así es, ¿nunca vio usted alguna?

—No, nunca vi ninguna. Yo vivo en un lugar que igual a usted no le parece correcto, pero ese es mi hogar. Un burdel.

—¿Es usted una mujer de la vida? —carraspeó.

—No, yo no lo soy. Vivo allí, porque madame Minerva, que es la dueña del burdel, me recogió y me crio cuando me encontró en la calle. Mis padres no me querían y me echaron de casa cuando era casi una niña y esta señora me dio un hogar y su amor. Ahora estará preocupada por mí. Me advirtió que no fuera a ese viaje en tren, que tenía un mal presentimiento de que algo malo me podría ocurrir, pero yo hice caso omiso a sus súplicas. Confíe en el que yo creía que era el amor de mi vida. El único, hombre que me ha tocado, pero me engañó —lloraba mientras seguía contando su vida. Necesitaba desahogarse—. La primera vez que vino al burdel a buscar desfogue y me vio, quiso que yo fuera suya de inmediato, pero madame Minerva le comunicó que yo no



estaba disponible, pues no trabajaba allí. Pero él se negó a aceptarlo y vino, vino cada día durante mucho tiempo a verme y a hablar conmigo, hasta que me enamoré de él y le di lo más preciado e íntimo que guarda una mujer. Luego supe que estaba comprometido con una joven de una familia muy pudiente de Londres a la que no dejaría por una pobre e inculta como yo.

—No diga eso, señorita, usted es hermosa por fuera y por dentro. Muchos hombres querían pasar el resto de su vida a su lado.

—No, señor, se equivoca usted, nadie me querrá, y menos trayendo un hijo de un señor tan malvado como lo es Barnabás Beckett. Es muy bello, pero su corazón..., no tiene sentimientos. Lo que me hizo no tiene nombre —lloró de nuevo—. ¿Cómo pudo hacerme esto? Dejarme sola, allí, tirada en el suelo —confesó cabizbaja—. Yo lo recuerdo detrás de mí, esperando pacientemente a que se abriera la puerta para poder salir, pero me caí y ya no me acuerdo de nada más hasta que desperté aquí.

—Bueno, señorita, lo que debe pensar es que su bebé y usted os encontráis bien, eso es lo más importante. Lo demás se podrá solucionar.

—Gracias, doctor, no sé cómo pagarle todo lo que está haciendo por mí.

—No tiene que pagarme nada, lo hice porque así lo sentí en aquel momento, además estoy encantado de tenerla aquí.

Esmeralda iba mejorando por día y su tripita iba creciendo. El doctor le había recomendado descanso y le dijo que podía pasar en la mansión el tiempo que necesitara hasta su completa recuperación. Paseaban bajo el sol, iban a pescar y recolectaban flores de los jardines. El doctor le enseñó a cuidarlas y ella, cada mañana, iba percibiendo su aroma. Pasaron algunos meses hasta que llegó el día en el que Esmeralda le comunicó al doctor que tenía que marcharse, pues se encontraba mucho mejor. Madame Minerva debía pensar que algo muy malo habría ocurrido cuando no había vuelto a casa.

—La comprendo, y me costará mucho no verla pasear por aquí, con su barriguita preciosa.

—Doctor...

—No me llames más doctor, por favor. Llámame Hamlet.

—De acuerdo, Hamlet. —Se ruborizó.

Esmeralda no se daba cuenta de que el doctor estaba enamorado perdidamente de ella, y se negaba a perderla así como así; haría todo lo posible por conseguir su amor.

Los dos se miraron a los ojos, acercando sus rostros lentamente y uniendo sus labios, surgiendo un dulce y cálido beso, inocente. La joven había ido olvidando poco a poco a Barnabás y su corazón solo tenía cabida para el doctor Hamlet, que era quien le había cuidado con ternura y amor durante aquellos meses.

Cuando salieron de aquel hermoso beso, los dos se miraron de nuevo y rieron, comprendiendo lo que había ocurrido. Se habían enamorado y ya no querían separarse nunca. El doctor le propuso llevarla a casa y explicarle todo a madame Minerva, así que hicieron las maletas y emprendieron el camino.

—Necesito saber dónde está su casa, ¿lo recuerda, Esmeralda?

—Yo solo sé que vivo en Londres, en... *Oxford Street*, ahí está el burdel.

—Estupendo, querida, pues allí vamos.

—Ay, mi niña... ¡Esmeralda! —exclamó llorando—. ¡Mi niña preciosa! ¿Dónde has estado? ¡Te creía muerta! No sabes lo que he sufrido al ver que no regresabas a la casa. Fui a buscarte a la estación de trenes infinidad de días, también a casa del señor Barnabás y en ninguna ocasión quiso recibirme. Yo sabía que algo te había sucedido y él era el responsable de todo... Menos mal que

ya estás aquí, mi niña.

—Sí, madame, te eché mucho de menos, muchísimo y estaba preocupada por lo que pudieras pensar. Te voy a presentar al hombre más bueno del mundo —se ruborizó de nuevo—. El que me salvó la vida, el doctor Hamlet Lowell.

—Encantado de conocerla en persona, madame. Esmeralda me habló tanto de usted cada día, que la conozco a la perfección. No sé cómo agradecerle que cuidara de ella, porque la amo con toda mi alma, y gracias a que usted le dio su amor ahora es la joven más buena, y con el corazón más grande del mundo.

—Lo que yo más agradezco, además de esas palabras es que ame a mi Esmeralda de esa manera. Así es, una joven noble, buena, comprensiva y con un alma maravillosa. ¿Qué le podría decir yo malo de mi niña, si no lo tiene? Será muy feliz con ella si la ama de verdad...

—Él me hizo olvidar a Barnabás. Me di cuenta de su maldad, ¿Sabe usted que me hizo, madame? ¿Por qué el doctor me encontró?

Esmeralda comenzó a relatar todo lo que había sucedido y la agradable estancia que había tenido en la casa de Hamlet durante todo este tiempo.

—Me quedo sin palabras, hija mía. ¿Cómo un hombre puede ser tan malvado? ¿Y cómo está el bebé, doctor?

—Milagrosamente, el bebé está en perfecto estado. Ha sido muy valiente —afirmó rotundamente, tocándole la tripa a Esmeralda.

—Quiere usted mucho a mi niña, ¿verdad?

—Con toda mi alma. —La miró—. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Desde el momento en que la vi allí, tirada en el suelo, me enamoré de ella y pensé que había encontrado al amor de mi vida. No podría vivir sin ella y sin el bebé. Por eso la cuidaré y amaré hasta el final de mis días.

—No sabe usted lo feliz que me hacen esas palabras. He sufrido muchísimo al ver a mi niña con ese malvado.

—Sí, madame Minerva, pero ahora debe pensar que nos iremos a vivir a su mansión. Allí también será usted muy feliz. Vendrá con nosotros, ¿verdad? Ya está mayor para llevar el negocio, debe descansar.

—No sé, hija, tendría que pensarlo, aunque les agradezco vuestro ofrecimiento de quererme llevar a vuestro nuevo hogar.

—Usted tiene que ser la madrina de nuestra boda, madame.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendida.

—Señorita Esmeralda, ¿quiere usted ser mi esposa? —preguntó con la rodilla en el suelo y abriendo una bonita cajita con un anillo de piedras preciosas—. Era de mi difunta madre. Me hizo prometer que lo colocaría en el dedo de mi futura esposa, así que ahora te lo entrego a ti con todo mi amor.

A pesar de quedarse muda por unos instantes Esmeralda aceptó la pedida con entusiasmo.

El doctor sabía que no podrían casarse. La iglesia no aceptaría la situación en la que se encontraban, pues estaba muy mal visto que una mujer no llegase pura al matrimonio. Sin embargo, conocía a alguien que podría hacerle el favor de simular la unión matrimonial entre ambos en algún sitio precioso que ambos escogiesen.

La cogió en brazos dando saltos de alegría y se besaron, mientras madame Minerva reía y lloraba a la vez de pura felicidad, pensando en cómo la vida podía dar tantas vueltas. Cómo una persona podía querer acabar con la vida de otra y en ese instante llegar otra para salvarte. Todos

se abrazaron de felicidad.

# Capítulo 14

Ahora más que nunca, Nicolás pensaba que debía ir en busca de la espiritista, puesto que, después de todo lo que sabía sobre Daniela, creía que estaba a punto de descubrir todo lo que ocurrió. Sin contar con el permiso de sus padres, le anunció a Darío que preparase el carruaje.

No estaba dispuestos a más negativas, así que fue decidido a la ciudad. Tenía que esclarecer todos los hechos que había visto. Una vez allí, cruzó miradas con Lucrezia y Catherin, que andaban por allí.

—¡Señora Lucrezia! ¡Señorita Catherin!

—Hola, señor Nicolás. Qué alegría me provoca verlo. Quería haberle escrito una nota para pedirle disculpas por el comportamiento tan grosero y maleducado que tuvo mi esposo la tarde del té.

—Despreocúpese, señora Lucrezia. Hola, señorita Catherin...

—Buenos días, señor Nicolás. Me ha agradado verle hoy, qué maravillosa casualidad...

—Igualmente, señorita Catherin, ¿Os gustaría acompañarme a tomar un té? Así podría disfrutar de la compañía de Catherin, ya que el señor Amadeus no nos lo permite.

—Por supuesto —afirmó Lucrezia.

—Gracias por ayudarnos, madre. ¿Y qué te trae por la ciudad, señor Nicolás?

—¡Pero, hija! No seas atrevida.

—No pasa nada, señora Lucrezia. Os lo cuento sin pudor. Desconozco vuestra creencia sobre los espíritus, pero yo sí creo en ellos, y mucho. De hecho, en varios de mis libros hablo sobre ellos. Siempre narré desde la ficción, pero ahora todo se hizo real. Desde que llegue a la mansión, una mujer vestida de blanco no ha dejado de manifestarse para que descubriese lo que le ocurrió a ella y a su bebé hacía aproximadamente dieciocho años. Por aquel entonces, desapareció una joven en el bosque. Estaba embarazada y a punto de dar a luz. Fui a conocer a sus padres, que viven en un pueblo al otro lado del bosque, y aún lloran su pérdida. No os imagináis la pena que sentí en mi corazón al ver el sufrimiento de esas dos personas mayores esperando el regreso de su hija y de su nieto. Ella se llamaba Daniela, y desea que descubra quién la mató, y lo haré, sino su alma jamás descansará. Lo que me pregunto es donde estará su hijo... Un matrimonio se lo llevó y ella aún lo busca. No es nada justo lo que le sucedió a esa joven. Me pregunto quién será ese malvado que quiso quitarle la vida a su bebé.

—Qué historia más triste, pobre muchacha, ¿quién le haría algo así? Haces bien en querer descubrirlo, señor Nicolás. Esa chica se merece descansar.

—Yo solo le digo que, si necesita mi ayuda, estoy a su disposición.

—Muchísimas gracias, señorita Catherin, le tomaré la palabra.

Los tres estaban tan atentos a la conversación, que no se habían percatado de que el señor Amadeus estaba sentado muy cerca de ellos, con unos compañeros de trabajo y se había enterado de todo.

—¿Qué tal el té?

—Buenos días, señor Adamson. —Lo miraba, pero no respondía.

—¿No has oído al señor Nicolás? Te ha saludado —sentenció Lucrezia.

—Ah, sí, no había notado su presencia.

—¿Cómo puedes ser tan desagradable? Me das vergüenza...

—Vámonos de aquí, madre, por favor, estoy avergonzada. Mi padre perdió la compostura con los años. Señor Nicolás, disculpe la insolencia de mi padre.

—No te preocupes por nada, Catherin, nada cambiará mis sentimientos hacia usted —confesó delante del señor Adamson.

Amadeus lo miraba con odio, pero Nicolás no se alteró ante la situación, sino que se despidió de las señoras y se marchó con tranquilidad, aparentando tener el control de la situación.

—Un día te verás solo, porque me marcharé y jamás volveré, te odio... —amenazó Lucrezia.

—No entiendo por qué le tienes tanto interés a Nicolás cuando es un joven honesto, amable y de buena familia —secundó Catherin.

—Jamás permitiré que seáis felices.

—Eso ya lo veremos... Ahora, Catherin, vámonos de aquí...

## b

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó la espiritista

—Desearía hablar con usted un momento, y solicitar sus servicios.

—Se llama usted Nicolás, ¿verdad?

—Señora, yo no le dije mi nombre... —Nicolás la miraba sorprendido—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo ella, la mujer de blanco, usted ya la conoce. Está aquí y quiere que la ayudemos.

—¿Cómo que está aquí?

—Ella viene con usted, es más, no se separa ni un solo segundo de su lado desde que llegó a la mansión.

—¿Vendría usted a mi casa a hacer una sesión y poder ayudarme a esclarecer este asunto? El bosque donde Daniela desapareció esta junto a mi casa.

Ambos intercambiaron palabras, pero no le contó nada sobre lo sucedido para comprobar que el don de la espiritista era tan certero como decían. El joven se marchó un rato más tarde hacia la mansión no sin antes acordar una cita con Bellamira, la espiritista

—Dando un paseo, ¿no? —preguntó a sus padres, que se encontraban en fuera de la casa.

—Sí, hijo, aquí disfrutando de nuestros jardines. ¿Y tú? ¿De dónde vienes?

—Vengo de hablar con la señora Bellamira, la espiritista de la que os hablé. Quería avisaros de que viene esta tarde a la mansión para ayudarme a averiguar quién es Daniela, la mujer de blanco que se me está manifestando tan a menudo desde el primer día que llegué a la mansión.

—Pero, hijo, debiste consultarlo antes con nosotros...

—Ya os lo mencioné en varias ocasiones e incluso habéis contemplado algunas de sus manifestaciones. ¿Cuál fue vuestra respuesta? La ignorancia. En ningún momento pude desahogarme con vosotros porque nunca quisisteis escucharme.

—Pero, hijo, entiende que nosotros no creamos mucho en estos asuntos.

—¿Y tampoco en mi hermana Valentina, madre? Porque ella sí se manifestó ante vuestros ojos. Creo que no deberíamos conversar más sobre este tema y esperar a ver qué nos dice la señora Bellamira. Ah, y ordene preparar el té, por favor, le dije que llegara sobre las cinco.

Edric y Victoria se miraron anonadados; sabían que su hijo pronto descubriría toda la verdad. Tras varias horas, Bellamira llegó a la mansión y tanto Victoria como Edric la esperaban en la puerta para recibirla.

—¿Qué tal, señora? Soy la madre de Nicolás y este es mi esposo, Edric.

—Encantado, señora —secundó Edric, cogiendo la mano de Bellamira y besándola.

Bellamira los miró atentamente y les dio las gracias por su invitación a tomar el té. Se dirigieron al salón, donde Ambrosina había preparado una preciosa mesa.

—Tuvisteis una hija...

Edric y Victoria se miraron, como siempre hacían cuando no sabían qué decir, y respondieron a la vez de manera afirmativa.

—Su hija está aquí. Aún su alma no descansa. ¿Me permite dar un paseo por la casa?

Victoria asintió, junto a Nicolás aceptó la propuesta y la acompañaron por la mansión. Edric, sin embargo, prefirió quedarse en el salón; el miedo se había apoderado de él. Ambrosina, sin decir nada, fue tras ellos sabiendo lo que se cocinaba en la casa.

Bellamira caminaba despacio, observando cada movimiento, cada rincón, y todo aquel objeto que se encontraba a su paso. Al pasar por la habitación de Valentina, la escuchó jugar.

—Valentina está jugando en su habitación, sigue aquí.

—¿Por qué? —Quiso saber Victoria.

—Usted no la deja marchar. No estuvo en su propio entierro y aunque se haya despedido de ella, no lo ha hecho bien. La niña vaga por toda la casa y deja muñecas y juguetes por sus rincones preferidos.

—Yo veo sus juguetes y lloro por no poder verla a ella, aunque pasen mil años, siempre echare de menos a nuestra pequeña —añadió Ambrosina.

—Hace poco tiempo estuvo aquí un ser muy maligno, pero ese no está en el mundo de los muertos. Sigue vivo, aunque por poco tiempo.

—¿A quién se refiere usted?

—No lo sé, señora, no veo quién es, pero noto su energía y no me gusta nada, presiento que debéis tener cuidado, se avecina una desgracia. Aquí, en la casa, hay objetos que usted guarda y no le pertenecen. Piense, señora Victoria, porque puede que su dueño o sus dueños vuelvan a buscarlo —susurró.

—¿Por qué me habla usted en voz baja?

—Porque no hay que alentar a los muertos y aquí hay muchos, señora. Personas que debieron pasar al otro lado se quedaron aquí atrapadas. No sé lo que ocurrió en esta casa, pero siguen aquí y le aseguro que no es su lugar, deben ir hacia la luz. No se preocupe, realizaremos la sesión y veremos qué podemos hacer. ¿Habéis pensado quienes vais a estar sentados junto a mí en la mesa?

—Yo estaré sin lugar a dudas y Ambrosina también —indició Nicolás.

—Espero que me disculpe, pero le tengo mucho respeto a estos asuntos y voy a permanecer

fuera del círculo.

—Usted sí debe estar dentro de esto, señora Victoria. Es muy importante que así sea.

Bellamira colocó una hoja de papel y un lápiz. Alguien debía ir anotando lo que iba revelando, pues al despertar el trance, no recordaría nada. Nicolás sería el encargado de hacerlo.

También usó velas blancas, una por cada uno de los miembros que se sentaron en la mesa, y un vaso de agua. Una vez estaba todo colocado, Bellamira se sentó y les pidió a los miembros que se unieran formando un círculo y con las manos en la mesa mientras que el señor Edric observaba desde un sillón, apartado de allí. La espiritista les solicitó que a partir de aquel momento guardasen silencio absoluto. Cerró los ojos y comenzó a respirar profundamente, tanto, que alteró la respiración de todos.

—Si hay algún alma perdida en esta casa, pido, por favor, que se manifieste para que podamos sentir su presencia.

Las luces de las velas se agitaron suavemente de un lado a otro y los presentes las miraron fijamente, totalmente desconcertados. Se oyó un golpe en un extremo del salón, pero se quedaron inmóviles sin querer ver de dónde provenía. Un ligero olor a rosas se expandió por el lugar, a la vez que un suave aire fresco se deslizaba sobre sus rostros. No se atrevían ni a pestañear, se limitaban a no perder el hilo de lo que ocurría a su alrededor.

La mesa empezó a moverse, como si alguien la estuviera agitando desde debajo. Un escalofrío les recorrió todo el cuerpo y sus vellos se erizaron como escarpías. Los escalones de la mansión crujían ligeramente como si alguien bajara lentamente. Los presentes giraron sus cabezas, esperando ver algo tras la puerta de la sala, y así fue. Una joven bellísima vestida de blanco se acercaba a ellos, levitando sobre el suelo. Era extraño que se dejara ver, pero así sucedió. Se colocó detrás de Bellamira y le puso las manos sobre su cabeza. Ninguno podía creer lo que estaban viendo, pero en un abrir y cerrar de ojos, desapareció. La espiritista comenzó a llorar.

—Dios mío, ¡ayúdenme! —Lloraba de miedo y de angustia—. Voy a parir a mi hijo y me encuentro sola en el bosque bajo las amenazas de un señor que quiere matarme y quitarme a mi bebé...

Bellamira elevó su cabeza y abrió sus ojos. Para sorpresa de todos, eran totalmente blancos.

—No llores, mi amor. Nos van a escuchar. Nunca olvides todo lo que hice por ti. Te buscaré toda tu vida, hasta encontrarte, porque la mía acabará pronto. No sabes cómo siento dejarte tan pequeñito. Eres lo más hermoso que me pasó en la vida. Te amo, hijo mío. Ahora, quédate callado, que alguien se acerca.

Bellamira calló, y acto seguido, continuó:

—La joven, dejó a su hijo escondido y salió de ese lugar corriendo para despistar a quien la perseguía. Ese malvado logró alcanzarla y la zarandó, arrastrándola hasta el agua. La está ahogando en el lago, pero ella le está arrancando algo, un reloj de bolsillo color dorado.

Nicolás escribía todo lo que la espiritista estaba describiendo, al mismo tiempo que sentía un dolor tremendo y pensaba que su madre tenía un reloj de bolsillo dorado, guardado en una caja de su cómoda con el nombre de Amadeus. Miró a su madre completamente espantado.

Victoria en ese momento tragó saliva y miró a Ambrosina.

—La joven se desangra, ha dado a luz sola y siendo muy joven —continuó hablando Bellamira—. La golpeó una y otra vez para que confesase dónde estaba el bebé, pero ella no habría su boca. No podía más, se desvanecía... El señor, al creerla muerta, salió del lago y se marchó de allí rápidamente.

Volvió a callar durante unos instantes.

—Parece que se reanimó un poco —exclamó—, con esfuerzo, logró salir y cayó en la orilla. Se arrastró, escuchaba unas voces y pidió auxilio.

Y, de pronto, despertó del trance.

—¡Cuánto dolor! —comentó, mirándolos a todos. La señora no podía con la angustia, pena y amargura, que el espíritu de Daniela, le había transmitido por los duros momentos que vivió—. Lo que le ocurrió a esta joven fue algo terrible. No tengo palabras para nombrar a quién la mató, y quienes fueron los que le quitaron a su hijo..., deberían confesar la verdad.

—¿Los vio usted, señora? ¿Puede decirme qué sabe?

—Nicolás, sé quiénes son, pero no puedo revelarlo, por su bien..., ellos tendrán que hacerlo. Ví demasiado como para permanecer más tiempo en esta casa. Solo quisiera decir una cosa: espero que muy pronto se revele el secreto de Daniela, si no, yo misma lo haré. Esa joven merece su descanso. No puedo decir que ha sido un placer ayudarlos, porque no lo ha sido. Me voy con mucho dolor y con el corazón partido en mil pedazos. Aquí hay dos presencias a las que guiar hacia la luz. En el momento es que os encontréis preparados, llamadme y volveré.

—Señora Bellamira, no sabe cómo le agradezco el detalle que ha tenido de venir a nuestra casa y ayudarnos a esclarecer este suceso tan terrible. Me gustaría expresarle cómo me siento si me lo permite.

—Por supuesto, Nicolás. Su corazón no es cómo el de sus padres, nunca lo olvidé.

—Agradezco sus palabras. Desde que llegué a la mansión, siento que mi corazón, se encoge cada vez que Daniela se aparece. Es algo más que una curiosidad, es cuestión de alma, al igual que siento con mi hermana.

—¿Hermana?

—Sí, Valentina, mi hermanita pequeña, también la vi a ella.

—Nicolás, escúchame bien, hijo: nada es lo que parece. Solo puedo darte un consejo y es que sigas investigando hasta hallar la verdad. Sigue tu instinto y a haz lo que te dicte tu corazón. Posees un alma maravillosa capaz de sentir lo que otros han sentido o sienten, y eso no es algo muy común. Encuentre la verdad y sea feliz por fin. Desde lo lejos, lo seguiré ayudando.

Nicolás ayudó a la señora a subir al carruaje y le comentó a Darío que la llevase donde indicase en vista de que el suyo se había retrasado. Al entrar en casa, tanto Victoria como Edric y Ambrosina, se mostraban abatidos por lo que acababan de vivir, temerosos de que la verdad sea descubierta.

—¿Cómo os encontráis después de la experiencia?

—Oh, bien, ¿cómo debería encontrarme?

—Muy triste por lo que Daniela sufrió, ¿no cree, madre?

—No debes nombrar una muerta, ya no está entre los vivos.

—¿De veras, madre, usted siente alguna vez empatía por alguien? Me está desconcertando su manera de proceder. Me marchó de aquí, no tolero tanta frialdad, espero que tengáis una buena noche.

De camino hacia su habitación y pensando en cada uno de los detalles que la espiritista había descrito, recordó el reloj dorado que, supuestamente, Daniela le quitó a su asesino, y que concordaba exactamente con el que su madre guardó en una cajita en la cómoda de su habitación.

Antes de que subieran sus padres, se dirigió allí a cogerlo. Entró en la habitación, abrió la caja y el doble fondo; ahí se encontraba el reloj. Lo guardó, se fue y, una vez ya en su aposento, comenzó a examinarlo bien. Efectivamente, en una de las tapas se podía leer *Amadeus Adamson*, «¿Qué haría madre con este reloj en su poder?».



## b

—Tienes que deshacerte de ese reloj. Puede que alguien lo encuentre y estamos perdidos. Nunca puede saberse la verdad de lo ocurrido, Victoria. Nuestro hijo jamás, nos lo perdonaría.

—No digas eso, por favor. No podría soportar que mi hijo me odiara por eso. Yo no estaba bien en aquellos momentos y me moría por ser madre. Me pudo el amor más que otra cuestión.

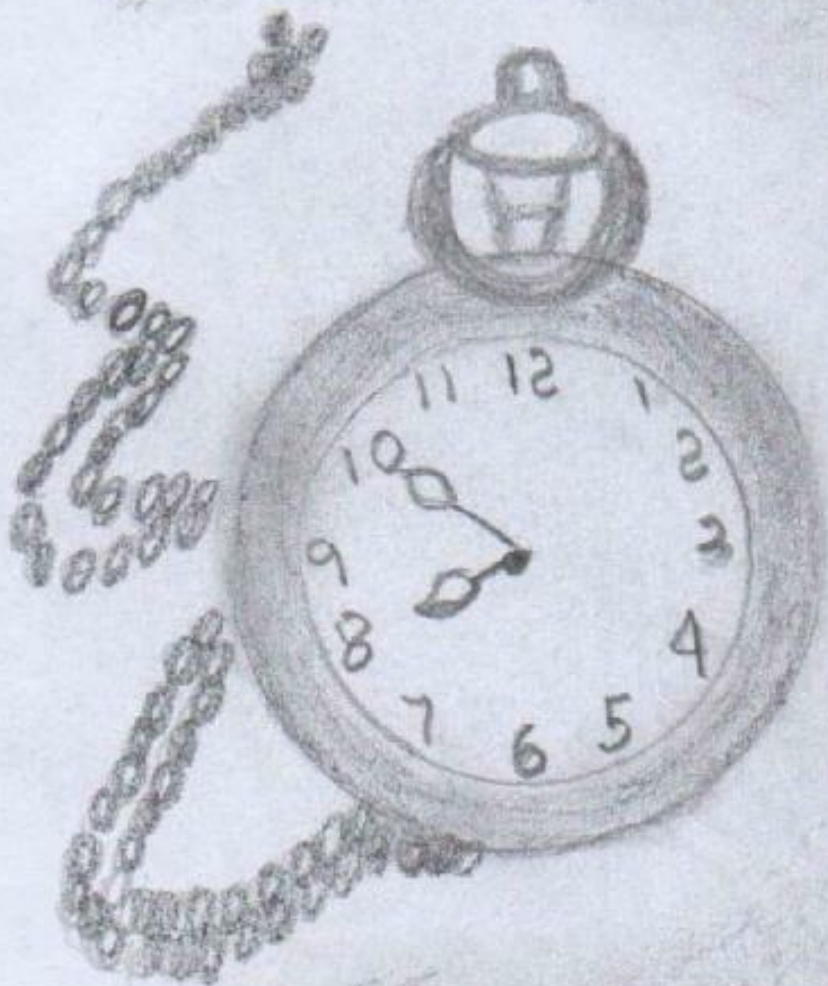
—Señora, eso no se llama amor, se llama egoísmo y es lo que usted y su esposo tuvieron en aquel entonces. Vuestro hijo, créame, hallará la verdad. Prepárense, porque el resultado no les gustará, pero son las consecuencias de no haber actuado bien en su momento. Sean por las razones que sean, no lo hicieron bien. Disculpen mis palabras, pero yo le advertí lo que podía ocurrir.

—¡Ya basta! —gritó Victoria, muy enfadada—. No quiero volver a escucharla más. Váyase de mi vista, y no vuelva a recordarme lo mal que lo hice. Déjeme en paz.

Ambrosina se fue llorando, sin decir ni una palabra, y con una tristeza enorme por el frío corazón de Victoria.



© Mónica Bohórquez, 2019



# Capítulo 15

**P**asados unos días, Amadeus no dejaba de pensar en qué hacer para ir a casa de los Bradley y coger el reloj de bolsillo que Daniela le arrancó mientras pretendía ahogarla en el lago. Si no hacía algo al respecto, descubrirían que fue él quien cometió el asesinato. Además, Nicolás sabía la verdad, pero no se explicaba cómo; él no creía en los espíritus, y quería acabar con él también.

Puso rumbo a la mansión de los Bradley, evitando que lo viesen al llegar para encontrarse con Victoria, que siempre estaba allí arreglando sus flores. No obstante, esta vez se encontraba junto a Edric, conversando sobre la sesión de espiritismo. Amadeus se interesó por el tema, pues él era el culpable de todo.

—Querida, deberías pensar en lo que nos dijo Ambrosina. Nuestro hijo no nos perdonará si no le confesamos la verdad de lo que ocurrió. Sé que no estuvo bien, pero nuestra conciencia no nos dejará tranquilos hasta que la verdad no salga a la luz.

—Jamás, ¿me oyes bien, Edric? Jamás confesaré.

—Pero, Victoria, ¿cómo puedes ser tan testaruda?

—¿Cómo osas a llamarme así?

—Pues porque yo me equivoqué, al igual que tú, y me arrepiento de lo que hicimos. No entiendo cómo puedes seguir en tus treces y no darte cuenta de que nos descubrirán de un momento a otro. Desearía dar marcha atrás y tomar un camino diferente, hacer las cosas bien. Cada día de mi vida me he arrepentido de haber cometido ese gran error. Hazlo tú también y arreglemos esto, por favor.

—No, no lo haré. Lo que hice fue por amor. Perdimos a nuestra hija y el destino nos ofreció criar a un hijo.

—No fue así, querida. La vida te puso en el camino un bebé que nosotros debimos llevar con sus abuelos como la joven nos propuso, pero no le hicimos caso. Nos lo quedamos a pesar de su voluntad. Nicolás debe saber la verdad. Quién fue su madre y quién es el malvado de su padre. No sabíamos quién la intentó matar hasta que la espiritista lo reveló aquí. Solo teníamos en nuestro poder el reloj que ella le arrancó, con el nombre de Amadeus Adamson, pero sin saber que él era su asesino. Debemos descubrir la verdad, Victoria. Esa joven quiere que se descubra todo lo que le ocurrió y sus abuelos deben saber que su nieto vive y que es nuestro hijo Nicolás.

Amadeus notó que se mareaba en aquel momento al ser conocedor de la verdad. Nicolás..., su hijo, lo que nunca quiso para su hija. Ahora, sabiendo que son hermanos, con más razón. Su furia era cada vez más fuerte y en lugar de sentir piedad por su hijo, sentía cada vez más odio. Solo quería recuperar el reloj y marcharse de allí para poder pensar fríamente qué hacer con la situación.

—Querida, debo salir un momento a la ciudad a resolver unos asuntos de trabajo. Intentaré volver lo antes posible, no creo que me demore mucho —indicó Edric al ver una nota que Darío le había hecho llegar.

—Ve tranquilo, querido, no te preocupes de nada, que estaré bien.

Edric besó a su esposa y se marchó.

Cuando Amadeus vio cómo el carruaje se alejaba, se dirigió a la parte trasera de la mansión, donde afortunadamente aún había algunas ventanas abiertas para poder colarse en el salón. Entró con mucho cuidado de no hacer ruido alguno, y subió por las escaleras hasta las habitaciones para buscar la del matrimonio y así hallar el ansiado reloj. Seguro que lo tenían allí.

Al pasar por el gran pasillo, sintió escalofríos por todo el cuerpo, como si algo lo estuviese acompañando todo el camino. Aunque sentía algo de miedo, no había nada que le sacara de su cabezonería y seguía con su propósito. Justo cuando llegó a la habitación de los Bradley, la puerta cerró de un portazo, dándole un fuerte golpe en la cara. Este, furioso y airado, la pateó y logró abrirla de nuevo. No sabía qué, pero había algo que le impedía coger su reloj. Comenzó a abrir los cajones, los roperos, las cajas y todo lo que tenía delante de sus ojos, pero no encontró nada. Enojado, tiró al suelo todo lo que encontró sobre la cómoda de la señora Victoria y bajó al jardín interior para calmar su irritación.

—Hola, Victoria.

—Señor Amadeus, ¿qué hace usted aquí? ¿Cuándo llegó? No me anunciaron su visita...

—Simplemente no avisé. He venido a por algo que me pertenece y que usted tiene en su poder.

—No sé de qué me está hablando. ¿A qué se refiere?

—Señora, no he venido a perder el tiempo. Usted sabe perfectamente a qué me refiero. Le voy a refrescar la memoria... Hace unos días vino a visitarla una espiritista y le habló de Daniela, y de mi reloj de bolsillo.

—Lo siento, pero no le daré nada. Márchese inmediatamente de esta casa.

—No me iré hasta que me entregue lo que me pertenece.

—Váyase de aquí o gritaré.

—¡Grite! Nadie la oirá. —Amadeus fue hacia ella para taponarle la boca—. Deme el reloj —susurró.

Victoria, con la boca tapada, negó con la cabeza. Intentaba ahogarla tapándole ambas vías de respiración, pero Victoria no dejaba de patear. Amadeus insistía en que nadie la iba a oír, pero estaba equivocado. Ambrosina, que andaba por la cocina, oyó unos ruidos muy extraños y no dudó en ir a ver qué pasaba.

Esta, sorprendida por las intenciones de Amadeus, le atizó un golpe en la cabeza con una maceta que hizo que cayese al suelo. Aún con el golpe dado, agarró a Ambrosina por el cuello, exigiéndole que le confesase el paradero del reloj.

—Yo sé que usted sabe toda la verdad, dígame donde esta lo que he venido a buscar.

—¡Nunca le diré nada, asesino!

—Usted no sabe quién soy yo.

—No le tengo ningún miedo —titubeó.

Victoria se levantó del suelo y gritó, cogiendo un jarrón de la mesa y lanzándoselo a la espalda haciendo que cayese al suelo de nuevo.

—Sois dos furcias y os voy a matar.

Sin embargo, Edric ya había llegado y su voz se escuchaba en el jardín interior donde los tres se encontraban. Amadeus, cual cobarde, abandonó el lugar corriendo antes de que Edric llegase hasta el lugar.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Estáis bien?

Edric les ayudó a levantarse y las condujo al salón para que descansen en el sillón y pudiesen contarles lo que había ocurrido.

—¡Violeta! ¡Trae agua, por favor!

—¿Qué ocurre, señor? Acabo de entrar en la mansión, estaba en el jardín.

—Traiga agua para la señora y para Ambrosina, por favor.

—Sí, señor, ahora mismo, pero, ¿qué les pasó?

—¡Vaya y no pregunte!

Violeta les trajo agua de azahar para ayudar a calmar sus temblores y miedos.

—Ahora contadme, por favor, qué ha ocurrido aquí.

—Ha sido Amadeus. —chivó Victoria.

—¿Amadeus Adamson? ¿Qué hacía aquí ese señor?

—No sé cómo, pero estaba enterado de la visita de Bellamira y de que nos habló sobre Daniela y el reloj que ella le arrancó. Venía a por él, pero no se lo di. Me forzó para que se lo entregara e intentó ahogarme, pero no lo conseguí, llegó Ambrosina... —Pero Victoria no podía seguir, estaba atacada a causa de los nervios y fue Ambrosina quien continuó.

—¡Podíais habérmelo dicho y lo hubiera seguido hasta su casa! Malnacido...

—¡No! Es un asesino, sin escrúpulos. Quién sabe qué hubiera pasado si no hubieses llegado a tiempo...

—¿Dónde está Nicolás? ¿Ha llegado ya del lago?

Victoria negó con la cabeza.

—En cuanto llegue lo pondremos al tanto de todo esto.

—No, Edric. Ese hombre puede atacar a nuestro hijo. Si Nicolás, descubre que ha estado aquí y que ha intentado matarme, lo va a buscar y no quiero pensar lo que puede ocurrir.

—Pero, querida, nuestro hijo se propuso hallar las respuestas a todo lo que ocurrió y él mismo se pondrá en peligro, ¿no lo entiendes? Nosotros tendremos que protegerlo, no voy a dejar a mi hijo solo. No querrá saber nada de nosotros cuando sepa lo que hicimos.

—No quiero pensar en eso ahora. Prométeme que no le dirás nada, Edric.

—No sé cómo consigues hacer siempre lo que quieres, Victoria, pero créeme... Te estás equivocando.

—Señora, su esposo tiene razón. Debería hablarle claro a Nicolás. Todo este asunto puede traer aún muchas consecuencias dolorosas y su hijo puede sufrir.

—Ambrosina, ¿a qué se refiere con que mis padres tienen que hablarme claro?

—Hola, hijo, ¿cómo fue tu paseo por el lago? ¿Conseguiste avanzar mucho tu libro?

—Madre, no cambie de tema. ¿A qué se estaba refiriendo Ambrosina?

—A nada en particular, hijo, de veras. Nada importante.

—¿Sabes, madre? Estoy cansado de que me toméis por un tarado. Algún día lo descubriré todo y espero que vosotros no tengáis nada que ver, porque no os lo perdonaría.

Nicolás se marchó enojado bajo la vista de sus padres y Ambrosina, que se asombraron por la

reacción del joven, aunque sabían que llevaban razón.

## b

Amadeus llegó su casa, dolorido, y herido por los golpes recibidos. Lucrezia, al verlo, le preguntó dónde se había metido para llegar en ese estado.

—No me ocurre nada, así que no me preguntes más porque no te responderé. Sírveme una copa.

—Sírvetela tú, yo no soy tu sirvienta.

—Cómo has cambiado, Lucrezia... Antes no me discutías y hacías todo lo que te ordenaba.

—Menos mal que reaccioné, sino seguiría siendo tu esclava. Se acabó. Ojalá la vida te haga ver todo el daño que has hecho, a mí y a todo el que estuvo a tu alrededor.

—¡Qué sandeces dices, mujer!

Lucrezia lo miró con desprecio y se marchó del salón, dejándolo solo y herido.

—¡Una copa! ¿Quién me sirve una copa?

Pero nadie acudió, tuvo que levantarse él mismo. Bebió hasta emborracharse y quedarse dormido en el sillón.

# Capítulo 16

**N**icolás recibió una nota que ya esperaba de Barnabás, donde le indicaba el día que se iba a celebrar la caza con los perros. Se dirigió a las cuadras para informar a los cuidadores de que preparasen a Galán para la carrera. A su vez, los señores Edric y Amadeus también recibieron dicha nota. Este último encantado, porque así podía tener la oportunidad de hacer daño a Nicolás, que era lo que más deseaba en estos momentos.

En la mansión de los Bradley, Nicolás le comenta a su padre:

—Padre, buenos días, ¿recibió usted la invitación del señor Barnabás Beckett para asistir a la caza con perros.?

—Sí, hijo, aunque si confieso la verdad, no tengo intención de ir sabiendo que también asistirá el señor Amadeus. No es alguien de mi agrado.

—Yo le pediría que me acompañara, padre. No desearía ir solo, me ocurre lo mismo que a usted, ni el señor Barnabás, ni el señor Amadeus son personas afables y no me agrada su compañía. Realmente voy a acudir a la cita por no hacerles un desprecio.

—Está bien, hijo, en ese caso te acompañaré.

—Se lo agradezco mucho, padre. Váyase a preparar su caballo, sabe que eso no es cuestión de horas.

—Buenos días, madre, ¿cómo se encuentra hoy? —preguntó Nicolás justo cuando Victoria entraba por el salón.

—Bien, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque anoche tenía usted un color en el rostro muy pálido y me quedé preocupado.

—Despreocúpate, hijo, pues nada me ocurre. ¿De qué hablabais tu padre y tú?

—Hemos recibido una nota del señor Barnabás Beckett, donde nos invita a pasar un día en su mansión. Va a organizar una caza con perros y le comenté a mi padre que deseaba que me acompañara.

—No me agrada esa invitación, hijo.

—A mí tampoco, madre, pero voy asistir por cumplir. A mi padre tampoco le agrada ir porque también estará el señor Amadeus.

—No me gusta ese señor, hijo, no vayas, por favor. Tengo un mal presentimiento... —Gesticuló preocupada.

—Pero, madre, ¿qué le ocurre?



—Hijo no sabes adónde puede llegar la maldad de ese hombre. No vayas, por favor...

—Tranquila, madre. Ya le he dicho que voy a ir. No me ocurrirá nada.

Victoria intuía que algo no iba bien, temía por la vida de su hijo. Estaba algo más tranquila porque lo acompañaría su padre, pero, aun así, una inquietud enorme se apoderaba de ella.

Pasaron unos días hasta que llegó la fecha del evento. Nicolás y Edric prepararon sus caballos para ir a la mansión de Barnabás Beckett. Una vez allí, llevaron sus caballos a las cuadras para alimentarlos antes de salir a la caza mientras que ellos se dirigían al jardín, donde les esperaban algunos amigos del anfitrión con una degustación de tapas y bebidas. El señor Barnabás, les presentó a personajes de gran reputación hasta que Amadeus apareció.

—Buenos días a todos, ¿qué tal estáis?

Los invitados le saludaron, unos agradablemente y otros con desagrado, pues la presencia de Amadeus no satisfacía a algunas personas por su carácter frío, molesto e irritante.

Todos conversaron encantados. El sol iluminaba la mansión y el jardín con una luz especial. Nicolás parecía estar bien, pero Edric no dejaba de observar de lejos a Amadeus, no se fiaba de él, ni un pelo.

Barnabás dio la noticia de que ya era la hora de la caza y que cada uno fuese a por su caballo y se preparasen para salir. Galán lucía precioso y Nicolás estaba muy orgulloso de poder presumir de él. Barnabás lo miraba con cierta envidia mientras que Amadeus lo hacía con cierto odio.

La caza ya había comenzado para todos, excepto para Nicolás, que corría a la vez que ellos, pero sin matar a ningún animal. Estaba en contra de cometer aquel crimen por placer.

—¿Cómo va la caza, señor Bradley? —preguntó Barnabás.

—Bien, señor Beckett

—No he visto que usted haya disparado aún a ningún animal. ¿No vio ninguno?

—No, señor, aún no —disimuló.

Edric no dejó de seguir a Amadeus, no se fiaba nada de él, y temía que le hiciese algún daño a su hijo por todo lo que sabía. No obstante, se olvidó de un detalle, y es que otro de sus peores enemigos era Barnabás.

Barnabás se alejó un poco del grupo para realizar su plan. Se escondió y se dispuso a disparar a un animal. Todo a su alrededor estaba en silencio: Galán, con Nicolás sobre él. Sin ningún escrúpulo, le dio dos disparos al caballo, que relinchó de dolor, echándose hacia atrás, provocando que Nicolás cayese de espaldas al suelo, quedando inconsciente.

Al escuchar los disparos, todos acudieron a buscar de dónde provenían, ya que habían sido demasiados. Mientras tanto, Galán y Nicolás se encontraban en el suelo, sobre un charco de sangre del animal. Las hojas de los árboles caían lentamente encima de ambos, cubriendo el rostro de Nicolás. Ahí fue cuando recordó las palabras que le dijo Daniela en una ocasión... *Cuando las hojas caigan de los árboles... Observa a los árboles...* Daniela le tendió la mano a Nicolás, y le dijo: *hijo mío, ven conmigo, ya es la hora.*

—No, no quiero irme, ¿por qué quieres llevarme contigo?

—Porque eres mi hijo...

—No puedo ser tu hijo. Mis padres son Edric y Victoria. Yo te ayudaré a buscar al tuyo, pero yo, no lo soy...

—Eres mi hijo, Nicolás, debes venir conmigo ahora. Te estuve esperando mucho tiempo, acompáñame. —lloraba Daniela.

—No llores, Daniela, yo te ayudaré, te lo prometo. Buscaré a tu hijo...

Pero Daniela tiró de las manos de Nicolás a pesar de que se resistía con todas sus fuerzas. Una energía enorme se apoderó de él, conduciéndolo hacia la luz, pero apareció Valentina para hablar con Daniela diciéndole:

—No es su hora, Daniela, déjalo, por favor. Volverá cuando sea el momento.

Daniela se fue llorando, muy triste por no poder llevarse a su hijo con ella y Nicolás despertó. Su padre lo llamaba una y otra vez.

—¡Hijo mío, Nicolás! ¡Nicolás!

—¿Qué ha ocurrido? ¡Galán! ¿De dónde viene toda esta sangre?

Entre los invitados se hallaba un doctor que se acercó rápidamente para atenderlos. Informó que la sangre provenía del caballo y no de Nicolás, pero que igualmente los dos debían ser atendidos urgentemente. Había que transportar a Galán a las cuadras para que un veterinario pudiese parar esa hemorragia. Nicolás, por otro lado, iría a la mansión.

—¡Galán! —lloraba desconsoladamente Nicolás—. ¡Galán! ¿Quién te hizo esto? Oh, señor, mi caballo precioso... ¿Quién ha podido hacerle algo así a mi pobre caballo? ¿Qué daño hizo mi Galán? Como encuentre al miserable que le hizo esto a mi caballo lo mato. Espero que mi Galán no se muera porque te buscaré y acabaré contigo, ¿me oyes? Un tiro puede ser una equivocación, pero dos no. ¡Alguien quiso matar a mi caballo! ¡Que alguien lo atienda!

Los cuidadores llegaron rápido y atendieron a Galán mientras intentaban elevar a Nicolás del suelo; el golpe en la espalda había sido muy fuerte y sentía un dolor terrible.

—Vamos a trasladar a Nicolás a la mansión —ordenó Barnabás.

—No, no dejaré a mi caballo aquí.

—Tú caballo está al borde de la muerte, no podemos hacer nada por él.

—¿Y tú qué sabes, desgraciado? ¿Dónde estabas tú, que apareciste ahora? No estabas aquí hace un momento.

—¿Cómo que no estaba aquí? Tú estabas inconsciente y no pudiste saber quién o no se encontraba entre los invitados.

—¡Tú no estabas aquí! —gritó desesperado Nicolás.

—Bueno, ¿qué más da lo que tu pienses? El caso es que te estoy ofreciendo la oportunidad de poder descansar en mi casa y tú las estas despreciando.

—Exactamente, no quiero entrar en tu casa. Padre, busca un cochero para que nos marchemos a la nuestra y un carro donde podamos trasladar a Galán. Espero que tus cuidadores nos lo proporcionen para su traslado, ¿no, Barnabás?

—Sí, por supuesto. Ahora mismo lo preparan y lo llevaran a tu mansión.

Barnabás no tuvo más remedio que ser amable ante los ojos de sus invitados y ordenó el traslado inmediato de Galán a la mansión de los Bradley. Las personas de allí no salían de su asombro ante tal extraño suceso. Salieron desconcertados y Barnabás orgulloso de haber herido de gravedad a Galán, se había vengado de él por haberle querido quitar a Catherin. Le había dado donde más le dolía: su querido caballo. Una vez solo, se dirigió a la sala y se echó una copa, haciendo un brindis, por su victoria.

## b

Los Bradley estaban a punto de llegar a la mansión. Nicolás casi no podía mover su espalda, pero su preocupación por Galán era más grande que todo el dolor que pudiese sentir. Cuando llegaron a las cuadras, bajaron al caballo y comenzaron a examinarlo para poder extraer las balas.

El cuidador le comentó a Nicolás que estaba muy grave y que los más probable era que pudiese morir; había perdido mucha sangre.

—Por favor, le pago lo que sea, pero salve a mi caballo. No podría ver cómo muere delante de mis ojos sin poder hacer nada al respecto. ¿Qué podemos hacer?

—Voy a operarle, solo podremos esperar hasta que amanezca y ver el resultado.

Nicolás, devastado, decidió acudir a la iglesia para obtener un poco de paz y tranquilidad. A pesar de que para otros podría ser un simple animal, para Nicolás había sido su mejor amigo desde bien pequeño.

—Señor, por favor. No deje que mi Galán se muera. Apiadase de su vida y déjelo conmigo unos años más. Me muero de la pena solo de pensar que se vaya al cielo de esta manera tan horrible. Sé que han intentado matarlo y solo de pensarlo me dan ganas de hacer lo mismo con el que lo hizo —suplicaba ante la figura de Jesucristo.

Un olor a rosas, invadió todo su alrededor, acompañado de una brisa suave fría.

—Daniela, ¿eres tú? Ayúdame tú también a salvarlo, por favor.

El joven se recostó en uno de los bancos de la iglesia; los calmantes que el doctor le dio le estaban haciendo su efecto y se estaba quedando dormido.

## b

Mientras atendían a Galán, Edric fue a la mansión para explicarle a Victoria todo lo que había ocurrido. Casi sin aliento por lo sucedido, desde las cuadras de la mansión, le cuenta:

—Le han hecho daño a Galán y Nicolás también ha resultado herido.

—¿Cómo? ¿Dónde está mi hijo? ¡Llévame con él!

—Tranquila, que él está bien, es Galán quién se muere. Le dieron dos disparos y está gravemente herido.

—Pero ¿cómo ha sido eso? Por favor, explícate y llévame con Nicolás

—Vamos a las cuadras y por el camino te explico todo.

Por el camino, Edric aclaró:

—Todos estábamos repartidos por el bosque cazando cuando, de repente, escuchamos dos tiros y el relinchar de un caballo. Corrimos para ver de dónde provenían y vimos a Galán y a Nicolás sobre un charco de sangre. Yo me bajé y creí morir hasta llegar a nuestro hijo y ver que no era su sangre la que había en el suelo. Lo que ocurrió fue que, al disparar al caballo, este se echó hacia atrás y Nicolás cayó al suelo y, del golpe, perdió la conciencia.

—¿Y ahora dónde está?

—Fue a la iglesia a rezar por su caballo.

Victoria no lo dudó y fue directamente al lugar en el que se encontraba su hijo. Estaba allí, viéndolo dormido sobre un banco. Lo llamaba, pero Nicolás no despertó hasta que su madre le golpeó un par de veces en la cara.

—Madre, ayúdeme a incorporarme.

—Claro, hijo, déjate caer en mí. Necesitas descansar, deberíamos ir a la casa...

—No puedo, madre, no podría descansar sabiendo que Galán se debate entre la vida y la muerte. Ayúdeme a llegar a las cuadras, para estar con él.

Gracias a su madre, el joven llegó a las cuadras y se sentó junto al Galán, acariciando su cabello y besándolo en la cabeza.

—Galán, sé que, de alguna manera, me estás escuchando y quiero decirte que te necesito.

Llevamos juntos muchos años y no quiero vivir sin ti. Eres el hermano que nunca tuve, mi amigo, al que acudo a hablarle cuando me siento triste. Tú siempre estás ahí para oírme y dejarme que te dé mi amor. No me dejes, Galán, aquí me quedaré toda la noche hasta que tus ojos vean mañana la luz del sol. Te quiero, Galán.

Edric y Victoria se marcharon y dejaron a su hijo junto a su caballo, con una pena enorme en el corazón. Quería pasar la noche junto a su compañero, quedándose dormido en su regazo.

A la mañana siguiente, Nicolás sintió que alguien lo movía y abrió sus ojos. Era Galán, que se estaba despertando.

—¡Galán! ¡Ay, mi caballo precioso! ¿Cómo estás?

El joven le dio besos por todo su rostro mientras le mostraba su amor. Y acto seguido, llamó a Cyrilo para que viniese a examinarlo.

Galán estaba muy muy grave anoche y nadie pensaba que se iba a recuperar, por lo que el cuidador debía examinarlo de nuevo, llegando a la conclusión de que se recuperaría muy pronto a pesar de la pérdida de tanta sangre. Era un caballo fuerte con ganas de vivir.

—Cuánto le agradezco lo que ha hecho por él, jamás lo olvidaré y le estaré eternamente agradecido.

—No tiene que dárme las, señor. Y ahora, le aconsejo que vaya a descansar. Galán estará bien, ya ha pasado el peligro.

El joven llegó a la mansión minutos más tarde y su madre lo acompañó a su habitación. Lo acostó en la cama y lo dejó descansar, había sido un día y una noche que parecían no tener final.

# Capítulo 17

**A** pesar que ya habían pasado unos días, Barnabás no cesaba en la idea de vengarse de Nicolás. Hasta que no acabase con él, su matrimonio con Catherin estaría en peligro. Decidió organizar una fiesta de disfraces en su mansión e invitar a los vecinos del lugar. Se le estaban acabando las opciones para poder acabar con todo.

Los Bradley recibieron la invitación, pero decidieron no ir después de lo ocurrido con Galán. No querían volver a ver a Barnabás, pero Nicolás recibió a su vez una nota de la señorita Catherin, que estaba ajena a todo lo que les había sucedido, preguntándole si iba a acudir a la fiesta, pues deseaba verlo. El joven no quería darle una negativa a su amada y decidió ir en compañía de sus padres. Victoria no volverá a dejar solo a su hijo.

La noticia llegó también al burdel y, como no, a los oídos de Esmeralda que, casualmente, estaba pasando unos días allí con madame Minerva mientras su prometido atendía unos negocios fuera de la ciudad. A Esmeralda se le ocurrió la brillante idea de presentarse allí disfrazada, ya que Barnabás no se había preocupado de ella después de dejarla tirada en aquel tren. Sin embargo, a madame Minerva le pareció muy mala idea que se presentase allí después de lo que le hizo el malvado de Barnabás.

—¿No te basto con el daño que te hizo, Esmeralda? Casi te mata, hija mía...

—Iré disfrazada y, cuando menos lo espere, delante de su prometida, me quitaré la máscara para ver cómo reacciona. Diré quién soy y que traigo un hijo suyo; lo avergonzaré delante de todos. Es lo que se merece, que le den la espalda por su crueldad.

Llegó el día tan esperado por todos, una fiesta de disfraces era un evento que en aquellos tiempos divertía muchísimo, por lo que estaban ansiosos por asistir.

Los invitados comenzaron a llegar vestidos con trajes maravillosamente escogidos para la ocasión, cuidadosamente elaborados, que representaban personajes reales y ficticios, y ocultaban su identidad bajo máscaras. El anfitrión, en este caso el señor Barnabás, los esperaba elegantemente disfrazado.

El salón estaba exquisitamente decorado en tonos azules y plata. Las mesas colmadas de magníficos tentempiés y una agradable música que hacía que el lugar fuera totalmente acogedor. También acudieron a la celebración grupos de actores contratados por Barnabás que interpretaron pequeñas obras de teatro. Estaban curiosamente protegidos por esas máscaras de estilo veneciano y pelucas confeccionadas con pelo natural y plumas exóticas.

La familia Bradley llegó a la mansión elegantemente disfrazados y entraron en el salón justo después. El joven buscaba a su amada entre la multitud, pero sin hallarla; Catherin aún no había llegado y él la esperaba ansioso. Barnabás se acercó a ellos, dándoles la bienvenida y diciéndoles que se sintiesen como en su propia casa

Seguidamente, llegaron los Adamson y por fin Catherin entró por las puertas del salón. Se había puesto bellísima, llevaba un traje de color rojo con pasamanerías de color dorado, mangas de encaje a juego con unos guantes transparentes. Su máscara, también roja y decorada con plumas y encajes, cubría sus preciosos ojos azules, y su pelo dorado y rizado quedaba perfectamente peinado, cayéndole por los hombros y espalda. Catherin desprendía una belleza difícilmente de ocultar, pues los que la conocían, sabían que era ella.

Cuando Nicolás y Barnabás la vieron llegar, alucinaron con su belleza. Los dos jóvenes sintieron que su corazón se les salía del pecho, uno por amor y otro por intereses que nada tenían nada que ver con los sentimientos. Nicolás se dirigió a ella inmediatamente para saludarla y pedirle el próximo baile, pero Barnabás los había identificado de inmediato y, como no, fue rápidamente a chafarles el plan.

—Hola, señorita Catherin, está usted bellísima...

—Muchas gracias, señor Nicolás, ¿cómo ha podido usted identificarme entre tanta muchedumbre?

—Pues porque su belleza no es comparable con ninguna.

—Oh, señor, me adula usted con sus palabras... —se sonrojó.

—Bueno, basta ya de memeces —sermoneó Amadeus—. Un respeto, señor Nicolás. Mi hija está comprometida formalmente y no debe usted proceder así —sermoneó, como siempre.

—Disculpe, señor, pero creo que es ella quien debe decidir con quien debe unirse en matrimonio.

—Pero, ¿cómo se atreve?

—No tengo nada más que conversar con usted. Señorita Catherin —Cogió su mano y la besó—, nos vemos en un rato, voy a ver a mis padres y a tomar algo.

—Hola querida, estás bellísima... —saludó Barnabás cual buitre en busca de su presa.

—Gracias, señor.

—¿Me concedes el próximo baile?

—No, aún no deseo bailar.

—Pero si hace unos minutos te apetecía, se lo has dicho al señor Nicolás —inquirió su padre.

—Pues ahora no me apetece, gracias señor Barnabás.

Una mujer aparentemente bellísima con un vestido de color esmeralda fue el centro de todas las miradas. Su vestido estaba confeccionado con telas de organza y seda, llevando los hombros al descubierto y mangas de gasa verde con pasamanerías de color negro, del mismo color que su máscara. «¿Quién era aquella mujer?».

Barnabás se acercó a ella para ofrecerle paso y sus atenciones. Esmeralda inclinó su cabeza sin decir palabra, temía que la descubrieran y se le chafase el plan. Estaba dispuesta a ajustar cuentas con él y darle de beber de su propia medicina.

La joven se encontraba algo incomoda, el traje era demasiado estrecho para su estado de embarazo, pero aún debía aguantar un poco más antes de hacer lo que tenía planeado.

—¿Me concede este baile señorita..., ¿cómo se llame usted?

Esmeralda aceptó con la cabeza y le ofreció su mano. Barnabás las miró atentamente; les resultaban conocidas, pero no iba a comentar nada, porque no sabía con exactitud quién era.

En la fiesta todos bailaban y reían y el ambiente era muy agradable. En un rincón de la sala, Nicolás y Catherin conversaban sobre su amor, mientras sus cómplices, las señoras Victoria y Lucrezia, cuidaban a los enamorados para que nadie los interrumpiese, no tenían manera de verse, puesto que siempre parecía que había alguien que los vigilaba.

—Nicolás, me siento cansada de seguir esta farsa. Yo lo amo y estoy agotada de aguantar la presión de mi padre, recordándome cada día mi matrimonio con Barnabás. Deseo permanecer a su lado siempre. ¿Por qué es tan dura la vida? —sollozó—. Es tan difícil estar al lado de la persona que amas...

—Vamos ser felices, Catherin...

Los dos salieron del salón bajo las miradas de sus madres, que sonreían a la vez que ellos, cómplices de lo que iban a hacer.

—Vamos a tumbarnos aquí, Catherin, hace una noche preciosa...

—Me siento en el cielo cuando estoy a tu lado, mi amor...

—¡Me has dicho mi amor! Qué feliz me hace oír esa palabra saliendo de tus labios. No sabes cuánto te amo, Catherin, y qué miedo tengo a perderte...

Catherin miraba fijamente a Nicolás para, posteriormente, fundirse en un beso dulce y delicado bajo la luz de la luna y las estrellas. Se encontraban en un lugar rodeados de flores, protegidos de todas las miradas; sus cuerpos les pedían convertirse en uno solo. Sabían que era algo que no estaba bien, pero ese beso los estaba llevando a la locura.

No lo pensaron mucho, Nicolás desabrochó de uno en uno los botones del vestido de su amada con toda la delicadeza del mundo y ella comenzó a hacer lo mismo con los botones de la camisa. Sus manos temblaban, tenía frente a ella a su amado, al que deseaba con todas sus fuerzas. Comenzaron a besarse por el cuello, ninguno tenía experiencia, pero su amor era tan grande, que sus manos, su boca y sus cuerpos actuaron como si lo hubiesen hecho siempre.

El amor no se enseñaba, salía del alma. Nicolás se colocó encima de Catherin, diciéndole que estuviera tranquila, que no le haría daño. Era la primera vez de ambos y estaba dispuesto a tratarla como la princesa que era. Posteriormente, subió su falda, bajó sus pantalones y sus cuerpos comenzaron a tener contacto, con un deseo incontrolable. Llegó el momento más deseado para ambos, al a par que el más temido: la penetración.

Nicolás lo hizo de manera tierna y suave. Estaban viviendo un sueño, gemían de placer hasta que llegaron al éxtasis.

—¿Cómo pueden sentirse tantas cosas a la vez? Cuánto amor..., es increíble lo que acabo de sentir, Nicolás...

—Eres la mujer más maravillosa del mundo. Nunca había hecho el amor. Me has hecho subir a las estrellas, mi amor, cuánto te amo... Te amaré toda la vida y jamás te abandonaré.

Llegó el momento de marcharse, pero ninguno deseaba abandonar el lugar donde se encontraban. En la fiesta los esperaban y había la posibilidad de que alguien hubiese salido a buscarlos y pudiesen estropear ese momento tan especial que acababan de vivir. Se vistieron y volvieron a la fiesta.

Al entrar en el salón, sus respectivas madres, que aún seguían dónde las dejaron, al verlos, se miraron y supieron enseguida lo que había ocurrido. Barnabás gritó anunciando que tenía una noticia muy importante que dar y chocó las palmas de sus manos para llamar la atención de todos los invitados.

—Por favor, ¿dónde está la señorita Catherin? —Catherin se escondió entre los invitados, pero su padre la encontró y la sacó del brazo, llevándola hasta Barnabás.

Catherin miraba a todas partes, asustada, sin saber qué decir ni qué iba a pasar.

—Esta noche, aquí delante de los presentes, me arrodillo ante usted para pedirle formalmente en matrimonio.

Abrió la caja y enseñó el anillo. Barnabás pensó en hacerlo de esta manera, para que así ella no pudiese decirle que no.

—¿No vas a responder? —insistió Barnabás.

Catherin miró a Nicolás con gran tristeza. Victoria y Lucrezia sabían qué era lo que estaban planeando Barnabás y Amadeus para salirse con la suya.

—Jamás me casare contigo, ¡nunca! No estoy enamorada de ti, nunca lo estuve, ni lo estaré. Mi corazón es de otro hombre, de Nicolás Bradley —confesó de manera valiente ante el asombro de los asistentes—, él es el amor de mi vida y ni tú, ni mi padre con sus continuas insistencias y amenazas, ni nadie, conseguiréis que me case, ¿me ha entendido usted bien, señor Barnabás Beckett?

—¿Cómo te atreves a rechazar a un señor como Barnabás tan...?

—¿Tan que, señor? —Apareció Esmeralda, en medio de la sala quitándose la máscara bajo el asombro de todos.

Un silencio invadió el salón y Barnabás se quedó mudo sin saber qué decir. Nadie sabía quién era esa joven ni qué pretendía.

—Es el ser más cruel de la tierra —comenzó a decir Esmeralda—. Lo conozco desde hace varios meses. Yo soy la hija adoptiva de madame Minerva, la dueña del burdel de *Oxford Street*, aunque no trabajo allí. Perdí mi dignidad con él, le di lo más íntimo que posee una mujer y el me arrebató todo. Hace unos meses que le anuncié que esperaba un hijo suyo y me dijo que no lo quería y que debía perderlo. —Todos los presentes miraban embobados a Esmeralda, prestando especial atención a todo lo que contaba—. Como no acepté, se las ingenió para trazar un plan: llevarme a dar un paseo en tren para darme un somnífero. Aproveché mi estado para tirarme desde la puerta del tren hacia abajo y dejarme tirada en el primer pueblo que paramos. Y así sucedió, me tiró sin escrúpulos, dejándome a mi suerte con su hijo en mi vientre, sin importarle lo que nos pudiera suceder.

—Esta mujer es una farsante, es una vulgar prostituta que quiere manchar mi nombre —contradijo Barnabás.

—Cállate, que aún no he terminado. Todos vais a saber hoy quién es Barnabás Beckett.

Barnabás no sabía cómo callar a Esmeralda, y decidió agarrarla del brazo para sacarla de allí.

—Suéltame, ni se te ocurra volver a ponerme una mano encima jamás. Este señor...

—No me faltes el respeto, mujerzuela.

—El respeto te lo faltaste tú cuando intentaste matar a tu hijo y a mí y ahora voy a seguir contando lo que me sucedió.

Esmeralda relató con pelos y señales todo lo que la vida le había cambiado durante todo este tiempo.

—Te amé muchísimo, señor Barnabás Beckett, hasta el borde de la locura, pero es tanta tu maldad que no quiero volver a verte en mi vida. Antes de perderte de vista quise venir a que todos supieran quién eres en realidad.

—Muy bien. —Aplaudió—. El espectáculo ha terminado, que suene la música..., ahora, fuera de aquí.

La volvió a coger del brazo e hizo cómo que la sacaba de la casa, pero, en realidad, cuando llegó a la altura de las escaleras, le tapó la boca, y la bajó al sótano en el que tenía metido a su



hermano Ulric. Abrió la puerta y, de un empujón, la tiró dentro, dejándolos ahí encerrados. Gritaban, pero nadie los podía oír.

—¡Sácame de aquí, malvado sinvergüenza! Sácame de aquí, por favor —lloraba a la par que golpeaba la puerta con ganas para intentar salir de allí.

Era tal la concentración que tenía por salir de allí, que no se había percatado de que había alguien más en aquella especie de habitación.

—¿Quién eres? ¿Y qué haces aquí, así atado? Por Dios...

Esmeralda lo desató, pero a Ulric le faltaban fuerzas para hablar, hacía mucho que no se alimentaba.

—Soy el hermano de Barnabás...

—¿Su hermano? ¿Y qué haces aquí encerrado y maniatado?

—Llevo encerrado casi toda mi vida. Mis padres me encerraron cuando era muy joven por un accidente que cometí y al morir, le hicieron prometer a mi hermano que me mantuviera aquí siempre porque pensaban que yo era un peligro para la sociedad, y mi hermano está cumpliendo su promesa.

—Pero... ¿A qué accidente te refieres?

—Creo recordar que hace años, iba dando un paseo por el bosque cuando un aire enorme, como un vendaval, se levantó. Hacía mucho frío. Yo venía camino a casa y me encontré a una niña perdida buscando a su perrito, se le había escapado y al verla solita, la quise ayudar abrigándola contra mi pecho. De repente, dejó de respirar y ya no se movía. Yo la dejé en el suelo y salí corriendo. Cuando llegué aquí, se lo conté a mis padres y no me han dejado salir desde entonces. Los sirvientes me han intentado sacar de aquí, pero Barnabás nos descubrió mientras escapábamos y me volvió a encerrar. Esta vez me ató y castigó sin comer. Él dice que soy una carga y solo quiere que me muera para quedarse libre sin mí.

—Pero, ¿cómo se puede ser tan cruel? Yo te prometo que te sacaré de aquí. No permitiré que pases más tiempo aquí como si fueras un loco.

—No podrás, joven. Es cierto que estoy enfermo, una enfermedad de la mente, retrasado o lento como decían, pero no soy malo, nunca haría daño a nadie.

—Claro que no. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Ulric, ¿y tú?

—Mi nombre es Esmeralda.

—¿Y por qué estás aquí, Esmeralda?

—Es una larga historia, no te preocupes. Tenemos que pensar en cómo salir de aquí antes de que decida matarnos a los dos.

Arriba, en la fiesta, todo el mundo estaba desconcertado y no sabían si marcharse o quedarse. Todos hablaban, murmuraban y cuchicheaban mientras miraban a Barnabás. La única que estaba realmente feliz, sorprendida y aliviada porque ya no tendría que casarse con Barnabás era la señorita Catherin.

—Espero que tu insistencia cese después de lo ocurrido hoy aquí, porque jamás me volverás a obligar a casarme con este depravado —amenazó Catherin a su padre.

Nicolás acudió al encuentro de Catherin, llevándosela de donde se encontraba junto a su padre.

—Vamos, Catherin, creo que las palabras están de más.

Barnabás se dirigió a Amadeus, y le preguntó si seguía en pie la propuesta de matrimonio hacia su hija, a lo que este respondió:

—¿No estas oyendo a los invitados? —Y se marchó dejándolo con la palabra en la boca.

## b

En el sótano, Esmeralda no dejaba de gritar pidiendo auxilio. Entre tanto ruido, creyó escuchar unos pasos que se acercaban y dejó de gritar por miedo a que fuese Barnabás. Efectivamente, así era, había bajado un momento para ordenar a Esmeralda que se callase con el objetivo de que nadie la escuchase. Al oír silencio, cogió la llave y abrió la puerta, pero al entrar, Esmeralda, que estaba justo detrás del portón, le propinó un golpe en la cabeza con un hierro que había en una de las esquinas del zulo, dejándolo tirado en el suelo. Aprovechó para quitarle las llaves e intentó sacar a Ulric arrastrándolo de una pierna, pero Barnabás se cogió a ella.

—Corre, Ulric, ¡dale una patada!

Pero Barnabás le había agarrado y no había manera de que lo soltara. A pesar de que estaba mareado del golpe, atinaba para no desprenderse de su hermano. Pero Ulric volvió a coger el hierro que tenía Esmeralda y le dio hasta tres golpes con la intención de dejarlo inconsciente. Esmeralda cerró la puerta con llave y subieron las escaleras llegando al salón pidiendo ayuda, siendo el centro de miradas.

Los invitados, que ya se marchaban del lugar, no dejaban de salir de su asombro y ahora con la joven acompañada de un señor, pidiendo ser socorridos aumentaban los cuchicheos. Ximena, al ver lo que estaba ocurriendo, acudió a Ulric directamente y le preguntó:

—Pero ¿qué hacéis juntos? ¿Como has conseguido salir de allí, Ulric?

—Esmeralda me ha ayudado, Ximena, ella es muy buena.

—Bueno, tranquilo que ya estás a salvo, y nunca más volverás a estar encerrado en ese lugar. Te llevaremos a un lugar seguro.

Las personas que allí se encontraban comenzaron a murmurar y preguntar quién era ese señor. Conversaron cada vez más alto hasta que Ulric gritó:

—Yo no la maté..., se murió ella sola..., dejó de respirar y se murió.

—¿De quién está hablando? ¿A quién dice que no mató!?

—No le haga caso, señor, está enfermo y no sabe lo que habla a veces...

—Sí se de lo que hablo... —vociferó Ulric y, acto seguido, procedió a contar todo lo que había sucedido aquella noche en el bosque.

Victoria y Edric no podían creer lo que estaban oyendo y esta terminó corriendo hacia él.

—¡Tú mataste a mi pequeña! ¡Tú la mataste, asesino!

—Señora, fue un accidente, ¿no lo acaba de oír usted? Él solo intentó protegerla del frío... — lo defendió Ximena.

Edric cogió a su mujer del suelo, muerta de dolor al saber qué le había ocurrido en realidad a su pequeña Valentina.

—Madre, ¿no ve usted que este señor está enfermo? Dejémoslo así y haga usted caso a mi padre. Marchémonos —indicó Nicolás.

Catherin se arrimó a Nicolás para darle su mano y a disculparse por lo que había ocurrido, mientras tanto, Ximena y Ulric continuaban con las preguntas.

—¿Dónde está tu hermano, Ulric?

—Encerrado. Espero que no salga de ahí nunca más —contestó Esmeralda.

—No se preocupe, que no saldrá —indicó Ximena, quien anunció a los invitados que la fiesta había acabado y que, por favor, abandonasen la mansión.

Todos salieron de allí despavoridos, sin saber qué decir ante tanta maldad. Esmeralda fue directamente al burdel ansiosa por contarle todo a madame Minerva. Estaba muy satisfecha; las cosas han sucedido, mejor de lo que ella pensaba.

Ximena hizo las maletas para llevarse a Ulric de allí inmediatamente, llevándose a todos los sirvientes con ella y dejando a Barnabás solo allí abajo.

Los Bradley llegaron a su casa, por fin sabían qué había ocurrido con su querida y pequeña hija. Y Amadeus, por otro lado, seguía en su cabezonería de no permitir el matrimonio de su hija con Nicolás a pesar de la negativa tanto de su hija, como de su esposa.

# Capítulo 18

**P**asaron varios días y Catherin le comunicó a su madre que le iba a enviar a Nicolás una nota informándole que deseaba verlo, lo echaba de menos.

—Claro que sí, hija, hazlo sin dudar. Siempre debes hacer lo que te dicte el corazón y más ahora, que ya no estás comprometida con Barnabás. ¡¡¡Qué hombre más horrendo, por Dios!!! Nunca lo hubiera imaginado...

—Le voy a escribir, madre.

Catherin se sentó frente a la ventana mirando a los jardines y cogió su pluma:

*Amado Nicolás,*

*No se imagina cuánto añoro su presencia. Mi piel aún recuerda sus manos en aquella noche bajo las estrellas, donde la luna observaba nuestro amor. Jamás imaginé ser tan feliz. Espero insistente el poder vernos pronto.*

*Catherin.*

—Buenos días, Octavius, ¿podría usted llevar esta nota a la mansión de los Bradley?

—Por supuesto, señorita Catherin, ahora mismo salgo.

Catherin se marchó, esperando una pronta respuesta de su amado, sin reparar en que su padre la observaba desde el jardín.

—¡Octavius! ¡Un momento!

—Dígame, señor Amadeus.

—Deme la nota que le acaba de dar mi hija,

—¿Cómo señor?

—¿No me ha oído? Le repito que me entregue usted la nota que le ha dado mi hija.

—¡Pero, señor!

—¡Deme la nota!

—Tome, tome —dijo temeroso Octavius.

—Ahora márchese. Espero que no diga ni una palabra de esto. Vuelva en la noche y cuando mi hija le pregunte por la nota, le dice que el señor Nicolás no le ha entregado nada.

—Pero yo no quisiera mentir, señor.

—Usted hará lo que yo le diga.

Amadeus fue a su despacho y escondió la nota en un cajón, bajo llave. Mientras tanto, Catherin, esperaba ansiosa, pero no veía llegar a Octavius.

—Madre, ¿ha visto usted llegar a Octavius?

—No, hija, no lo vi llegar. ¿Qué te ocurre?

—Hace rato que se marchó a llevarle a Nicolás una nota y no ha vuelto. Me parece muy extraño, normalmente no tarda en volver cuando las envío.

—No te apures, hija, que estará al llegar...

Catherin se encaminó hacia el jardín a esperar sentada a Octavius en un banco. La tarde y la noche cayeron y Octavius no llegaba. Cansada de esperar, entró en su casa sin entender lo que ocurría.

—Hija, ¿qué haces ahí fuera a estas horas?

—Estuve esperando a Octavius, pero no ha venido, madre, es algo muy raro...

—Espera un momento, estoy oyendo el carruaje...

—¿Sí? Voy a bajar, madre. Traerá la nota de Nicolás ¡Octavius!

—Dígame, señorita Catherin —contestó justo cuando acababa de llegar.

—¿Y mi nota? —Catherin lo miraba sorprendida.

—Señorita Catherin, el señor Nicolás no me entregó nada.

—No te entiendo, Octavius. ¿Le entrego la nota y él la leyó?

—Sí, señorita.

—¿Y no le dio una respuesta?

—No.

Catherin agachó su cabeza y se marchó hacia su habitación sin decir ninguna palabra. Su madre, que acudió a su encuentro, le preguntó:

—¡Hija! ¿Qué ha pasado?

Pero Catherin iba a su aposento, sin hablar.

—Pero, hija, ¿qué te pasa? Cuéntame. Me estás asustando...

En vista de los gritos de Lucrezia, Amadeus acudió para ver qué era lo que ocurría.

—No sé qué le ocurre a Catherin, Amadeus. Ha estado esperando a Octavius, que ha regresado sin ninguna respuesta de Nicolás. No sabemos qué ha podido ocurrir.

—Yo sí sé lo que ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Dinos que sabes ya, por favor, mira cómo esta tu hija!

—Nicolás se ha marchado de Londres. A su padre le han surgido unos asuntos de trabajo fuera de la ciudad, por lo que van a ausentarse por una larga temporada.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Amadeus?

Catherin no podía creer lo que estaba escuchando por lo que se desvaneció y cayó al suelo.

—Déjala, ya se le pasará.

—Pero qué frío y cruel eres. ¿No te das cuenta de que está sufriendo por amor? No, claro que no, tú no sabes lo que es eso... No sabes amar —lo miraba con desprecio.

—No voy a consentir que sean felices, jamás estarán juntos.

—¡Encima estarás feliz de que los Bradley se hayan marchado!

—Qué ilusa, Lucrezia. No se han marchado. Es una argucia para que Catherin olvide de una vez por todas a Nicolás. No voy a consentir que venga por aquí.

—Eres el ser más despreciable de la tierra junto a Barnabás, pero no te saldrás con la tuya, no dejaré que destruyas a mi hija.

Druzila y Dorinda acudieron rápidamente a la pelea de Lucrezia y Amadeus y vieron a

Catherin desatendida en el suelo, por lo que optaron por llamar al médico. Amadeus se marchó de allí sin ningún escrúpulo. Mientras que Dorinda acudía a comunicarse con el doctor, Lucrezia y Druzila acomodaron a Catherin sobre la cama, esperando a ver si hacía algún gesto, pero seguía sin dar señales.

—Señora Lucrezia, ¿me podría explicar qué ocurrió antes de que su hija sufriera este desmayo? —preguntó el médico en cuanto llegó a la mansión.

Lucrezia comentó que Catherin había permanecido toda la tarde hasta caer la noche sentada en un banco del jardín esperando a Octavius. Estaba esperando una respuesta de su amado Nicolás, que no había llegado. Subió desconsolada hasta aquí y mi esposo le dijo que la familia de su amado se había ido de Londres por una temporada.

El doctor asintió.

—Tiene un poco de fiebre, necesitare agua fría y algunos paños.

No obstante, el diagnóstico de Catherin no estaba claro. Nadie sabía qué era lo que le estaba pasando, pero al día siguiente tampoco despertó y no había ningún medicamento que pudiese paliar lo que tenía su hija, puesto que no sabían qué padecía.

—No puedes soportar que dos personas se amen. Por tu culpa y solo por tu culpa mi hija está inconsciente. No te voy a perdonar jamás. No tienes corazón —reprochó Lucrezia a Amadeus, que la miraba sonriente y despreocupado.

Amías no se separaba de la puerta de la habitación de Catherin, preguntándole al doctor a cada momento por el estado de salud de la joven. Lo único que podían hacer en aquellos momentos era rezar.

# Capítulo 19

Ajeno a todo, Nicolás se levantó de la cama muy afligido y apagado. Algo había en su alma que le transmitía una cierta inquietud. No era para menos, después de todas las experiencias tan horribles que había vivido últimamente. Fue hacia la ventana y miró fuera para observar el maravilloso paisaje que tenía delante; qué triste y desgraciada era su vida últimamente.

Amadeus no dejaba que él y Catherin se amasen como deseaban. En la mansión de Barnabás quisieron matar a su caballo, aunque afortunadamente se encontraba bien. Su hermana Valentina aún no halló el descanso eterno y Daniela buscaba a su hijo y a su asesino. Datos increíblemente interesantes, y dolorosos para su próxima novela.

Al ponerse la camisa, frente al espejo, se fijó detenidamente en una mancha que tenía en el hombro izquierdo y a la que nunca prestó atención, pensando que era una simple marca. Sin embargo, ese día decidió analizarla, aunque no podía verla bien, estaba algo más detrás del hombro. Pidió ayuda a Ambrosina, ya que a pesar que vociferaba el nombre de su madre, nadie venía.

—Desde que nací, tengo una mancha en el hombro izquierdo que no puedo distinguir. Nunca antes le habíamos prestado atención, ¿puede decirme lo que es?

—Es una libélula, señor. Cuando era más pequeño la imagen era más oscura, pero al crecer parece que se ha extendido y está más clara. Es muy difícil de distinguir...

Nicolás se quedó pensativo recordando las palabras de la señora Jones:

—*¿Por qué tenía su hija tantas libélulas en su habitación?*

—*Porque ella llevaba una en su hombro derecho, era una mancha de nacimiento. Adoraba a las libélulas, es más, decía que eran su amuleto de la suerte.*

—Qué extraño, Ambrosina. Los padres de Daniela me dijeron que ella tenía una marca de nacimiento en su hombro derecho con forma de libélula, y yo la tengo igual en el hombro izquierdo. Qué casualidad ¿verdad? Parece como si estuviésemos conectados...

—¿Cuándo conoció a los padres de la joven? ¿Por qué fuiste a verlos? —preguntó nerviosa.

—Porque quise investigar lo que le ocurrió, ella se merece descansar en paz.

—Nicolás, hijo, escucha una cosa. Haz lo que te dicte tu corazón, sigue tus instintos y hallarás las respuestas. Hazme caso, yo sé lo que te digo.

—¿Sabe usted algo que no me haya contado, Ambrosina?

—Solo puedo decirle que no abandone...

—No lo haré. Muy dentro de mi corazón siento que debo seguir y llegar al fondo de todo esto. Es un misterio del que me consta que más de uno sabe, pero que no quieren revelar para que yo precisamente lo descubra, pero daré con la verdad. Voy a vestirme y dar un paseo por la mansión, deseo estar tranquilo. Como siempre, muy agradecido por su ayuda.

Ambos se fundieron en un abrazo, habían congeniado muy bien.

—Nos vemos a la hora del almuerzo, por cierto, ¿qué hay de comer?

—Tubérculos y carne de res<sup>[3]</sup>, estofado de conejo y guarnición de verduras.

—¡Ya me está dando hambre y todavía no he desayunado!

Tras desayunar junto a sus padres, se despidió de ellos para dar un paseo. Lo primero que hizo fue visitar a su caballo que, afortunadamente, se encontraba sano y feliz, aunque debía descansar después de lo ocurrido. Después se dirigió a la iglesia para darle gracias al señor por haber escuchado sus súplicas y haber salvado a Galán. Se sentó frente a la figura de Jesucristo mientras observaba todos los detalles del templo y acto seguido encendió una vela por Valentina y Daniela.

Al acercarse hasta el lugar, pudo ver con claridad una puerta a la que nunca antes le había prestado atención. Con curiosidad entró, a pesar de que sabía que no debía haberlo hecho. Imaginó que sería el aposento dónde se cambiaba el sacerdote para dar las misas, pero pronto se dio cuenta de que no era así. Se trataba de un largo pasadizo con paredes de piedra por el que debía andar con un velón para poder ver. Aquel túnel debía tener alguna salida dado que había una corriente de aire que le movía su frondosa melena.

Nicolás siguió caminando, aquello parecía ser un laberinto con pasillos por todos lados. No dejaba de mirar hacia atrás para cerciorarse de que la tenía la salida cerca, pero su curiosidad lo hizo permanecer allí y seguir buscando algo interesante; era material para su novela.

Pareció ver un bulto extraño de tonos oscuros. Frotó sus ojos para ratificarlo, dado que la luz del velón ya lo estaba cegando un poco.

Un ataúd. Era un ataúd.

Su cuerpo se erizó, pero no tenía miedo. La curiosidad con la que investigada era cada vez más fuerte. Caminaba valeroso y decisivo para averiguar quién se encontraba allí dentro. Mientras se acercaba, iba pensando que el lugar no era el más idóneo para que un alma descansase. Un lugar frío y oscuro, tenebroso, cubierto de telarañas.

Miró hacia los lados en búsqueda de alguien, pero estaba solo. Se aseguró de que el ataúd no estaba cerrado y lo abrió decidido. No estaba bien aquello, no era algo de lo que pudiese sentirse orgulloso, la gente no iba profanando tumbas allá por dónde iba, pero una fuerza superior a él se lo ordenaba.

Allí descansaba el esqueleto de una joven, sabía su sexo porque estaba vestida con un vestido de encaje blanco, el mismo que llevaba Daniela cada vez que se le presentaba. La tez de su rostro había pasado a estar pálida. «Era Daniela, era Daniela... ¿Qué hacía Daniela allí?», pensó. Nicolás se arrodilló en el suelo, dejándose caer sobre él, desconcertado por lo que veían sus ojos. No sabía qué hacer, si marcharse, si llevarse el ataúd... ¿Qué hacía?

Pensaba, lloraba, sentía una angustia enorme que se apoderaba de su cuerpo. Quería marcharse de allí, pero no quería dejar sola a Daniela. Mucho tiempo se había llevado allí sola...

Comenzó a poner orden en su cabeza: el bebé de Daniela se lo llevó un matrimonio que lo acogió en su casa... La mancha del hombro... La familia había sufrido una pérdida... El reloj...

—¡Dios mío! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. Ese matrimonio son mis padres



¡Soy el hijo de Daniela! ¡Mi madre!

Daniela se apareció delante de Nicolás, tocándole la cabeza y haciendo que este la levantara.

—Madre, siento no haberme dado cuenta antes, cuánto tiempo llevas aquí esperando a que alguien te encuentre..., Buscando a tu hijo... Tardé dieciocho años en volver para poder encontrarte...

Daniela sonrió a su hijo y se inclinó para besarlo en la frente.

—Sal de aquí, Nicolás, yo te mostraré el camino. Tienes cosas pendientes que solucionar. No te preocupes por mí, aquí solo se haya mi cuerpo, mi mente y mi alma están siempre contigo.

—Volveré a buscarte, madre. Enterraré tu cuerpo donde tu deseabas y pronto saldrás de aquí. Vengaré tu muerte, Amadeus Adamson, no vivirá para contarlo.

## b

—¿Dónde están mis padres? —preguntó agitado Nicolás justo al llegar a su casa.

—Han salido, señor Nicolás, ¿qué le ocurre?

—¿Qué qué me ocurre? ¡Usted sabía todo y me lo ocultó!

—¡No sé de qué me habla señor! Explíquese...

—¡Daniela es mi madre, Ambrosina! Ya lo he descubierto todo.

—No podía hablarle de eso, señor, su madre me lo prohibió.

—Pero usted no debería haber accedido a tal mentira. Estoy muy decepcionado con todos vosotros.

En ese momento, Victoria y Edric llegaron. Nicolás los esperaba en la puerta. En vista de la cara de Ambrosina y de Nicolás, el matrimonio se esperaba la peor de las noticias.

—¿Cuándo pensabais contarme la verdad de todo el horror que ocurrió aquí hace dieciocho años?

—¿De qué nos hablas, hijo?

—¡Ya basta de mentiras, madre! Habéis estado evitando mis preguntas desde que llegamos aquí sabiendo todo lo que sabéis y habíais hecho. ¿Cómo pudisteis hacer algo tan terrible? ¿Es que no tenéis corazón? ¿Cuándo pensabais decirme que Daniela es mi madre? ¿Cuándo?

Edric y Victoria callaron.

—¿No vais a responderme?

—Todo lo hicimos por ti, hijo.

—¿Por mí? Mi madre os pidió que llevarais su cuerpo al pueblo donde vivían sus padres para que la enterraran allí, cerca de ellos y que le entregarais a su hijo para que lo criaran, pero vosotros no cumplisteis su voluntad. Además de quedaros con su bebé, la metisteis en el túnel más hondo que tiene la iglesia familiar para que nadie pudiera encontrarla jamás, ¿Eso es tener corazón? Nunca..., jamás, os lo voy a perdonar. ¡Guardaste el reloj de Amadeus! ¡No hicieron justicia! Cuánto horror, nunca imaginé tener unos padres así...

—Hijo... —susurró Victoria.

—No me llames hijo, porque, aunque me criaste, me arrancaste de las manos de mis abuelos y no respetaste la voluntad de mi verdadera madre.

—Nicolás, nosotros habíamos perdido a Valentina y yo estaba destrozada. No podía soportar el dolor que sentía..., cuando te vi... Pensé que el destino nos había dado otra oportunidad para ser padres. Ella ya estaba muerta y no le habíamos arrebatado nada. Le hacíamos un favor al criarle a su hijo.

—Por favor, Victoria, no sigas, que lo vas a empeorar todo aún más. Hijo, yo te pido perdón por todo el daño que te hayamos podido causar. Solo obramos como nuestro corazón sintió, aunque sé que lo hicimos mal. Yo fui quién metió allí a Daniela. No podían encontrarla, entiéndelo. Si nos quedábamos contigo, no podíamos enterrarla en la mansión; nos podían descubrir y pensar que la habíamos matado nosotros.

—No puedo perdonaros. Era mi madre y lleva ahí metida dieciocho años, sin ver la luz... Y, por si fuera poco, huisteis como cobardes de la mansión. ¿No pensasteis por un momento en los padres de Daniela? ¿Que aún siguen llorando la pérdida de su hija y su nieto? ¿Dos pobres ancianos a los que ya les falta el aliento para hablar?

—Hijo, lo siento, pero yo no me arrepiento de haber hecho lo que hice y criarte con todo el amor del mundo...

—Señora, ¿cómo puede ser tan tozuda? —preguntó Ambrosina—. Nada de lo que hicisteis estuvo bien, ¡nada! Y yo se lo advertí, le dije que un día esto le pasaría factura y que su hijo se volvería en su contra, pero no me hizo caso. Aquí estamos, señora, aunque usted no se arrepiente. Me duele mucho ver cómo no es capaz de ver el amor de Daniela, el que, después de muerta, ha intentado transmitirle a su hijo por todos los medios para decirle que lo seguirá amando para toda la eternidad. ¿Tan difícil es de entender?

—Me voy de aquí unos días.

—¿Y a dónde piensas ir, hijo? No te vayas, por favor, esta es tu casa, no tienes a dónde ir —suplicó Edric.

—Sí que tengo. Dos abuelos a los que cuidar.

—¿Abuelos? ¿Conoces a tus abuelos?

—Sí, los busqué para investigar sobre la desaparición de su hija y los hallé en un pueblo cercano de aquí —Nicolás se fue de allí sin dar más explicaciones.

—¡Espere! —llamó Ambrosina antes de subirse al carruaje—. Tengo que darle algo que le pertenece

Poco tiempo después, apareció con la mantita celeste que su madre le bordó antes de que naciese y que tuvo sobre sus hombros la noche en la que murió.

—Explícame esto, Ambrosina...

—Hijo, cuando tus padres de trajeron aquí venías envuelto en esa mantita. Cuando te lavamos para ponerte ropa limpia, la guardé con la esperanza de dártela algún día. Ya la mantita está dónde tuvo que estar siempre.

—Muchísimas gracias, Ambrosina, no sabes lo feliz que me has hecho. Tener en mis manos algo que hizo mi madre para mí es como sentirla conmigo, aunque haya pasado tanto tiempo... —lloraba de felicidad.

—Claro que sí, hijo...

Edric no pudo evitar ver la situación desde el otro lado de la casa y acudió en busca de su hijo para decirle unas últimas palabras antes de que se fuese.

—Perdóname, por favor, no quiero perderte.

—Hubiese sido tan sencillo decir la verdad... —sentenció Nicolás—. Ahora me marchó, que tengo prisa. ¡Por cierto! No saquéis a mi madre de donde está, porque volveré a por ella y la llevaré donde ella pidió. Ya llegó el momento de hacer su voluntad.



© *Mónica Bohórquez*, 2019



# Capítulo 20

**T**al y como había pedido Nicolás, Darío se dirigió a la casa de los Adamson, fue Amías quién lo recibió. Le había ordenado que le diese una noticia al señor: le había concertado una cita en el bosque a las ocho, a la altura del lago. Amadeus ya había concertado planes para aquella hora, pero no dudó en anularlos para poder acudir al encuentro con Nicolás, era su oportunidad.

Con intención de hacer tiempo, Nicolás salió al jardín para hablar con su madre que, como si estuviese viva, iba andando a su lado. Lo cierto era que caminaba sin ser vista...

—Madre, hoy vengaré su muerte. El asesino que te hizo todo esto lo pagará.

b

Nicolás se encaminaba hacia el bosque para llegar antes que él y así poder esperarle. Una vez allí, prestó atención a cada lugar donde pudo pasar su madre sus últimos momentos, dando a luz sola y siendo ahogada por aquel malnacido, justo el mismo que lo hizo salir de su ensimismamiento.

—Hola, Amadeus, o mejor dicho... Hola, padre.

—No me llames así.

—¿Cree que se lo digo porque me sienta orgulloso de ser un Adamson? Ojalá no lo fuera, le detesto. Usted mató a mi madre y lo va a pagar bien caro...

—¿Vas a matarme?

Nicolás no contestó. Metió la mano en su bolsillo y sacó el reloj que aquel día le quitó Daniela.

—¿Se acuerda del reloj de bolsillo? ¿Le suena de algo?

—Deme eso —dijo enfurecido—. Me pertenece.

—¿Acaso lo perdió usted?

—O me hace entrega del reloj o se lo quitaré con mis propias manos.

—No se lo daré jamás. Lo verán su mujer y su hija para que sepan lo que hizo. Yo mismo le explicaré cómo trató a mi madre y sabrán de sobra que soy su hijo. No podré casarme con Catherin porque nos une un parentesco, pero me da igual, pagará por lo que hizo sintiendo el desprecio de sus seres queridos.

—¿Seres queridos? —rio irónicamente—. Cierto es que Catherin no se casará contigo y no

porque seas su hermano, sino porque enfermó y va a morir.

—¿Qué está diciendo? —vociferó enfadado.

—Qué ilusa es... Le dije que te habías marchado de Londres porque tu padre tenía que resolver unos asuntos de negocios y que ibas a estar fuera una larga temporada... Y del disgusto... —sonrió—. Aún no se ha despertado.

—¿Usted no se cansa de hacer daño? ¡Por Dios, que es su hija! Pobre Catherin, ¿le da igual que este sufriendo? Porque a mí no, ¿sabe? No podré casarme con ella, pero la quiero con locura y no permitiré que le haga más daño.

—Dame el reloj, que quiero marcharme ya de este lugar

—No se lo daré nunca.

Amadeus agarró a Nicolás del cuello para inmovilizarlo y poder quitarle el reloj del bolsillo y salir corriendo, pero el joven no se lo estaba poniendo fácil. Los dos comenzaron a luchar hasta llegar al agua, donde introdujo su cabeza, sin importarle que fuese su hijo, iba a morir de la misma manera que lo hizo su madre.

—Que sepas que intentaste ahogar a mi madre, pero sobrevivió —confesó Nicolás en vista de que quería hacerle lo mismo que a ella—. Se la encontraron mis padres, desgraciado.

—¡Cállate y muérete de una maldita vez!

Daniela apareció ante los ojos de Amadeus. No iba a permitir que matase a su hijo e hiciera lo mismo que hizo con ella. Amadeus, como un ignorante, intentaba coger a Daniela, pero no era más que una simple imagen, un mero reflejo...

—No puedes matarme dos veces, Amadeus Adamson. —sonrió victoriosa—. La vida te devolverá todo el daño que hiciste durante toda tu vida. Márchate de aquí, no permitiré que le hagas daño a mi hijo.

—¡No me iré de aquí sin mi reloj!

Sin tocarlo, Daniela hizo que Amadeus metiese su cabeza dentro del agua, haciéndole ver lo malo que lo pasó ella cuando la atacó hacía dieciocho años. Quería que sintiese su dolor, el mismo que le había causado.

Pero ni esa visión tan terrible logró reblandecer un corazón tan frío como el de Amadeus. Daniela lo dejó salir del agua, pero lo empujó por todo el bosque con un fuerte viento para alejarlo de su hijo.

—Corre, Octavius, vamos a la mansión. ¡Corre!

—¿Qué ha pasado, señor?

—¡He dicho que corre!

Octavius acató las normas de Amadeus y Nicolás, en vista de que se marchaba, acudió a Darío para salir rápidamente de allí hasta llegar a la casa de los Adamson. Amadeus llegó antes y corrió directo a la sala para emborracharse y olvidar lo que acababa de ocurrir. Subió a la habitación de Catherin, donde estaba Lucrezia, Dorinda y Druzila junto al doctor, todos pendientes de la joven.

—¿Qué hacéis todos aquí? ¿Se ha muerto alguien? —rio.

—Márchate de aquí, estás borracho. No te consiento que bromees de esa manera, y menos sobre la salud de tu hija.

—Pero si no despertará..., no sé qué hacéis aquí, velando su cuerpo.

—¿Puedes callarte ya y marcharte de aquí? —amenazó acercándose a él y empujándolo hacia la salida.

—¡Cállate tú, furcia! —Y la empujó.

—No te atrevas a ponerle una mano más encima —atacó Amías, dándole un fuerte golpe en el

estómago.

Amadeus se abalanzó a Amías, intentando pegarle, pero sin suerte; Amías le volvió a dar otro golpe.

—Le pegaré las veces que yo desee igual que a mi hija no la dejaré ser feliz con ese desgraciado de Nicolás, el hijo de una pueblerina...

—¡Ya está bien! ¡No es tu hija, es hija mía! —sentenció Amías en un grito.

Amadeus se quedó patidifuso, sorprendido por la confesión de Amías. El silencio se había apoderado de la situación hasta que Nicolás, sin previo aviso, entró en la habitación.

—No consentiré que le hagas más daño a ninguna de las dos. Mientras que tú maltratabas a Lucrezia, yo le daba mi amor y le hice una hija. Si guardé el secreto fue por ella, para que no le hicieses más daño. Pero, ¿tiene idea de lo que es amar en silencio? Aunque, qué tonterías digo, usted no ha amado nunca.

—Lucrezia, ¿me has estado engañando todos estos años?

—Tú me engañaste y maltrataste toda mi vida...

—Eres una furcia... —dijo entre dientes antes de dirigirse a ella para pegarle, sin embargo, un fuerte dolor le dio en el pecho, cayendo al suelo.

El doctor se acercó rápidamente para ver lo que ocurría tras acomodarlo en el sillón. Le había dado un infarto que, de repetirse, podía terminar con su vida.

De nuevo, un silencio invadió la habitación de la joven, pero Nicolás lo irrumpió para ir a la cama de su amada, ahora más sabiendo que no eran hermanos.

—Catherin, mi amor... Despierta, te necesito a mi lado. No puedo, ni quiero vivir sin ti. La mujer más maravillosa del mundo se ha enamorado de mí, por lo que soy el hombre más afortunado que existe. No me dejes, Catherin, por favor, despierta... —lloraba.

—El señor Amadeus lo está llamando —intervino el doctor, interrumpiendo su momento.

—Yo no tengo nada que hablar con ese señor.

—Va a morir, señor Nicolás.

Se lo pensó un poco, pero le podía su consciencia más que otra cosa y no pudo evitar no ir a la llamada del que, realmente, era su padre.

—Nicolás —susurraba—. Sé que nunca podrás perdonarme, pero quiero decirte que lo siento...

Nadie entendía lo que Amadeus estaba diciéndole a Nicolás.

—Sé que te hice mucho daño y te robé a tu madre llevándola al otro mundo, pero lo he pagado bien caro yéndome de esta manera, sin poder rectificar mis errores. Sed felices sin tener que soportar mis maldades. No quiero irme sin decirte que lo siento, hijo mío...

—Pero, ¿qué está diciendo? ¿Hijo?

—Amadeus, no hable más, no le viene bien —aconsejó el doctor.

—Déjeme, por favor, debo confesar la verdad... Lucrezia, cuando nos casamos quise tener un hijo, pero no te quedabas embarazada. Decidí enamorar a una pueblerina y hacerle un hijo para después quitárselo y traerlo a nuestra casa. Ella se llamaba Daniela y la misma noche en la que quise quitarle al bebé, se dio cuenta de mis intenciones y lo escondió. La ahugué en el lago, creía que estaba muerta y como no encontré al niño vine a casa. Poco después te quedaste embarazada de Catherin y, pensando que era hija mía, me olvidé de lo que había engendrado con Daniela.

—¿Qué clase de ser humano eres tú? ¡Mataste a una joven! ¿Y qué tiene que ver el señor Nicolás en todo esto?

—Él es el hijo de Daniela...

Lucrezia calló, pero pronto reaccionó ante tal confesión.

—¿Tu hijo? ¿Y por qué lo han criado los Bradley?

—Fueron los que socorrieron a Daniela y los que se quedaron con su hijo para criarlo dado a que había quedado huérfano y no sabían de su padre.

—No puedo creer lo que estoy oyendo... Dios mío. Qué terrible es todo esto... Cuánto daño y dolor has causado durante toda tu vida...

—Lucrezia, Nicolás... Catherin... Perdonadme. —Murió.

—Espero que Dios le perdone todas sus maldades. Habrá que llamar a todas las amistades para el entierro... —indicó Lucrezia sin dolor aparente.

—Señora Lucrezia, siento si fui imprudente en contar toda la verdad, pero no podía dejar que le pegara más.

—Hiciste lo correcto, Amías. Dorinda, Druzila, preparad todo, por favor.

—¿Puedo pasar la noche junto a ella, Lucrezia? No quiero dejarla. Cuando despierte quiero que me vea a su lado.

—No pierda la esperanza, señor Nicolás, pero debe saber que Catherin está grave, necesitamos un milagro.

—Despertará, aunque yo tenga que ir a buscarla al otro mundo.

A la mañana siguiente, Nicolás seguía velando por su amada, mientras la iglesia se iba completando para decir unas palabras antes de iniciar el entierro de Amadeus, aunque no había mucha gente. Era un ser al que casi nadie quería, por lo que ese día, sino llega a ser por su esposa y sus sirvientes, se hubiese visto muy solo.

Nicolás no dejaba de observar a su amada, esperando un gesto suyo bajo la atenta mirada de Amías, que lloraba por el estado de salud de su hija.

—Señor —dijo Amías mirando al cielo—, te pido que salves a mi hija. Nunca pudo disfrutar del amor de un padre, el que tenía no supo dárselo ni la trató como merecía. Yo estoy aquí y soy su padre verdadero. Siempre sufrí en la sombra el no poder disfrutar de mi querida hija. Déjame darle mi amor ahora que Amadeus se fue y nos dejará por fin ser felices.

Cogió aire y entró en la habitación.

—Señor Nicolás, Catherin es mi hija, no se puede ir así porque yo jamás pude darle mi amor. Por favor, tráigamela de vuelta. Sé que su amor podrá conseguirlo. El amor lo puede todo en la vida y es lo más grande que existe.

—No se preocupe, Amías. Catherin volverá...



# Capítulo 21

**N**icolás descansaba a los pies de su amada cuando sintió que algo se movía. Levantó la cabeza para mirarla; Catherin estaba intentando abrir los ojos. El joven llamó al doctor, que estaba descansando justo al lado, y comenzó a revisarla.

—¿Cómo está, señor?

—Tiene el corazón muy débil. Ella quiere despertar, pero su cuerpo no se lo permite. Sigo sin darle muchas esperanzas. Háblele, Nicolás, que sepa que está aquí.

—Catherin, ¿me oyes? Mi amor, estoy aquí contigo. No me fui a ninguna parte. Tu padre te mintió. Yo te amo y jamás te abandonaré. Catherin, vuelve, por favor...

Catherin lo intentaba, pero no podía. Su corazón estaba demasiado debilitado.

—Cuando mi hija era pequeña, se desmayó a causa de un susto. Cuando vino el doctor, nos dio la noticia de que Catherin tenía un problema congénito de corazón, y había que evitarle los disgustos para que no sufriera. Por eso, al saber que Nicolás se había marchado, no pudo superarlo y se desvaneció. Me niego a pensar que puedo perder a mi hija...

Catherin abrió los ojos y miró a Nicolás, como si quisiera hablarle, pero dio un suspiro y volvió a desvanecerse. El doctor corrió a escuchar su corazón, buscando los latidos, pero por desgracia, no se oía nada.

—Lo siento. Catherin ha fallecido...

Ninguno contestó a la intervención del doctor hasta pasados unos minutos.

—¿Qué dice, doctor? —se atrevió a decir Lucrezia.

—¡No! ¡No puede ser! No es justo... —El joven cogió en brazos a Catherin preguntando dónde estaba la iglesia.

Nicolás salió corriendo hacia allí con Catherin en los brazos.

—Despierta, mi amor... Despierta, mi amor... Despierta, mi amor... —No paraba de repetirlo mientras iba de camino.

Todos fueron detrás de Nicolás, aunque no sabían por qué acudía a la iglesia con Catherin en los brazos. Al llegar a la capilla, colocó su cuerpo bajo los pies del señor.

—Aquí la tienes, a tus pies. Sálvala, por favor, señor. Es aún muy joven y no merece irse. Deja que yo la haga feliz —lloraba—. Catherin, no me dejes... ¡No me dejes!

—Cálmese, señor, ya no se puede hacer nada, se le paró el corazón... —dijo el doctor, intentando calmar la angustia de Nicolás. Estaba muerta y nada se podía hacer por ella.

—No diga eso por favor... ¡Su corazón late, yo lo siento!

Acto seguido, una luz iluminó todo el lugar cegando a todos. Una joven que los miraba dulcemente se acercaba a Catherin.

—Vine a por Catherin, hijo mío...

—Madre, no se la lleve, por favor... —sollozó Nicolás al ver que se trataba de Daniela.

—Llegó su hora, Nicolás...

—La traje a la iglesia para que el señor la salvase. No es justo, madre. No puedo vivir sin ella.

—Daniela, no vamos a llevarla con nosotros. No merece morir aún. Deja que haga algo bien por mis hijos, se lo debo. Fui alguien horrible en la tierra, ahora quiero hacerlo bien. Vamos a dejarla aquí, que sea feliz, como se merece —dijo una figura de un hombre que no lograron identificar, pero que intuían que fuese Amadeus.

Ambos espíritus pusieron las manos sobre Catherin, que dio un respingo, volviendo a la vida.

—Mi amor... Catherin... ¡Has vuelto!

—Estás aquí...

—Claro, mi amor, nunca me fui.

—¡Hija mía! ¡Mi niña! —aclamó Lucrezia.

—Espero que algún día puedas perdonarme, hija mía —se escuchó la voz de Amadeus.

Daniela besó a su hijo, y le dijo que lo esperaría siempre y que nunca lo abandonaría. Todos miraban cómo Amadeus y Daniela caminaban hacia la luz cogidos de la mano.

—Dos almas del cielo han salvado a mi hija... Lo que ha hecho Amadeus ha sido un acto de bondad que jamás hubiera esperado de su parte. Espero que el señor pueda perdonarlo y descanse en paz. Siento mucho todo lo que has pasado, Nicolás sobre todo que, después de tantos años, hayas descubierto la verdad sobre tu procedencia.

—No se preocupe, señora Lucrezia. Me alegro de saber quién fue mi madre, una gran mujer que luchó sola por traerme al mundo. Ella siempre vivirá en mí.

—Creo que me he perdido muchas cosas, ¿podréis ponerme al día?

—Claro que sí, mi niña. Lo sabrás todo a su debido momento. Ahora tienes que hacer caso al doctor para recuperar todas las fuerzas que has perdido. Has estado muchos días inconsciente y debes alimentarte. Nicolás, ¿puedes coger a tu amada en brazos y llevarla a la casa?

—Qué feliz soy teniéndote de nuevo entre mis brazos, Catherin... —suspiró Nicolás dándole un beso.

—¡Dejad algo para después de la boda! Esta juventud... ¿Me coge usted del brazo para acompañarla a su casa, señora Lucrezia?

—¡Encantada! Siempre y cuando usted me llame Lucrezia...

—Pero, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó Catherin llevándose las manos a la cabeza al ver la actitud de Amías y su madre—. ¡Es el mundo al revés!

Todos llegaron felices a la mansión. La pérdida de Amadeus había sido más que una pena, una liberación para que todos pudiesen hacer lo que quisieran y expresar su amor de manera libre.

—No quiero que te marches, Nicolás.

—Volveré antes de que me echés de menos. Tengo que irme a mi casa a solucionar temas pendientes.

—¡Pero si ya te echo de menos!

—Me encanta verte feliz. Quiero verte así todos los días de mi vida... —susurró.

—A tu lado lo seré siempre, mi amor.

—Siempre juntos, cariño.

Y se besaron antes de que este abandonara la mansión para hablar con sus pares.

En lugar de llamar a Darío, optó por pedirle a Octavius que lo acercase a su casa para así poder llegar lo antes posible a su residencia y terminar con todos los cabos que tenía sueltos.

—Señor Nicolas, su madre... —dijo Ambrosina incluso antes de que entrase en la mansión.

—¿Qué pasa con mi madre?

—Se ha metido en la cama y no quiere salir de allí. Dice que no quiere vivir, que ha perdido a sus dos hijos. Aunque no lo diga, está arrepentida de haber hecho lo que hizo, pero es tan tozuda que no da su brazo a torcer. Cuando usted le dijo que no la perdonaría y que se marchaba de aquí, se echó a llorar. Su padre está muy preocupado. No la ha dejado sola ni un momento..., allí se encuentra junto a ella. Suba usted, por favor, hable con ellos. Lo que hizo fue por amor. Sé que con sus padres no actuaron correctamente, pero no supieron qué hacer en aquel momento.

—Lo que hicieron con mi madre no tiene nombre.

—Lo sé, pero está arrepentida. Recuerde una cosa: ellos lo criaron como a un hijo. No son malos, Nicolás.

Nicolás fue a ver a su madre y se sentó en los pies de la cama.

—¿Cómo estás?

—¡Hijo, has vuelto! —sollózo en llanto—. Perdóname, Nicolás, sé que todo lo hice mal, pero me cegó la idea de ser madre. Sé que mis actos no tienen justificación, pero estaba muerta de dolor por haber perdido a Valentina. Cuando llegaste a mi vida no quise perderte y no supimos qué hacer con Daniela. Yo le pido perdón desde lo más hondo de mi corazón.

—Bueno, madre, tranquilícese. Las heridas del alma sanarán poco a poco y todo volverá a ser como antes.

—Siempre serás mi hijo, Nicolás.

—Mami... —Se escuchó la voz de Valentina—. Mami, estoy aquí. No sufras más por mí. Yo estoy bien, llegó la hora de irme, pero antes quería decirte que fuiste, eres y serás una gran madre. Te esperaré en la luz, allí también está Daniela.

—Te quiero, hija... ¡Siempre te querré!

Ambrosina, desde la puerta, presenció la escena llorando de alegría al ver que Valentina, por fin, podía descansar en paz junto a Daniela.

—Adiós, hija, te quiero... —consiguió decir Edric.

Nicolás abrazó a sus padres, viendo cómo su hermana caminaba hacia la luz. Valentina por fin descansaba.

# Capítulo 22

Un rayo de sol entró por la ventana de Nicolás, haciendo que abriese sus verdosos ojos. El joven se quedó pensativo esa mañana y comenzó a analizar todo lo que le había ocurrido desde que llegó a la mansión.

Había sido toda una odisea, conocer a su verdadera madre a través de otra dimensión, a su *hermana*... Saber que las personas que lo criaron no eran sus verdaderos padres, que el *padre* de su amada fue el que mató a su madre... Su caballo Galán... ¿Qué más?

Se sentía agotado de tantas emociones, pero hoy era un día muy importante para él. Por fin su madre volvería a su pueblo y descansaría en paz en el cementerio donde siempre debió estar.

Nicolás se preparó y avisó a Ambrosina para que anunciase a su padre que iban a ir a sacar el féretro de su madre para llevarlo al pueblo. Le rogó a Violeta que pidiese toda clase de coronas y rosas sin escatimar en gastos para adornar el lugar dónde llevarían a su madre.

Edric y Nicolás se dirigieron juntos a la iglesia llegando hasta donde estaba Daniela. Cogieron el ataúd con mucho cuidado, aquello estaba muy oscuro y era bastante estrecho. Lograron salir de allí y subir la caja al carruaje donde les esperaba Darío para llevarlos al pueblo. Justo ahí se dio cuenta de que Victoria y Ambrosina también venían.

—¿Qué haces aquí, madre? ¿Y tú, Ambrosina?

—Soy la mujer que te crio, y por lo tanto también voy a estar contigo en este momento. Tengo que agradecerle a Daniela que de una u otra manera te trajera a mis brazos y pudiera ser tu segunda madre.

—Gracias a las dos, y a ti, padre, por estar aquí conmigo.

Darío emprendió camino hacia el pueblo y una vez allí se detuvieron en casa de los padres de Daniela.

—¿Quién es? —preguntó la señora Jones.

—Soy Nicolás Bradley, señora, ¿me recuerda? Estuve aquí hace un tiempo, preguntando por su hija Daniela.

—Sí, hijo, pasa, pasa.

—¿Cómo está usted?

—En mis últimos días, hijo. Ya estoy muy anciana y sin ganas de vivir. Mi esposo está en la cama sin apenas aliento y yo casi siempre sentada, porque mis piernas no me dejan caminar. Hemos trabajado mucho en el campo, y todo pasa factura...

—¿Recuerda que le comenté que buscaría a su hija y a su nieto?

—Sí, hijo, así fue.

—Pues logré encontrarlos.

—¿Qué me dices, hijo? ¿No me engañas?

—Jamás haría eso, señora, nunca le haría daño.

—Por favor, cuénteme con pelos y señales qué le ocurrió a mi hija y a mi nieto... —cogió un pañuelito de tela y lloró—. ¿Y dónde están? ¿Lo sabe usted?

—Tranquilícese, que se lo voy a explicar todo.

Nicolás comenzó a relatar lo que había ocurrido con Daniela y su hijo mientras que la señora Jones no cesaba de llorar por todo lo que había sufrido su hija; no le salían las palabras.

—¿Y dónde está enterrada mi hija? ¿Y mi nieto? ¿Y el malvado que la mató? —lloraba desconsoladamente—. Ay, mi niña..., cuánto tuvo que sufrir allí solita para tener a su hijo y luego huir para que no la matara ese depravado... Señor, ¿por qué? —añadió, mirando al cielo.

—Señora Jones, el hombre que la mató ya no está entre nosotros. Murió. A Daniela la he rescatado de dónde se encontraba y la he traído al pueblo para enterrarla donde vosotros digáis.

—¿Cómo dice? ¿Que el cuerpo de mi niña lo ha traído usted? Ay, señor Nicolás... ¿Cómo voy a pagarle tanto bien que usted ha hecho por nosotros sin conocernos, si no tenemos nada? —continuaba llorando.

—Sí, señora, claro que tiene usted algo muy importante, su amor. ¿Podría usted darme su amor? Soy su nieto...

—Pero, señor, ¿usted es mi nieto? —Y sin parar de llorar, abrazó a Nicolás—. Ay, mi nieto... —Tocaba la cara de Nicolás con cariño—. Cuántas veces soñé con este momento...

—Sí, abuela, aquí estaré, y siempre me tendrás. Nunca más os sentiréis solos. Yo os protegeré.

—Vamos a ver al abuelo, aunque ya no sabe dónde está, pero que sienta tu amor de su nieto a su lado —comentó emocionada.

Nicolás se sentó junto a su abuelo y le susurró:

—Abuelo, soy Nicolás, tu nieto, he venido a verte y ya nunca me marchare de vuestro lado. Siente mis manos, abuelo —dijo ofreciéndoselas encima de su pecho.

El abuelo no hablaba, solamente abría y cerraba los ojos en modo de aceptación.

—Abuela, hemos traído el ataúd de mi madre para enterrarla en el cementerio del pueblo, así que vamos a proceder a llevarla. ¿Podríamos poner en su féretro el cuadro de la libélula?

—Claro que sí, hijo, entra en su aposento y toma lo que quieras.

—Antes quiero que vea una cosa, abuela. —Nicolás se quitó la chaqueta y bajó a camisa para enseñarle enseña el hombro a su abuela.

—¡Como tu madre! ¡Una libélula!

—Como mi bella madre, a la que amo y amaré por siempre. Ahora tengo que irme, abuela, pero volveré y te llevaré a dónde enterremos a mi madre.

Nicolás se marchó para llevar a su madre al cementerio y una vez allí, pidió al enterrador que le buscara el panteón más elegante y espacioso para la Familia Jones. Nicolás y su familia lo adornaron con flores y coronas preciosas, como su madre se merecía y su cuadro donde aparecía una de sus libélulas.

—Madre, por fin descansas donde tú querías, ya se hizo tu voluntad. Me alegro de haber sido yo quien traiga tus restos. Siempre te amare, madre —susurró Nicolás.

—Qué orgullosa estoy de ti, hijo. Crie a un hombre con un alma preciosa. Sé que lo heredaste de tu madre.

Un aire dulce y delicado acarició cada uno de los rostros que allí había en ese instante, junto a un olor a rosas que invadía el lugar. Todos se miraron ...

—Mi madre está aquí, y nos da las gracias por haberla traído al lugar donde ella quiso estar siempre.

—Descansa en paz, Daniela, nunca nos olvidaremos de ti.

Se marcharon y tomaron rumbo a la mansión.

# Capítulo 23

**Y** llegó el día tan esperado por todos. La boda de Nicolás y Catherin. Las dos familias estaban felices, arreglándose para el evento. La ceremonia se celebraría en la mansión de los Bradley; los sirvientes ya estaban decorando el lugar. Mesas vestidas con telares rosas y blancos, con centros de mesas colmados de flores en tonos rosáceos y perlas blancas. Bajo un templete de color salmón, forrado con telas vaporosas de gasas y pasamanerías de encajes y un arco de flores se encontraban las sillas para los invitados, de color blanco, adornadas con preciosas flores y lazos de seda.

En el centro del pasillo había una larguísima alfombra de color rojo por donde pasarían los novios para el esperado enlace. Cada uno se arreglaba en sus respectivas habitaciones.

—Madre, parece un sueño hecho realidad...

—Es tu boda, hija

—Sí, madre. Estoy muy feliz, voy a casarme con el hombre de mi vida. Ah, y eso de...

Amías llamó a la puerta de la habitación, interrumpiéndolas.

—¿Puedo pasar?

—Claro, padre.

—¿Me dijiste padre?

—Claro, pues así lo eres.

—Lucrezia, ¿ya se lo contaste todo?

—Sí, Amías, ya sabe toda la verdad.

—Sentaos aquí a mi lado, que deseo deciros algo —dijo Catherin—. Puedo sentir lo que habéis sufrido. Vivir todo en silencio era una mezcla de amor y dolor que destrozaba vuestro corazón. Estoy muy orgullosa de los padres que tengo. Tú, madre, no has podido ser más buena y maravillosa, siempre a mi lado. Y tú, padre, has sido un señor ejemplar protegiéndonos siempre en la sombra. Mi deseo es que seáis felices y os unáis para siempre. El tiempo pasa rápido, por lo que debéis disfrutar de vuestro amor. Amías, quisiera que me llevaras del brazo, porque eres mi padre y nadie más que tu tiene derecho a estar a mi lado.

—Oh, hija ¡qué gesto más hermoso! Te llevaré junto a tu amado y seré el padre más orgulloso del mundo llevando a la novia con el alma más bonita que he conocido jamás.

—Salió a ti, Amías —añadió Lucrezia—. Apresúrate, que no llegamos a tiempo.

## b

Mientras, en la mansión de los Bradley, Nicolás también se daba los últimos retoques.

—Hijo, no tardes, que se acerca la hora y la novia llegará de un momento a otro, ya está todo preparado.

—Ay, madre, ¡estoy nervioso!

—Hoy es el día más maravilloso de tu vida y es normal que estés así. Debes disfrutarlo, mi niño. No sabes cuánto te quiero, deseo que seas muy feliz.

En la mansión todo eran risas y alegrías. Nicolás y Victoria cruzaron la alfombra roja hasta llegar al altar, bajo las miradas de todos los invitados, que murmuraban lo guapísimos que se habían puesto para la ocasión.

La música sonó poco tiempo después y una joven rubia, de ojos azules como el cielo, con un vestido blanco de hombros descubiertos y mangas de gasa, bordado en perlas y en pasamanerías de raso, apareció al final de la alfombra, caminando muy lentamente al son de los violines, del brazo de su padre.

Al novio le temblaban las piernas de la emoción. Por fin había llegado el día tan esperado para los dos, aquel en el que serían uno solo y sus corazones quedarían unidos para siempre.

Catherin y Amíaaas llegaron al altar y este le hizo entrega de la mano de su hija, susurrándole que no la soltase nunca, pues era su tesoro más preciado.

—Quería daros las gracias a todos los presentes por acompañarnos en este día tan maravilloso para nosotros —relató Nicolás—. Hemos tenido que librar multitud de batallas para llegar hasta aquí, pero al final el bien siempre vence al mal. He conseguido a la mujer más maravillosa. Delante de todos te digo que te amo, señora Bradley.

—Y yo a ti, mi amor —contestó Catherin.

Todos lloraron de alegría ante un enlace tan emotivo y posteriormente comenzó la música y la fiesta para todos. Los invitados comenzaron a bailar, comer, beber y disfrutar.

## b

La tarde cayó en Londres y en la mansión de los Beckett. Barnabás se encontraba solo y abandonado en aquel zulo. Gritaba y gritaba, pero nadie lo oía; los sirvientes se marcharon de allí la misma noche del baile de disfraces. «¿Qué ocurrirá conmigo?».



# Epílogo

*Un año después...*

**T**odos estaban pendientes de Catherin, impacientes por la llegada del nuevo bebé a la familia. Las ganas por conocer el sexo del bebé les podía y la alegría inundaba sus corazones.

—Nicolás, es una niña..., mira, tu hija... —sollozó Catherin dolorida aún por el reciente parto.

Nicolás cogió a su bebé con lágrimas en los ojos y miró a Catherin, era tan hermosa como su madre.

—¿Has pensado ya cómo la llamaremos, querida?

—Daniela. Se llamará Daniela, Nicolás.

Las piernas de Nicolás temblaban de la emoción por el detalle tan bonito que había tenido su esposa de poner el nombre de su madre a su recién nacida.

—Cuánto te quiero, Catherin. No puedo expresar con palabras lo que siento por ti. Gracias por darme esta hija tan maravillosa, nuestra pequeña Daniela.

Lucrezia y Amías, por fin disfrutaban de su amor y más ahora, que acaban de ser abuelos. Victoria y Edric gozaban al ver a su hijo tan feliz y poder compartir con él esa nueva etapa de su vida.

Esmeralda y Hamlet, junto con madame Minerva, vivían y eran también muy felices fuera de la ciudad, en la mansión del doctor.

Nicolás y Catherin visitaron a los abuelos de él, para que conocieran a su biznieta, y no dejaron de tener contacto con ellos en ningún momento.

Y lo más importante...Nicolás publicó su gran obra maestra. Su deseo desde siempre fue escribir una novela que llegara al corazón de lector: *Nicolás Bradley y la mujer de blanco*.

*Siete años más tarde...*

Daniela jugaba en el bosque cerca de la mansión de los Bradley y al tropezar con una piedra, cayó al suelo. Un niño que estaba cerca le ayudó a levantarse.

—Gracias por levantarme, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Barnabás...

CONTINUARÁ...



# Agradecimientos

En estas líneas, me gustaría agradecer a todas las personas que estuvieron a mi lado y me dieron ánimos para escribir mi primera novela:

A mis hijas maravillosas y bellas, tanto por fuera como por dentro, Mónica y Vanessa. Por estar a mi lado siempre, soportando mis bajones a causa de mi salud y animarme día a día a superarme como persona. Os adoro, princesas mías, estoy muy orgullosa de ser vuestra madre.

A mi hermanita Yoli por insistirme tanto en que escribiera y por confiar en mí para volver a ser yo, ya que deje de serlo hace tres años. Siempre te llevo en mi corazón.

A mi hermanita Susi, porque siempre me decía que escribiera un libro donde pudiera expresar lo que mi alma siente, ya que ella y yo estamos conectadas por algún motivo desde que nuestra Yoli nos invitó a su boda, allí nos conocimos. Ella es nuestro paño de lágrimas y quien siempre está ahí para escucharnos... Te adoramos.

A mi querida amiga Ángela Martínez, quien me dio la idea de editar mi libro, ya que yo lo había escrito a mano. Ella me presentó a Roma, quien ha hecho realidad mi sueño. Ángela, te quiero muchísimo porque me has ayudado en todo lo que estuvo en tu mano. Eres una gran escritora...

A mi niña preciosa, Roma García. Con quien hablé gracias a Ángela y de inmediato me hizo la portada de mi libro y los marcapáginas, con un interés como si me conociera de toda la vida. No tengo con qué pagarle la sorpresa que me dio en mi primer evento de Literatura Romántica Erótica en Montequinto, donde me llamó para que subiera al escenario; me había hecho un libro con mi portada para que lo pudiera presentar allí. Fue una sorpresa tan maravillosa que no olvidaré jamás. Y es que eres muy jovencita y muy grande a la vez, con un corazón que no te cabe en el pecho. Te quiero, Roma García. Vales muchísimo.

A mi Sylvia Ocaña, por estar siempre pendiente de mí, y de mi salud, cuando ella también tiene lo suyo, siempre saca un hueco para dedicarme palabras de ánimo y cariño. Cuando le contaba cómo iba el libro me decía: No me digas nada y escríbelo, que quiero leerlo. Y a Miguel su marido, quién de manera incondicional, porque su corazón también es enorme, me aconseja cuando estoy triste. Tiene un don especial, sus palabras te levantan y alegran el día. Mil gracias a los dos, os quiero mucho.

Y como no, a todo mi grupo de las Locas Unidas. Siempre estamos ahí, dándonos ánimos unas

a las otras. En ellas encontré a unas personas maravillosas. Ellas son... Silvia Ocaña, Ángela Martínez, Carmen RB, Susy Hope, Yolanda Montiel, Carmen González, Nerea Araujo, Susana de la Torre, Nora K. Rose, María Camús, Txaro del Río, Ana María Sánchez, Gloria Cajas, Noelia Frutos, Andrea (Noemí Caco), Eva María Florensa, Isabel Fraile, María Isabel Robaina,  
Mil gracias a todos por estar ahí y por quererme.

*El amor no son palabras, sino hechos que se demuestran cada día.*



*Unas palabras para mis padres...*

*Siempre estuvisteis a mi lado, apoyándome en todo para que fuese feliz y lo fui hasta que un cuatro de octubre hace dieciséis años y medio, te llevaste la mitad de mi corazón al cielo contigo. Antes de irte, me dijiste que luchara por mis sueños, y eso estoy haciendo, aunque la salud me lo esté poniendo muy difícil. Tengo que cuidar a mamá y sacar todas las fuerzas que tú me enseñaste, soy hija única y no me quedó más remedio que aprender. Mi mamá ya no está bien para ver y disfrutar cómo mi sueño se hace realidad, pero aún la tengo aquí y Dios quiera que siga muchos años a mi lado, hasta que los tres algún día nos volvamos a encontrar...*

*Papá, tu ruiseñor te volverá a cantar algún día...*

**Os amo... Coquita**

---

<sup>[1]</sup> Infusión que se prepara con ciertas hierbas y tiene propiedades medicinales; generalmente es digestiva.

<sup>[2]</sup> Práctica que nació poco después que la fotografía, aproximadamente en 1839 en París, Francia, que luego se extendió rápidamente hacia otros países. No era considerada morbosa debido a la ideología social de la época del Romanticismo, donde se tenía una visión nostálgica de los temas medievales. Además, se concebía la muerte con un aire más sentimental, llegando a verla como un privilegio.

[3] Carne de vacuno.